

GIUSTIZIA E LIBERTÀ

SEMPRE
PUBBLICAZIONE SETTIMANALE
FONDATARE: ANTONIO DI NINO
CAPOREDATTORE: ANTONIO DI NINO
REDAZIONE: 10100 ROMA - VIA M. D'AMICO, 101

Giustizia e Libertà

PARIGI, 18 GIUGNO 1937 - Anno IV - N. 25 - Un numero L. 55

ESCE IL VENERDI

DIREZIONE E AMMINISTRAZIONE
125, Boulevard St-Michel - PARIS (5)
Telefono: 00504 55.47

Un anarquista italiano en las merindades

José Luis García Ruiz



En 1935, la ciudad de Medina de Pomar, en Burgos, es un enclave lleno de historia y anclado aún en el tradicionalismo del siglo XIX. Los vecinos reciben con recelo a una familia compuesta por un hombre italiano, una mujer, un muchacho de habla alemana y una niña nacida pocas fechas antes en Bilbao. Amilcare Batini es un anarquista al que rodea un aura de misterio, y que escapa de una Italia asolada por el fascismo sólo para ver cómo los fantasmas de los que huye se materializan de nuevo en una España al borde de la desintegración.

A caballo entre el género biográfico, la investigación histórica y la novela, *Giustizia e Libertà!* es el apasionante retrato - apoyado en profusas fuentes documentales- de un hombre y también de una época concreta, la de la España y la Italia del segundo tercio del siglo XX, que terminaría siendo especialmente trágica, convulsa y sangrienta en ambos países.

GIUSTIZIA E LIBERTÀ!

Un anarquista italiano en Las Merindades

JOSÉ LUIS GARCÍA RUIZ



José Luis García Ruiz

GIUSTIZIA E LIBERTÀ!

Un anarquista italiano en Las Merindades

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

A los hombres y mujeres que un día soñaron
que es posible vivir en un mundo más justo y más libre.

ÍNDICE

PRÓLOGO

I. El secreto del italiano

II. *Rapporten Céntrale Inlichtingendienst*

III. De Medina de Pomar a La Spezia

IV. Giustizia e Libertà

V. Amilcare frente a Amilcare

VI. Entre comisarías y tribunales

VII. Bilbao

VIII. La pista belga: Vittorio y el *Paese Nero*

IX. Angelo Sbardellotto

X. La llegada del Frente Popular

XI. La guerra más cruel

XII. Il Corpo Truppe Volontarie

XIII. Italianos y spezzinos en Medina

XIV. La batalla de Santander

XV. La gran depresión

XVI. Tiempo de procesiones y miseria

XVII. Aprile di fuoco

XVIII. Entre doctores

XIX. Volver a La Spezia

XX. El regreso

XXI. Algunos viejos amigos y otros conocidos

XXII. Carta póstuma

ANEXO GRÁFICO

AGRADECIMIENTOS

Acerca del autor

PRÓLOGO

El autor, José Luis García (Chelu), nos sorprende una vez más con este relato tan curioso como interesante, con la historia que acompaña al anarquista italiano Batini, que huye de la Italia fascista, y, tras un largo periplo de persecución, pasa por Bélgica, Holanda y Bilbao, recalando en 1935 —en los años finales de la Segunda República y contra todo pronóstico— en la localidad burgalesa de Medina de Pomar, ciudad en la que nació el propio autor. Sin duda, la estancia de un personaje tan especial en tierras medinesas suscita la nostalgia de la imaginación y los deseos irrefrenables de reconstruir un pasado que para el autor es un escenario familiar, querido y conocido. De alguna forma, los destinos del escritor y del personaje se entrecruzan y se tejen en la tela de los espacios y los tiempos. En el espacio, el autor viaja a La Spezia, el pueblo natal de Batini, para descubrir sus orígenes, haciendo el recorrido inverso, aunque por motivos distintos. En el caso del personaje, como visión de su periplo errante; en el caso del autor, como recreación de una vida, del rescate de la intrahistoria. De esta forma, vuelve a revivir el hombre perseguido y olvidado que emerge de la pluma de Chelu, al que he seguido en su blog de Relatos en Las Merindades, tan interesantes como enriquecedores. A ellos se añadió la

reciente publicación de La participación italiana en el Frente Norte, con un despliegue fotográfico inédito e impresionante.

El libro, además de novelar la vida del protagonista, recorre la microhistoria de Medina de Pomar y la Historia con mayúsculas de los convulsos años treinta, con la aparición de los fascismos y de los totalitarismos. También de la guerra civil española, con su derroche de sangre y de sufrimiento, del aplastamiento de la ilusión abierta por la proclamación de la Segunda República y abortada por la sublevación militar del 18 de julio, precisamente día de feria y de trasiego en Medina de Pomar. Reclama la esencia humana de la libertad y la justicia que da título a su libro en italiano, *Giustizia e Libertà!*, y las da voz con su personaje y sus inquietudes y su lucha contra las desigualdades y la opresión. La aparición del libertario Amilcare Batini produce rumores y leyendas infundadas en la ciudad medinesa, como un extraño que irrumpe en una sociedad cerrada y poco acostumbrada a las novedades y presencias exteriores. Deja una inquietante leyenda urdida por los chismorreos pueblerinos y la caspa impuesta por la casta clerical y militar de los vencedores. Se gana la vida como puede: de soldador, de vendedor de helados, de fontanero. La paradoja de su destino es que huyó de La Spezia, una ciudad con un importante puerto y arsenal militar entre Génova y Pisa, amenazado por la dictadura de Mussolini en el verano de 1928, y se topó con una España hundida en una guerra civil en la que tropas italianas ayudaron a Franco. En Medina de Pomar, Amilcare pudo hablar con los soldados, oficiales y generales enviados por Mussolini que se instalaron en la localidad, de tal forma que se convirtió en un enclave italiano hasta la toma de la entonces provincia de Santander el 14 de agosto de 1937, en

la que tuvieron un papel importante. Para Amilcare, la calumnia procede de sus propias filas, ya que le acusan de traidor a sus ideas anarquistas y de venderse y colaborar con los fascistas, cuando en realidad hizo de intérprete entre compatriotas y medineses, sin abandonar su fe y sus creencias en el anarquismo. En el camino perdió a los interlocutores más eminentes de Medina, miembros concienciados del retraso histórico de España, pertenecientes a la pequeña y mediana burguesía, que apostaron por la República y que fueron fusilados, «paseados» o encarcelados, y sus bienes incautados. En el lugar de la palabra se impuso el silencio, la denuncia y la desconfianza, y Amilcare se sumió en la desesperanza.

En definitiva, el escritor, que no es historiador de formación aunque lo parece con creces, nos transmite formas didácticas de contar la Historia a través de la microhistoria de un anarquista que se refugió en Medina, con una reflexión profunda sobre el advenimiento del fascismo, el papel de las ideologías como nuevas religiones, las guerras provocadas que perdemos todos, el azar del destino o la tragedia de los pueblos sometidos por los totalitarismos. Como el mismo Chelu nos dice:

«Las personas no elegimos dónde ni cuándo nacer. Nos traen al mundo en un punto del espacio y del tiempo, y allí nos toca vivir y morir. Los lugares donde vivió el señor Batini no fueron fruto de decisiones libres, sino de unas circunstancias políticas en las que intervino el Duce.»

Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que José Luis García Ruiz (Chelu) nos marca un sendero en la investigación

de aspectos aún desconocidos de la abundante temática de la guerra civil y del franquismo, y señala una dirección didáctica y pedagógica en la enseñanza amena de la Historia de Medina de Pomar, de España, de Italia y, en conjunto, de toda Europa.

JESÚS GUTIÉRREZ FLORES
Doctor en Historia y escritor

CAPÍTULO I

EL SECRETO DEL ITALIANO

El primer recuerdo que guardo del señor Batini, lo asocio con la imagen de un hombre moreno acompañado de una mujer rubia y un niño pelirrojo. La mujer llevaba con sumo cuidado un capazo, en el que, según me percaté posteriormente, se encontraba una niña morena de apenas unos meses. El hombre y el muchacho, a quienes supuse padre e hijo, portaban equipaje. Llevaban unas maletas viejas, ennegrecidas por el hollín del carbón que despiden las máquinas de vapor de los barcos y los trenes, con las esquinas romas como los cantos de un camino, cansados de aguantar tanto rodar. Maletas viejas llenas de sueños nuevos que siempre acompañan a los emigrantes. Viajeros con la mirada llena de esperanza que buscan una tierra que les acoja, un lugar donde poder trabajar y vivir en paz. Esta es la fotografía, borrosa por el paso de los años, que aún conservo de la llegada de un italiano a Medina de Pomar, una tarde de 1935 de un día que no puedo precisar. También guardo en mi memoria, pero esto lo afirmo con seguridad, que vinieron de Bilbao, porque a esas horas el único autobús que llegaba diariamente a mi pueblo venía de allí.

La siguiente imagen que guardo del señor Batini, la ubico en el taller que tuvo en la planta baja de su casa, un día cualquiera de principios del verano de 1936. A buen seguro que algún otro día ya me había entretenido en la contemplación de su mundo, admirando sus trabajos, fisgando sus herramientas o haciéndole algunas preguntas sin mayor importancia; en fin, lo que conocemos como saciar una curiosidad infantil innata. Pero aquel día fue distinto. Visto hoy desde la distancia que producen los años, y por esa costumbre que tenemos los humanos de poner hitos en el tiempo de nuestra vida, creo que fue el instante en que nació una amistad entre un hombre, a quien siempre todos supusimos perseguido por su pasado, y la complaciente inocencia de un niño. Aquella tarde yo me encontraba jugando en la plaza Mayor, próxima a su domicilio, cuando unos chavales me contaron el secreto del italiano. La noticia me impactó. Al momento partí corriendo hacia su casa y lo encontré sentado en la acera, soldando unos tubos. Llegué con el oxígeno justo para lanzarle la pregunta a bocajarro:

—Señor Batini, ¿es verdad que usted mató a un hombre?

—Ma Bambino! ¿Quién te ha dicho una barbaridad de ese tamaño?

—La gente. Todo el mundo en el pueblo sabe que vino a Medina huyendo de la policía, que se esconde aquí porque mató a una persona.

—La gente..., la gente... Las personas en este pueblo se aburren y siempre están hablando, necesitan hablar de algo. ¿Cuántas horas pasan mirando al cielo, hablando del tiempo,

especulando sobre si lloverá o no lloverá? Todo para no solucionar nada. Lo peor es que cuando acaban con el tiempo, empiezan a chismorrear sobre el italiano. Entonces se lían a inventar historias y contar, por ciertos, todos los chismes que les vienen en gana: que si el italiano tiene una mujer en cada país, que está aquí escondido porque tiene un montón de deudas en Italia, que su mujer es una espía alemana... Sólo me faltaba por oír esto: ¡que el italiano es un asesino! Si utilizasen su imaginación portentosa para inventar otras cosas, seguro que les irían mucho mejor sus trabajos y sus economías.

Hizo una pausa, quedó pensativo, y continuó hablando con una sonrisa burlona:

—De entre todos los bulos, con el que más me río es con el que dice que el italiano robó un banco y tiene un saco de billetes escondido, no se sabe dónde. Lo malo es que el italiano soy yo, y no sé dónde está el saco, por lo que tengo que estar soldando hojalatas y moldeando chapas durante todo el día para poder sobrevivir.

Acabó su monólogo riéndose a carcajadas. Mientras intentaba doblar un tubo por su parte recién calentada, volvió al mismo tema, exclamando con gestos de resignación:

—Porca miseria! ¡Todo por mi mala memoria! ¡Mira que no acordarme de dónde escondí el dinero!

Dicho esto, negaba con la cabeza manifestando su incredulidad ante la ignorancia y estupidez de cierta gente. Después se quitó el sudor y continuó, ya más pausado, un

rosario de lamentos, usando un tono más propio para un mitin político que para explicar algo a un niño:

—Donde yo nació la gente se dedica a trabajar. Cuando salen de las fábricas o acaban sus trabajos, se juntan con el vecino, pero no para criticar a otro ausente, sino para colaborar y ayudarse mutuamente. Se solidarizan con los problemas de los demás, incluso con los del mundo entero si es preciso, y recorren las calles enarbolando banderas rojas y negras, pidiendo *giustizia e libertà*.

No es preciso decir que yo no entendí nada de aquel discurso, así que continué metiendo la pata:

—Don Batini, aquí también tenemos banderas.

—Sí... ¡No te fastidia! Ya lo vi el día del Corpus Christi. Había muchos estandartes en la procesión llevados por las beatas. ¿Y qué pedían?: «Perdona a tu pueblo, Señor». ¿Cómo se puede pedir algo así? ¿Acaso esta pobre gente le ha hecho algo al «señor»? ¿A qué señor? ¿Al señor del castillo de ahí enfrente? ¿Al que les pisa las pelotas todos los días? En este pueblo tienen vocación de esclavos, ¿capito? ¡Y no me trates de don! Eso es para el cura, yo sólo soy un compañero.

Acababa de empezar las vacaciones de verano. Todas las mañanas, finalizado el desayuno, me plantaba delante de su taller. En un pueblo de Castilla donde la mayoría de los trabajos estaban asociados a las labores del campo, contemplar las actividades que realizaba el señor Batini era para mí la mejor distracción posible; algo comparable a ir al circo. Para colmo de mi dicha, durante el verano, el señor Batini elaboraba helados

que luego vendía mediante un puesto ambulante con el que paseaba por las calles y plazas del pueblo los domingos y festivos. A mí, como amigos que éramos, siempre me puso un helado doble por el mismo precio; regalo por el que siempre le he estado y le estaré eternamente agradecido.

Persona habilidosa y ducha trabajando el metal, había construido un asador de castañas sobre un diseño propio, con el que paseaba por la ciudad, ofreciendo su producto durante el otoño y el invierno, tiempo en el que la dura climatología castellana desaconsejaba intentar vender helados, pues el cuerpo de los medineses pedía algo calentito.

Era una persona incapaz de estar de brazos cruzados, razón por la que, cuando nadie le reclamaba para hacer alguna reparación de fontanería, fabricaba unas regaderas de diseño propio, que luego vendía a los labradores con el fin de sulfatar las matas de patatas.

Era el señor Batini, por aquellos años cuando llegó a Medina, un hombre de mediana edad, alto, bien parecido, con la tez y el pelo castaño. Muy atractivo, según decían las mujeres. A mí me resultaba muy gracioso su acento italiano, con cierta dificultad para pronunciar las eses. Además, tenía una tendencia natural a reforzar sus exposiciones con gestos histriónicos que le daban un punto de comicidad.

Simpático y dicharachero, saludaba a todas las personas del pueblo que transitaban por su calle, incluso aunque las viese de lejos. A ellos les decía una frase ingeniosa, a ellas algún piropo en italiano:

—*Signorina, é il fiore piú bello in primavera.*¹

Desconozco si entendían lo que decía, pero yo veía que sonreían, agachaban la cabeza y continuaban su camino con paso más rápido. Años después he intentado recordar si alguna mujer no pasaba más de una vez cada mañana por delante de su puerta; sospecho que sí, pero no lo puedo confirmar. Fue esta última faceta de su personalidad, la que más colaboró a que le pusieran cierta fama de donjuán.

* * *

Disponía el señor Batini de una casa arrendada en la parte más alta de la ciudad, en la calle denominada hoy día Antonia Torres, que circunvala el depósito de agua y la parte posterior de la iglesia. Estaba construida en forma rectangular, con dos plantas de unos ochenta metros cuadrados cada una. En la planta baja, al nivel de la calle, se encontraba el taller en donde trabajaba el zinc, el acero y la hojalata, aunque en verano, por causa del calor, según decía él, extendía el área de su taller hasta mitad de la calle. Por aquellos años la travesía era de todos, menos de los coches, que apenas alcanzaban la media docena en la ciudad. En la primera planta se ubicaba la vivienda; un estrecho portal, adjunto al lateral derecho del taller, daba acceso a una escalera que ascendía a ella.

En alguna ocasión, su mujer salía de casa o entraba cargada de bolsas, saludándonos con su voz grave y áspera que, unida a un indisimulable acento alemán, hacía que pareciese más un reproche que un saludo. Yo la contemplaba con respeto... y un

1 Señorita, es la flor más bella de esta primavera.

poco miedo, a decir verdad. ¡Yaya usted a saber qué llevaba y de dónde venía! Siempre pensé que en sus bolsas se encontraban libros repletos de mensajes codificados, ininteligibles, escritos a lápiz, con letra menuda, entre las líneas de una novela impresa en ruso. Respecto a los lugares que visitaba, nunca la seguí, por lo que no puedo asegurar nada; pero siempre tuve la sospecha, al igual que el resto de los niños de la ciudad, de que acudía a la oficina de teléfonos para mantener conversaciones en clave con algún agente extranjero. O puede que fuese al despacho de telégrafos para enviar sus investigaciones secretas, escritas con puntos y guiones u otros signos indescifrables. Lo más probable es que fuese este último medio, pues aparte de que no había dios que lo entendiese, era la comunicación más idónea para una espía. En los ratos libres que le dejaba su atareada profesión, daba clases de francés y de piano a algunos jóvenes de familias pudientes del pueblo.

La pareja tenía dos hijos: un varón mayor que yo, de nombre Siegfried, castellanizado como Sigifredo, y Rosa María. El muchacho tenía trece años por aquel tiempo, y la niña era un bebé. El chaval también hablaba alemán y francés como su madre, pero no castellano, lo que supuso que tuviese problemas para relacionarse con los muchachos de su edad que vivían en Medina de Pomar. Mejor, seguro que su madre prefería que no lo aprendiese, ya que así no podría contar nada sobre sus actividades secretas. Tanto la situación familiar de esta mujer como la profesional constituían una buena tapadera para disimular su verdadero cometido en el pueblo: ¿quién iba a sospechar que fuese espía una sufrida ama de casa?

Hacia las diez de la mañana, cuando el señor Batini tenía preparado todo el material que precisaba para su jornada laboral, cargaba sus herramientas y demás bártulos en un carrito, y marchaba a la casa que tocara ese día para poner los canalones, cambiar los desagües, montar unos grifos u otra tarea propia de un hidráulico; aunque él siempre declaró, con orgullo, que su profesión era *stagnino*². Hacía algunos años que el pueblo, Medina de Pomar, disponía de depósito municipal de aguas y servicio de abastecimiento a quien lo solicitase. Pero el agua aún no había llegado a todas las casas, y en aquellas que disponían de ella, la dotación de agua corriente consistía, en la mayoría de los casos, en un grifo y una pila para todos los usos que fuesen necesarios.

Finalizado mi entretenimiento preferido, yo me dirigía a las calles traseras, denominación familiar de las calles ubicadas en paralelo a la calle Mayor, donde vivían los labradores, en busca de algún amigo al que acompañaba al campo a cuidar las vacas o a realizar alguna tarea agrícola. Los días de mucho calor, a partir del mediodía y hasta la hora de comer, bajábamos al río a darnos un chapuzón y refrescarnos un poco.

En una ocasión volví del río con una rana. Frente a la campa que había delante de la casa del señor Batini se encontraba Sigifredo, y me paré a jugar con él. Corté una paja, y mediante signos le expliqué lo que había que hacer. Consistía el experimento en meter la paja por la cloaca de la rana, y después soplar hasta inflarle el abdomen, para ver si flotaba en el aire como un globo. Yo había probado anteriormente y

² Soldador.

constatado que en el agua así ocurría. Su madre, que nos contemplaba desde la ventana de su casa, bajó pegando voces en su extraña lengua y se dirigió a mí con una cara enfadadísima; no entendí lo que me quiso decir, aunque me pareció distinguir la palabra «salvaje». Asió al chaval de la mano y se fueron a casa. Tengo la sospecha de que desde entonces jamás permitió a su hijo estar conmigo, de modo que aquel día finalizó mi relación con los hijos del señor Batini.

CAPÍTULO II

RAPPORTEN CÉNTRALE INLICHTINGENDIENST³

No puedo precisar la fecha exacta en que el señor Batini y su familia marcharon de Medina de Pomar. Creo que fueron trece los años que permaneció entre nosotros, un mes más, uno menos. Después, los recuerdos que de él y su familia quedaron en el pueblo se fueron diluyendo con el paso del tiempo. Todas las teorías que surgieron en su día entre niños y adultos sobre la misteriosa familia del italiano, se olvidaron en unos pocos años.

El chismorreo tiene un principio fundamentado en la novedad y responde a una moda siempre pasajera. En lo que a mí respecta, la llegada de la madurez hizo que mi memoria estuviese a disposición de asuntos más próximos y cotidianos; sobrevivir en la posguerra no fue cometido baladí.

Me resulta difícil explicar las razones por las que un día decidí investigar qué había sido del italiano, después de haber transcurrido más de sesenta años de su partida de Medina. Puede que fuese la curiosidad, unida a cierta complicidad y

³ Informe Central de Inteligencia.

simpatía que siempre guardé hacia su persona, las que me impulsaron a indagar sobre su periplo vital. Como respuesta esotérica, tal vez fuese la intuición de que, detrás de aquel hombre, había por descubrir una personalidad comprometida en creencias y comportamientos que le condujeron a llevar una vida azarosa, llena de persecuciones y huidas.

Indagando en la biografía del señor Batini, descubrí que su historia personal estaba imbricada en la historia de Europa. Para entender ambas, fue preciso olvidar los nombres, las fechas y otros datos que un día me hicieron aprender de memoria. La historia oficial no explica ni justifica nada. Para entender lo acontecido, tuve que acercarme a los protagonistas, en muchos casos anónimos, y vivir en una Europa militarizada y socialmente convulsa, que pagó sus excesos colonizadores del tercer mundo durante la primera mitad del siglo XX.

Reconozco que no fui muy original al iniciar la búsqueda del señor Batini, pues lo hice en Internet, como si estuviese buscando el nombramiento de un funcionario o el impago de una multa. Lo primero que se me ocurrió fue poner «Amilcar Batini». Escarbando en los resultados con un poco de paciencia, aparecieron unas hojas bajo el título de *BOLLETTINO delle RICERCHE*⁴, de treinta y un páginas, con cuatro listas donde constan los datos personales de cerca de mil anarquistas italianos residentes fuera del país. En la Hoja 6, del *LISTADO N.º 2 DI ANARCHICI ITALIANI RESIDENTE ALL'ESTERO*, en el Número de Orden 64i ponía:

4 Boletín de Búsqueda.

*BATINI Amilcare di Nunzio e Bedini Rosa, nato alia Spezia 23-10-1896, stagnino. Statura alta; occhi castani, mentó ovale, viso bruno; naso rettilineo; capelli castani ondulati; fronto alta; bocea larga; corporatura robusta; (favela difettosa nell «S»).*⁵

Mi sorpresa fue mayúscula. Por las conversaciones que mantuve de niño y adolescente con el señor Batini, podía apreciarse perfectamente que era una persona con un pensamiento político y social de izquierdas; por su comportamiento, un hombre de carácter e ideas propias. Pero de ahí a ser anarquista va un buen trecho. Jamás lo hubiese imaginado. En mi pueblo nunca conocí anarquista alguno. Para mí, hasta aquel día, un libertario era un tipo peligroso con un pañuelo negro al cuello, un violento situado en una barricada con una bomba en cada mano.

Había encontrado una información que me costaba creer y me dejaba descolocado, por lo que decidí examinar su veracidad antes de continuar. Estaba dispuesto a contrastar todas las dudas que el sentido común me indicaba. Lo primero que hice fue conocer la fuente de donde surgía el dato.

El boletín lo había recibido el Departamento Central de Inteligencia de Holanda (CID) en 1932. La Céntrale Inlichtingendienst, en holandés, fue creada en 1919 y desapareció, una vez ocupada Holanda por los nazis, en 1940. Consta que nunca llegó a ser un órgano del Estado con

⁵ Batini Amilcare de Nuncio y Rosa Bedini, nacido en la Spezia, 23-10-1896, soldador. Estatura alta; ojos castaños; mentón ovalado; frente alta; boca ancha; cuerpo robusto; (pronunciación dificultosa de la «s»).

autonomía económica y de personal. Estuvo constituida por algunos militares y otro personal del Ministerio de Interior, comisionado al efecto, a los que se sumaron algunas personas voluntarias a título individual. Sí, como suena. Algún militar, pasado a la reserva, que se aburría y quería jugar a ser el Agente 007 defendiendo a la patria del mal. Esta central de inteligencia nunca dispuso de dotación económica; se proveía de unos recursos militares secretos, que disponía el presupuesto del Ministerio de la Guerra, algún que otro dinero que se escurría por las cloacas del Ministerio del Interior e incluso percibió ayudas del Ministerio de Justicia, ejemplo más que sangrante de lo que no debe ocurrir en una democracia.

Uno de sus objetivos principales fue el seguimiento de los individuos, u organizaciones subversivas, que pudiesen desestabilizar el Estado. Líderes obreros y sindicales, agitadores sociales, estudiantes indígenas de las colonias holandesas y grupos de extranjeros exiliados por motivos políticos eran los principales objetivos de sus pesquisas.

La mayor parte de la información la obtenía de las policías locales, del Servicio de Inteligencia Militar (GSIIIA), de los datos recabados por los Ministerios de Interior y Justicia e, incluso, algunos chivatazos de informantes que trabajaban en grandes empresas. En líneas generales, lo que podemos denominar soplones oficiales o particulares al servicio del capital y la derecha más rancia. A esta información, obtenida en el interior del país, era preciso sumar la recibida de las instituciones hermanas correspondientes en los países extranjeros.

Es conocido que, durante algunos años, este servicio secreto de espionaje colaboró con la policía alemana. Puede que fuese el colmo de lo absurdo, pero tratándose de absurdos tampoco puedo asegurarlo. Tal vez alguien, algún día, descubra otro motivo que lo supere.

La casi totalidad de los países desarrollados de Europa cruzaban por aquellos años informaciones y mensajes entre ellos. No estaban codificados, ni escritos con extraños símbolos indescifrables, como de niño pensé harían los servicios secretos de países desarrollados. Eran boletines con circulares y órdenes de búsqueda, controles y persecuciones. Papeles desaprovechados para causas mejores, con listas de peligrosos bolcheviques, socialistas o anarquistas, que querían hacer la revolución en cualquier punto del planeta. Peligrosos seguidores de ideologías que sembraban en la mente de los campesinos y obreros la ilusión de conseguir una casa digna y un plato caliente en la mesa para cada morador; defensores de la igualdad entre las personas para que todas pudieran tener el mismo derecho a la instrucción y la salud. Gente que pensaba que un mundo más equitativo y más justo era posible.

Por ironías de la historia, la Central de Inteligencia de Holanda estaba preocupada por un puñado de anarquistas italianos y españoles, mientras sus pulcros y ordenados vecinos iban dotándose de un ejército ingente, construyendo una extensa y terrorífica máquina de guerra, planificando invadirles y someterles, como de facto hicieron a los pocos años.

La segunda pregunta que me hice fue a propósito del boletín en el que figuraba el nombre del señor Batini. Para encontrar

respuestas, fue preciso conocer la historia de Italia durante las décadas de los años veinte y treinta del pasado siglo XX, en que el fascismo dominó la nación.

El Partido Nacional Fascista italiano utilizó la democracia como palanca para llegar al poder. Cuando en 1924 los fascistas ganaron por primera vez las elecciones, arrojaron la palanca contra los demócratas, pues ya no la precisaron más. Durante los dos años siguientes, hicieron leyes que suprimieron los partidos políticos, los sindicatos y la masonería; también desapareció la libertad de prensa y restablecieron la pena de muerte. En 1926 promulgaron una ley que daba facultades al Jefe de Gobierno de dictar normas sin aprobación parlamentaria. Ese mismo año, crearon el Tribunal Especial para castigar los «delitos políticos». Los fascistas no sólo se cargaron la democracia, sino que desarrollaron una dictadura fascista armada como un tanque, al que las personas libres no podían hacer frente.

El estado totalitario intentó no dejar un cabo suelto. A la prohibición de existencia de los partidos políticos, sumó la represión de las ideas y su expresión pública: nadie podía manifestarse contra el régimen. No prohibieron pensar, porque siempre hay algún rebelde que impide garantizar la eficacia de la medida. La Direzione Generale Pubblica Sicurezza del Ministero dell'Interno, durante el período comprendido entre 1923 y 1937, fue editando, cíclicamente, el *BOLLETTINO DELLE RICERCHE*, en el que comunicaba a las policías de otros países los datos personales de peligrosos izquierdistas, terroristas capaces de destrozar estados o el mismísimo orden universal. Curiosa paradoja propuesta por algunos gobiernos, que, en

lugar de actuar dentro del estado de derecho, actuaron como terroristas. Anarquistas, comunistas o socialistas fueron integrando las listas de los feroces enemigos del orden institucional establecido.

CAPÍTULO III

DE MEDINA DE POMAR A LA SPEZIA

Desde el mismo momento en que conocí el pasado anarquista del señor Batini, la búsqueda de su personalidad real se convirtió para mí en una auténtica obsesión. Me olvidé del estereotipo de anarquista que nos presentaron durante la posguerra, modelo por el que rayaría en un salvaje, enemigo de todo orden establecido; también olvidé la imagen que de él forjaron en el pueblo, identificándole como un desequilibrado. El señor Batini fue mi amigo, y doy fe de que su comportamiento y maneras jamás tuvieron nada que ver con lo arriba expuesto. Lo que yo precisaba era saber cómo fraguaron las ideas libertarias en su mente, dónde había vivido, por qué un día llegó a Medina... Si como deducía del primer indicio, era un perseguido político, y, por consiguiente, un refugiado, su presencia en el pueblo me resultaba difícil de entender. Más aún, me atrevo a decir que chirriaba entre clericales y monárquicos. Era el último lugar del mundo donde la presencia de un anarquista podía pasar desapercibida.

Conozco mi pueblo y su historia. Medina de Pomar, situado al norte de la provincia de Burgos, en una zona de transición

entre la meseta y los montes del Cantábrico, era por aquel tiempo, cuando el señor Batini llegó a ella, una población con título de ciudad que apenas alcanzaba los tres mil habitantes. En lo político y social, la ciudad provenía en su pasado más reciente del carlismo reprimido. La existencia de un cuantioso clero fue un freno continuo a la llegada de ideas liberales. Durante el siglo XIX, sólo la presencia de un destacamento de fuerzas militares, leales a los sucesivos gobiernos, consiguió mantener a raya a los realistas. Los pocos liberales existentes fueron más bien de corte católico y conservador, aunque siempre existió alguna persona valiente y con independencia de criterio, que, por supuesto, fue tachada de oveja negra. Es el caso de Ramón Chies, republicano y librepensador, a quien, parece, borraron la partida de nacimiento del registro medinés. Conocido y reconocido por el pueblo de Madrid, siempre ignorado en su cuna.

* * *

Pronto entendí que el primer procedimiento para conocer los pasos dados por nuestro protagonista, pasaba por obtener datos fiables de distintos registros, me gustase o no. Los datos burocráticos, que constan en el registro municipal, me aclararon algo sobre su vida anterior. Amilcare, que no Amilcar, aunque su mujer y él mismo hacían muda la e final cuando decían su nombre, vino al mundo en La Spezia, Italia.

Recordé que, en más de una ocasión, el señor Batini me habló con pasión y nostalgia de su tierra natal. Contaba que nació en La Spezia, una ciudad capital de la provincia del mismo nombre situada en la región de Liguria. Para que el lector no

tenga que mirar un mapa o un libro de geografía, como hice yo en varias ocasiones cuando era un escolar, la situaré en la costa oeste de la península Itálica, a unos cien kilómetros al sur de Génova y el golfo del mismo nombre, ciudad esta última más conocida por ser la patria chica de Cristóbal Colón, según dicen algunos, que por ser grande. La Spezia, ubicada en el fondo de una coqueta bahía, fue el edén donde sus habitantes vivieron, durante siglos, de los productos del mar y del comercio. Decía orgulloso de ella que:

*—Si tratta di una piccola città, carino e simpático come una ragazza di quindici.*⁶

Contaba el señor Batini que, durante mucho tiempo, la bahía fue conocida como *Golfi dei Poeti*⁷, y para confirmarlo aducía con pompa:

—Músicos como Wagner encontraron inspiración en los silenciosos atardeceres de La Spezia; poetas como Lord Byron los rompieron recitando sus versos en las noches oscuras de Porto Venere.

Respecto a los datos que constan en el ayuntamiento medinés, encontré que la primera vivienda que tuvo cuando llegó a Medina de Pomar, en 1935, fue en la calle Herrerías, de nombre gremial muy apropiado a su profesión. Permaneció allí pocos meses, pues, por alguna razón que desconozco, al año siguiente ya ejerció su profesión en la casa situada en Antonia

6 Fue una pequeña ciudad, boita y coqueta como una muchacha de quince años.

7 Golfo de los poetas. (Percy Bysshe, Mary Shelley, Lord Byron, Marguerite Duras y hasta el mismo Dante, pasaron largas estancias allí).

Torres, en la que estableció el centro de sus distintas actividades industriales hasta su partida.

En relación con la mujer que conformó su pareja, Elisabeth Dittberner, consta en el padrón que nació en Ostende, ciudad Belga. En algún otro documento figura también con el apellido Appel, de origen alemán. La explicación es sencilla: Appel fue su apellido de soltera, posteriormente se casó con un señor del que tomó el apellido Dittberner, fruto del que nació Sigifredo. Respecto a las hijas, apenas recuerdo algo por la diferencia de edad y por ser muy pequeñas cuando desaparecieron del pueblo. La niña recién nacida con la que llegó a Medina, Rosa María, nació en Bilbao, y, al igual que la siguiente hija, Margarita, nacida en Medina de Pomar, llevó los apellidos Batini Dittberner. Fácil deducir que si Elisabeth no perdió el apellido de su primer matrimonio, fue porque no se casó jamás con el señor Batini.

Comprobados los datos existentes en Medina, entendí que todas las teorías que elaboraba podían venirse abajo si se producía una coincidencia de nombres. El mundo es muy pequeño y muy grande a la vez. Decidí cerciorarme, al cien por cien, antes de hacer afirmaciones de ningún tipo. El siguiente paso fue confirmar que el Amilcare Batini, el ciudadano señalado como anarquista por la policía italiana, era el ciudadano que todos conocimos como vecino de Medina de Pomar durante trece años. Podía darse el caso de que hubiese existido otra persona de esa generación con idéntico nombre y apellido.

Me dirigí al Responsabile Ufficio Stato Civile del Comune della Spezia preguntando por Amilcare Batini. Aproximadamente al mes, recibí la respuesta a mi pregunta, con la precisión del funcionario que conoce bien su oficio:

«Amilcare Batini no existió en este registro. Existió Amilcare Aristide Batini de Nunzio e Rosa Batini, nacido en La Spezia el 23-10-1896, muerto en La Spezia el 29-02-1959.»

Ya no existía confusión posible, la identificación era exacta.

Todos estos datos estaban bien para verificar su identidad, pero no explicaban nada a propósito de las preguntas esenciales que yo me hacía continuamente. Pero un paso había dado. Ahora estaba convencido de que el señor Batini había tenido un pasado desconocido para los medineses. Para encontrarlo, era preciso empezar por el principio, por el lugar de su nacimiento.

* * *

Cinco fotografías, correspondientes a cinco pueblos que adornan la costa noroeste italiana, fueron argumentos suficientes para convencer a mi mujer de ir a pasar unos días a La Spezia, punto de partida y llegada de los barcos turísticos que visitan Cinque Terre. Llegados allí, nos alojamos en un hotel próximo a la Comune della Spezia, frente al puerto.

Desde la terraza, situada en la planta más alta del hotel, veo en su totalidad el Golfo dei Poeti por la noche. A la izquierda, los focos iluminan las grúas del importante puerto mercantil, reflejo fiel de una ciudad muy industrializada. A la derecha,

vislumbro los buques de la Armada. En el centro está la mar, iluminada por la luna, que marca una senda plateada por donde ponen rumbo los pescadores. Me cubren la espalda los impresionantes montes Apuanos. En la lejanía adivino las luces de Lerice y Porto Venere, que flanquean el faro rojo que señala la entrada del puerto de La Spezia. Me resulta difícil entender por qué un día el señor Batini decidió abandonar aquel lugar próximo al paraíso. Qué motivos desconocidos le llevaron a cambiar el mar de Liguria por las tierras secas de Castilla; los acantilados con vistas al mar azul, por los oteros desde donde se divisan los páramos en los que pastan las ovejas y las fincas sembradas de trigo.

Cuentan los cronistas de la ciudad, que fue Napoleón Bonaparte el primero al que se le ocurrió la idea de dedicar aquel golfo para uso marítimo-militar, por su posición estratégica y fácil defensa. Pero quien liquidó aquel remanso idílico fue el conde de Cavour⁸, bajo la autoridad de la Casa de Saboya. En 1869 se inauguró el Arsenal Militar, diseñado por el ingeniero militar Domenico Chiodo. A partir de ese momento la ciudad creció desmesuradamente, siguiendo el ritmo que impuso la construcción y mantenimiento de barcos de guerra. El otrora romántico golfo perdió su aura mágica, y tornó en la triste y cotidiana realidad de un cielo lleno de viruta de hierro, polvo de acero, pintura gris de las fragatas y destructores, humo denso del carbón negro calentando las calderas. Las notas del viento tornaron en el runrún de los motores a vapor, en el toc, toc del martillo pilón en la fragua. La Regia Marina, con sus militares y astilleros, lo copó todo. Alrededor del

8 El conde de Cavour fue uno de los principales impulsores del Reino de Italia

Astillero Militar, fueron instalándose varias empresas privadas de armamento para montar los barcos. Conforme crecía la industria militar, el pueblo fue llenándose de trabajadores bajo un régimen en su mitad militar, y en la otra propio de esclavos.

La pequeña población que en 1880 tenía unos treinta y seis mil habitantes, a fin del siglo había duplicado la cifra, y en 1920 casi triplicado. Prisionera la ciudad antigua entre el mar y la montaña, sólo pudo dar cobijo extendiéndose con nuevas edificaciones hacia el este y las montañas. Junto a una gran cantidad de operarios para el Arsenal de la Armada y empresas satélites, también se ubicaron militares, ingenieros, profesionales de alta cualificación y representantes del capital.

Hoy como entonces, la ciudad se extiende mirando al mar que le da la vida. El Vía Italia, que transcurre paralelo al agua, es una extensa avenida de casi tres kilómetros, que recibe gotas de agua salada del mar de Liguria cuando se enfada, y la salpica como un niño enrabietado. No es el clásico paseo marítimo para uso de turistas, aunque en la parte más antigua se encuentra adornada por jardines poblados de distintas especies botánicas. Detrás hay un par de calles en las que se ubica la ciudad comercial, burocrática, banquera, ociosa, que gusta del sonido de las monedas, despreciando el del mar. A partir de ahí, La Spezia desafía al monte, y todo lo invaden las casas del desarrollo burgués del siglo XIX. Fruto de los deseos de la clase dominante por disponer de unas residencias apropiadas para su categoría, se construyeron en esta parte más antigua, durante la etapa de crecimiento, muchos edificios con alto valor estético y bonitas ornamentaciones. Múltiples

estatuas, bajorrelieves, portones de madera y jardines con palmeras, aún recuerdan el estilo del Novecento.

La acentuada diferencia de clases sociales que trajo la industrialización, fue uno de los motivos principales por los que surgieron hombres valerosos que lucharon contra el sistema. Al respecto, acostumbraba a decir el señor Batini algunas frases hechas, que pronunciaba con la solemnidad de quien anuncia una verdad irrefutable:

—Cuando yo nací, había más anarquistas por metro cuadrado en La Spezia que curas, monjas y meapilas en este pueblo. ¡Que ya es decir!

O esta otra:

—Yo aprendí a leer con las hojas del periódico *Il Libertario* que hacía Pasquale Binazzi.

Al inicio de la Primera Guerra Mundial, la importancia del astillero de la Armada fue tal, que los jóvenes que allí trabajaban estuvieron exentos de ser llamados a filas; pero si abandonaban el puesto de trabajo, debían incorporarse al Ejército o les declaraban desertores. Finalizada la Gran Guerra, en 1919, el Gobierno despidió a muchos trabajadores del Arsenal de la Armada; la necesidad de mano de obra decreció en un porcentaje muy importante. Encadenada a esta decisión, vinieron otras parecidas de las empresas fabricantes de armamento militar y montajes. En general, la entrada en el conflicto bélico por el Reino de Italia supuso que gran parte de su economía productiva se dedicase a la guerra. Durante cuatro años, hombres, fábricas y campo tuvieron la finalidad

obsesiva de contribuir a todo lo que sirviese para matar al enemigo. Esto supuso que al finalizar la guerra sobrasen armas y faltasen productos de consumo. Su escasez se tradujo en una alta inflación. Para colmo, las arcas públicas italianas se encontraban vacías al haber dedicado los recursos a financiar la guerra; no quedaba ni una lira para promover la obra pública y el empleo. También se encontraba agotada la capacidad de crédito del Reino italiano. La deuda contraída, principalmente con Gran Bretaña, dejó en bancarrota al Estado. El hecho de ser uno de los países ganadores de la guerra no trajo recursos económicos. La mayoría de los hogares de La Spezia, y otras ciudades industriales, se llenaron de pobreza y hambre. A propósito, me viene a la memoria otra más de aquellas frases lapidarias que repetía el señor Batini:

—Las guerras sólo traen ruina y miseria para todos, incluso para los ilusos que se creen que las ganan. Cuando acaban, los ganadores tal vez tengan un trozo de territorio más, pero lleno de ancianos y niños hambrientos, de ojos de viudas que miran acusadores, de mutilados e inválidos de guerra... Las guerras no las gana nadie, las perdemos todos.

Por aquellos años en los que en Europa vivíamos militarizados permanentemente, desde el primer paso hasta el último que dábamos cada día, rodeados de héroes hasta en el nombre de nuestras calles, entender la triste realidad de las guerras era harto difícil. La violencia colectiva, el ejercicio de la fuerza bruta por los estados, no podía ser cuestionada; era tratada como un dogma de fe, una verdad irrefutable; rechazarla, era ir contra los cimientos de la patria.

CAPÍTULO IV

GIUSTIZIA E LIBERTÀ

Sabe el viajero que para conocer una ciudad, es preciso hacerlo sin prisa, vagar sin rumbo fijo y abrir los sentidos, dejando que penetre por los mismos. De esta forma podremos encontrar el olor de sus calles, los colores que la adornan, los sonidos que producen sus gentes e industrias. Si además de su aspecto físico y sensorial deseamos ver su alma, debemos conocer su historia.

Caminando hoy en día por las calles de La Spezia, es difícil comprender los acontecimientos que ocurrieron hace un siglo; el espíritu de las personas que vivieron en ellas, el ambiente revolucionario que invadió la ciudad como si de una densa niebla se tratase. Por la Via del Prione pasean los turistas, van mirando los escaparates de las tiendas que promueven el consumo, como si de cualquier otra ciudad del mundo se tratase. En las plazas del centro, los estudiantes europeos del programa Erasmus charlan en las terrazas de los cafés. La tranquilidad reina por todos los rincones. Voy leyendo los nombres de las calles. De repente he encontrado algo que me suena: Via Pasquale Binazzi. En la tercera línea de la placa

pone: «Agitatore libertario». Menos mal, por fin puedo comprobar que en algún lugar de esta ciudad ha quedado el reflejo de un importante pasado anarquista.



El anarquismo a principios del siglo XX fue, en La Spezia, algo más que una moda social o un movimiento político: fue una religión seguida por mujeres y hombres condenados desde su nacimiento, cuando no al infierno, sí al purgatorio de un proletariado situado en la más absoluta precariedad económica e intelectual. He dicho una religión, porque me parece una cuestión de fe: se cree o no se cree. Aunque hay quien asegura que se trató de un gen. Hubo quien nació con el mismo y quien lo desarrolló en su juventud, para acabar mostrando al mundo entero su inconformismo y rebeldía ante la injusticia social y la falta de libertad.

Tal vez fue Pasquale Binazzi el primero que poseyó en su ADN el gen anarquista en La Spezia. El trabajo como aprendiz y obrero en los astilleros de Muggiano, le sirvió para desarrollarlo. Allí comprendió, pronto, que el Estado era el primer opresor, capataz puro y duro de un proletariado al que sólo permitía subsistir. En 1901, fue el primer secretario de la

recién creada Camara del Lavoro della Spezia. Había mucho por lo que pelear: salarios dignos, semana inglesa, supresión de trabajos extraordinarios en festivos, jornada de ocho horas y media, reglamentos disciplinarios de empresas. Trabajadores sin derechos laborales, sólo con obligaciones, vinculados con una relación a veces más próxima a la esclavitud que al entendimiento y convenio entre personas civilizadas. Las circunstancias adversas y su fuerza de voluntad le obligaron a hacerse a sí mismo. Supo forjar en su pulso con los patronos, al primer anarcosindicalista de La Spezia. En 1903 fundó con su esposa, Zelmira Peroni, una mujer fuerte de carácter y voluntad decidida, el semanario *Il Libertario*. Consiguieron una publicación periódica, que cumplió la función de informar de todo aquello que a la prensa amarilla, al servicio de las empresas y el capital, o la prensa católica, al servicio de almas confusas y serviles, no les interesaba divulgar. Con la ayuda de otros compañeros, fueron capaces de remover la conciencia social y manifestar la cruda realidad a quienes deseaban conocerla. Tanto él como el periódico fueron objeto de diversas persecuciones, pero cuando Pasquale fue detenido, el tesón de Zelmira consiguió que los ejemplares saliesen a las calles. En 1917, en plena guerra, el periódico fue suspendido por la autoridad militar, pero después continuó. Falleció *Il Libertario* en 1922, quemado, asesinado como un anarquista más que sólo fomentaba la insurrección contra el poder y la oligarquía económica que sustentaba este último.

Vittorio Cantarelli también colaboró en *Il Libertario*. No disponiendo del gen anarquista el día de su nacimiento, por haberlo hecho en la Emilia-Romagna, fue objeto de una

mutación al ir a vivir a La Spezia. Pero sobre este hombre, baluarte de la libertad, les contaré algo más tarde.

Por la noche, en las calles de La Spezia resuenan mil historias, de los mil anarquistas que se criaron entre ellas a principios del siglo XX. En una de ellas están los nombres de Pasquale y Vittorio, los compañeros, los maestros de Amilcare Batini.

Finalizada la Gran Guerra, la situación de la clase trabajadora en La Spezia había sobrepasado los límites de la precariedad; el hambre se apoderaba de sus hogares. Sirva como ejemplo que Vickers-Terni, fabricante de hermosos cañones durante la contienda europea, redujo su plantilla de unos tres mil quinientos trabajadores a mil. En Ansaldo y otras fábricas de armas y municiones, el panorama era similar. La desastrosa situación económica, producida en Italia por la entrada en la guerra, ya se había notado entre 1917 y 1918 en otras ciudades y regiones; pero la producción de armamento en La Spezia fue determinante para no sentir la presión agobiante del desempleo hasta finalizada la contienda.

El 11 de junio de 1919 comenzó en La Spezia el denominado Biennio Rosso. La población, en gran parte sin trabajo y harta por el encarecimiento de la vida, bajó al centro de la ciudad y comenzó a saquear los comercios. Todas las Fuerzas Armadas fueron movilizadas. Los soldados se negaron a disparar, pero los carabinieri mataron a dos trabajadores.

Para el 20 y 21 de junio, socialistas y anarquistas convocaron una huelga general en toda Italia. El ejemplo de Rusia, en 1917, estaba en la mente de toda la izquierda italiana; ahora o nunca.

El ideal revolucionario flotaba en el aire, incluso su terminología; empezaban a usarse las palabras «soviet» y «guardia roja».

Las elecciones de octubre confirmaron al Partido Socialista Italiano como primera fuerza política con el 32% de los votos. También en La Spezia y Liguria el PSI era mayoritario.

Durante 1920, el movimiento insurreccional se fue extendiendo por toda Italia, preferentemente en el norte. Las huelgas estuvieron a la orden del día en todas las ciudades industriales. Algunas fábricas fueron tomadas por los trabajadores, quienes defendían la autogestión de las mismas. Los campesinos ocuparon las tierras ociosas en algunas zonas rurales. Fue el *Novecento* que magistralmente describió Bernardo Bertolucci en la película que lleva dicho título.

La izquierda italiana, buscando responsabilidades a propósito de la situación de pobreza reinante, acusó a los militares y veteranos de guerra de la situación creada, de modo que éstos pasaron de ser héroes a villanos ante el pueblo en general. Con más criterio, responsabilizaron a la clase política, por no haberse hecho cargo de las necesidades del pueblo, a la burguesía y al poder financiero.

Durante dos años, el Partido Socialista Italiano, ideología mayoritaria en el Reino de Italia, y defensor del Estado de derecho y del sistema democrático, intentó mantener el orden dentro de la legalidad. Por el contrario, los anarquistas fomentaban la revolución popular.

A finales de 1920, las aguas fueron volviendo a sus antiguos cauces. La Cámara General del Lavoro y las cámaras provinciales habían pactado buenos incrementos salariales y mejores condiciones de trabajo. El capital se bajó los pantalones. «Ya vendrán tiempos mejores para tomarnos la revancha», debieron de pensar los empresarios. Los trabajadores abandonaron la toma de las fábricas y pactaron con los propietarios. El Biennio Rosso había concluido. Los socialistas y anarcosindicalistas de La Spezia también abandonaron Vickers-Terni, Termomeccanica CerPELLI, Ansaldo y otras empresas, bajo la atenta mirada de una burguesía que reprochaba la toma de las mismas.

Mientras la derecha conservadora italiana, antes desorientada, empezó a unirse en torno a un ideario antisocialista, la izquierda hizo lo contrario. Al inicio del año siguiente, 1921, se fragmentaba el Partido Socialista, surgiendo del mismo el Partido Comunista Italiano.

La formación de escuadrones fascistas durante 1921 fue en progresión continua. Ante el avance del fascismo, los anarquistas crearon los *Arditi del Popolo*⁹ en un intento por generar una fuerza paramilitar que defendiese y representase al proletariado. Unas ciento cincuenta personas de La Spezia, de ideologías anarquista, comunista y socialista, se adhirieron al mismo. En su ideario, el advenimiento de una República Italiana. El enfrentamiento dialéctico entre los partidos y las personas representantes de las distintas ideologías,

9 Escuadrones del pueblo.

fragmentaron y desunieron los Arditi, que, trascurrido algún tiempo, murieron solos por abandono.

* * *

El pequeño Amilcare Batini, finalizado su periodo escolar, siendo casi un niño, empezó a trabajar de aprendiz con un hidráulico. Andando por las calles de La Spezia, tengo claro dónde aprendió el señor Batini el catecismo, no el de los curas, sino el de los obreros; no el que cuentan en las iglesias, sino el que me contaba a mí.

Imagino al joven Amilcare, dando vueltas por la plaza Garibaldi, corriendo, ondeando al viento la bandera roja y negra de su corazón.

Al atardecer, paso por la Piazza Giuseppe Verdi de regreso al hotel en el que nos alojamos en La Spezia. Es una plaza histórica, aunque sólo de una pequeña parte de la historia reciente de La Spezia. Cuentan los veteranos del lugar, que es la única zona céntrica que no fue bombardeada por los Aliados en la Segunda Guerra Mundial. Unas vallas señalan los límites de una obra pública próxima a realizarse. Sobre las mismas, han colocado diversas pancartas contra la reforma de la plaza, que supone de facto talar los pinos existentes en la misma. Sobre una sábana blanca reza: «NON TAGLIAMO I PINI, TAGLIAMO LE GIUNTE ARROGANTI»; a su lado, otra pancarta más pequeña dice: «NO PASARÁN».

Sí, aún quedan genes anarquistas en La Spezia.

CAPÍTULO V

AMILCARE FRENTE A AMILCARE

Las personas no elegimos dónde ni cuándo nacer. Nos traen al mundo en un punto del espacio y el tiempo, y allí nos toca vivir y morir. Intentamos abrir nuestros propios caminos en la vida, pero hechos ajenos a nuestra voluntad van definiendo parámetros que la condicionan y nos llevan por donde jamás pensamos que elegiríamos. En muchas ocasiones somos navegantes solitarios, intrépidos o pusilánimes, da lo mismo, a los que el viento y las tormentas marcan el rumbo a su antojo. Personas cuya amistad o compañía no hemos elegido, a las que jamás conoceremos, con las que nunca nos relacionaremos, palparemos o sentiremos como próximas pueden determinar las circunstancias que condicionan nuestra existencia. Amilcare Batini fue contemporáneo de Benito Amilcare Mussolini. La vida del señor Batini durante años, al igual que la de millones de italianos, fue definida, en muchas opciones de libertad individual, por el pensamiento y actitud política del Duce. Los lugares donde vivió el señor Batini no fueron fruto de decisiones libres, sino de unas circunstancias políticas en las que intervino el Duce.

Benito Mussolini fue una de las personas que marcó la historia del siglo XX en Italia, dejando un sello indeleble que a ningún ser humano dejó indiferente; ni aún hoy se lo sigue dejando a cualquier observador imparcial. Hombre de fuerte carácter, hecho a sí mismo, ególatra, belicista, iluminado egocéntrico capaz de hacer cosas buenas pero también las peores, llevó a su patria y, lo que es peor, a sus paisanos a varias guerras absurdas y a una última que constituyó su propia tumba.

Benito Amilcare Mussolini nació en 1883 en una aldea de la Emilia-Romagna, hijo de un herrador socialista y una maestra preocupada por su formación. Fue un joven intelectualmente inquieto, que se rebelaba contra la injusticia. Interno en colegios clasistas, donde se segregaba por la condición económica de los alumnos, fue expulsado en dos ocasiones por pegarse. A pesar de que su padre intentó imbuirle en el ideario socialista, durante algunos años de juventud tendió al anarquismo y anarcosindicalismo. Prófugo del servicio militar, estuvo huido en Suiza, años en los que adquirió una buena formación en idiomas; hablaba francés, inglés y alemán.

El exilio y la emigración le hicieron tomar conciencia de la existencia de un proletariado maltratado, de modo que a su regreso a Italia se aproximó al Partido Socialista. Durante la guerra de Libia (1911-1912), fue encarcelado por su oposición a la misma. Era una guerra colonial para quitar a los turcos un trozo de África. ¿A quién podía interesar? Sólo a la clase dominante, que se repartía las tierras y los mercados; también a la oligarquía financiera, que sólo contaba las liras, nunca los

muertos. Por aquel tiempo, llegó a ser director del periódico oficial del Partido Socialista, *Avanti!*

Iniciada la Primera Guerra Mundial, su posición de neutralidad ante una guerra que valoraban como imperialista, coincide con la del Partido Socialista. Pero pronto cambió de opinión, y se manifestó a favor de entrar a combatir con los Aliados, lo que supuso su expulsión del partido.

Ya fuera del Partido Socialista, el 15 de octubre de 1914, fundó en Milán el periódico *Il Popolo d'Italia*. Para entonces, Mussolini tenía muy claro el poder de los medios de comunicación en la propagación del ideario político, y la fragilidad de la memoria humana. Las promesas y el ideario se olvidan; pasados unos meses, no son noticias. Defendía, en su prensa, el militarismo y el irredentismo, corriente esta última que pretendía la anexión a Italia de regiones de otros países, y que consideraba que debían estar integradas en Italia.

En 1919, el exsocialista Mussolini, iluminado belicista y antibolchevique, creó los Fasci Italiani di Combattimento [Fasces (haces) italianos de combate]. Fueron dotados de un ideario revolucionario que contentase a todos los estamentos sociales: trabajadores de la industria, campesinos, burguesía comercial, empresarios, militares, inválidos de guerra y denostados excombatientes de la Gran Guerra, que sentían el desprecio tras su entrega a la patria.

El 6 de junio, en *Il Popolo d'Italia*, lanzó un manifiesto en el que defendía el derecho al sufragio universal para hombres y mujeres, pudiendo todos ser electos. Concedor de los

problemas de la clase obrera, pedía la jornada de ocho horas y un salario mínimo, mas la participación de los representantes de los trabajadores en la gestión de industrias y servicios. También propugnaba otras medidas sociales y populistas, como la jubilación a los cincuenta y cinco años, el fin de ciertos privilegios del clero y poner impuestos sobre el capital. La medida más curiosa fue, sin duda, la creación de una Milicia Nacional para la defensa del Estado.

Durante el III Congreso de los Fasci italiani di Combattimento, celebrado en Roma el 11 de noviembre de 1921, constituyeron el Partito Nazionale Fascista (PNF). Entonces, ya dejaron clara su animadversión a la izquierda social y política; su desprecio a la Sociedad de Naciones como foro para evitar conflictos internacionales; su firme voluntad de crear un imperio; su derecho a ejercer políticas coloniales. La política exterior que propugnaban, fundamentada en explotar la pobreza de África, no era un ejemplo de búsqueda de la justicia, sino de envidia.

En octubre de 1922, los fascistas hicieron una marcha sobre Roma. A pesar de no ser uno de los partidos mayoritarios en las elecciones, el rey Víctor Manuel III, Jefe del Estado, puso a Mussolini como Jefe de Gobierno, y los fascistas empezaron a hacer política real. Al principio, bastante moderada, al ser imprescindible contar con otros socios en el Gobierno de corte conservador y católico.

El señor Batini sabía mucho a propósito de la oxidación de los metales, no en vano llevaba muchos años trabajando entre

ellos. Mientras contemplaba la herrumbre en un tubo, iba explicando, con la didáctica de un buen maestro, cómo ocurrió la corrosión de una frágil monarquía que pretendió ser democrática. Cómo los fascistas, con Benito Mussolini a la cabeza, consiguieron, en unos pocos años, deteriorar un sistema democrático pasándolo a una dictadura.

—Abrieron la primera brecha como quien no hace nada. En enero de 1923 crearon la Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale sobre la base de los squadristis, que les habían llevado al Gobierno.

Estuvo integrada por voluntarios, vestidos con camisas negras, que fueron sembrando el miedo e imponiendo la voluntad de su jefe por toda Italia. Por la práctica de sus actuaciones, bien pueden calificarse como fuerzas paramilitares y parapoliciales. Esta imposición no sólo aconteció en las grandes capitales. En La Spezia también se crearon con excombatientes, estudiantes y pequeños burgueses cargados de odio hacia la clase trabajadora y la izquierda.

Tras fingir una reflexión, continuaba con algo que sabía de carrerilla:

—*Non capisco legge, ma mi chiedo:*¹⁰

»¿Un estado democrático debe tener una policía que responda al mandato del pueblo y cumpla con la justicia, o una milicia para llevar a cabo el ideario de un partido?

¹⁰ No entiendo de leyes, pero me pregunto.

Iniciado el proceso de corrosión en la capa de galvanizado, el óxido debe continuar perforando el metal. Para ello sacaron adelante la Legge Acerbo, unos meses más tarde. Esta ley supuso que al partido más votado, cuando rebasase el veinticinco por ciento de los votos, le adjudicasen dos tercios de los parlamentarios.

Mientras extendía los pulgares de ambas manos en paralelo, lanzaba una pregunta con la repuesta implícita:

—¿Un voto siempre será un voto? *Non per il fascisti! Il loro voto é piú prezioso.*¹¹

»Por esta regla, unos votos se multiplicaban por más de dos. Demostraban con esta medida que los políticos fascistas sólo pretendían imponer sus criterios. Debería ser obligatorio que aprendan a ceder, como cedemos todos en nuestras vidas cotidianas.

No le faltaba razón al señor Batini, quien, a su modo, explicaba a un niño que los gobiernos deberían hacerse con el consenso de dos tercios de parlamentarios, para que la mayoría de los votantes puedan sentirse representados; pero no, sólo priman sus intereses, los de la clase política. Al final, un veinticinco por ciento puede imponerse a un setenta y cinco por ciento, y subyugar al cien. Con una sola ley se cargaron el valor del voto y un principio fundamental de la democracia: un hombre, un voto.

11 ¡No para los fascistas! Su voto es más valioso.

Para entonces, el metal era totalmente permeable y empezaba a tener unas hondas hendiduras.

—*Se non abbiamo votato per i fascisti, perché stavamo andando a votare?*¹²

Cuando en 1924 ganaron por primera vez las elecciones, fue cuando el lobo abandonó la piel de cordero y mostró la suya verdadera. Durante los dos años siguientes, hicieron leyes que suprimieron los partidos políticos, los sindicatos y la masonería; también desapareció la libertad de prensa y restablecieron la pena de muerte.

El avance de la corrosión era ya imparable.

En 1926, promulgaron una ley que daba facultades al Jefe de Gobierno para dictar normas sin aprobación parlamentaria. No sé para qué la necesitaba, si el parlamento ya era suyo con la Ley Acerbo. ¿Tal vez no se fiaba de los suyos? ¿O el endiosamiento se le había subido a la cabeza como una borrachera? Ese mismo año, se creaba el Tribunal Especial para castigar los «delitos políticos». Los fascistas habían completado el derrumbe de la democracia.

Las buenas intenciones de dar participación a los trabajadores en las empresas, se quedaron en eso. No existía el derecho de huelga, y eran obligatorias las afiliaciones a unas corporaciones manipuladas por los fascistas, que aglutinaban a empresarios y trabajadores por sectores o gremios. Una

12 Si no votábamos a los fascistas ¿para qué íbamos a votar?

revolución social para que siguiese mandando el capitalismo de siempre.

Todo estaba enfocado a la desaparición de las creencias personales; era preciso anular todo atisbo de conciencia individual para imponer una conciencia colectiva superior, el estado imperial soñado por un puñado de iluminados.

En la agricultura, la obsesión fue la autarquía económica. La batalla del trigo, subvencionando su cultivo para no depender de las importaciones, llevó a una situación en la que la elevación de la producción de trigo contrajo la de otros productos alimentarios, que se encarecieron. Predominaban las ideas con mucho populismo y pocos conocimientos.

Prohibidos los partidos políticos, se fomentó el asociacionismo, siempre bajo la tutela fascista, para garantizarse que fuese a su favor. Se crearon organizaciones juveniles, universitarias, infantiles, pero siempre dentro del fascismo. Intervinieron en la educación, medios de comunicación y cultura, para constituirlos como correa propagadora de su ideología. Hasta el tiempo libre de los italianos pretendieron controlarlo y encauzarlo mediante la creación de *L'Opera Nazionale Dopolavoro*.¹³

Anarquistas, comunistas y socialistas fueron perseguidos por este orden; cuando no por la policía, lo fueron por los camisas negras de Mussolini, constituidos en una fuerza parapolicial. Fueron asesinados algunos anarquistas de Liguria, como los casos de Dante Carnesecchi y Renzo Novatore, encarcelados

13 Obra nacional después del trabajo.

otros, y algunos exiliados, por no decir que huyeron, como Umberto Mazzochi. El resto del movimiento anarquista de La Spezia y la Lunigia quedó reducido a pequeños grupos clandestinos. Respecto a los comunistas y socialistas, su futuro fue parecido: asesinatos y exilio a los países europeos o americanos.

Durante muchos años, el panorama político quedó configurado con la existencia de un partido. El fascismo, como si de una lluvia fina se tratase, empapó a todas las capas sociales, incluidas las clases medias y humildes, que a largo plazo sólo les aportó muertos. Como decía el señor Batini:

—La miseria causa estragos en el cuerpo y en la mente.

Según fueron pasando los años, la prometida revolución, que traería el progreso a los ciudadanos, se quedó en agua de borrajas; los pobres seguían siendo pobres y los ricos, cada vez más ricos.

Los fascistas crearon muchos periódicos y revistas, pues era consciente Benito Mussolini del importante papel propagandista, a su favor, que podía conseguir mediante los medios de comunicación. Donde no lo hicieron, fue porque no lo necesitaron; la prensa existente ya estaba suficientemente domesticada. El control de los medios de comunicación fue una pieza clave en el engranaje del motor que hizo rodar un estado totalitario. La omnipresencia del Duce Benito Mussolini absorbía Italia. Un día podía estar en Palermo inaugurando una escuela, y al día siguiente en Turín, poniendo la primera piedra de una fábrica. El coro mediático se hacía eco de todas las

maravillas que, cual maná, aportaba el Duce. Sus discursos, cargados de patriotismo barato, enardecían a las masas y dejaban a los italianos con el cerebro en estado vegetativo.

El control de la educación fue otro elemento clave. Clonar patriotas era una tarea fundamental para garantizar el futuro del fascismo. Con este fin, crearon la Opera Nazionale Balilla, donde millones de niños y adolescentes recibían una educación paramilitar, jurando lealtad personal al Duce.

CAPÍTULO VI

ENTRE COMISARÍAS Y TRIBUNALES

Me había informado de los datos registrales y burocráticos del señor Batini y su familia. Había confirmado que el hombre de La Spezia y el de Medina de Pomar eran la misma persona, sin lugar a duda alguna. Conocía el ambiente en que se crió y forjó su personalidad e ideario. Ahora echaba en falta hechos que fuesen explicando, en alguna medida, la biografía del hombre de acción que estaba seguro de haber descubierto. Su semblanza tenía que estar recogida en alguna pequeña o gran historia de los anarquistas italianos, en algún libro; puede que una enciclopedia o un ensayo histórico; en alguna página web o un foro. De algún modo, tenía que encontrar una referencia, de mayor o menor tamaño, sobre él, a pesar de que el grupo libertario existente actualmente en La Spezia nunca contestó a mi demanda de información.

Tal vez alguien pueda pensar que la historia de los anarquistas italianos son simples historietas de cuatro locos, pero, para muchos, es la Historia con mayúsculas de personas que intentaron cambiar el mundo. Hombres y mujeres que lucharon para que el ser humano pasara de la opresión a la

libertad, de la esclavitud a la igualdad, de la ignorancia al conocimiento. Idealistas, subversivos, revolucionarios por la dignidad humana. Tras mucho investigar, encontré lo que buscaba, los primeros pasos que marcaron al señor Batini como anarquista.

* * *

Pola es una ciudad situada en el extremo sur de la península de Istria, que en la actualidad corresponde a Croacia. Tal vez por esa maldición que acosa a las ciudades bellas, siempre fue pretendida por distintos estados, desde los tiempos en que la fundaron los romanos. Como testimonio de la presencia de éstos, quedaron el Anfiteatro, el templo de Augusto y el arco del Triunfo. Durante el siglo XIX, formó parte del Imperio austrohúngaro, que instaló allí un arsenal militar. Este hecho supuso que la ciudad pasara de ser preciosa a ser belicosa, tal como le ocurrió a La Spezia.

Al finalizar la Gran Guerra, fue entregada como botín al Reino de Italia, tomando el nombre italiano de Pola, pues no en vano era uno de los territorios irredentos. Una de las primeras medidas que tomaron los nuevos propietarios fue asentar en ella el Tribunal Militar Marítimo de Guerra de Pola. La justicia militar marítima estaba separada de la análoga para el Ejército, en general en aquellos años. Ubicar el Tribunal en territorio tomado al enemigo fue un elemento imprescindible para ejercer la represión sobre quien mostrara algún intento de sublevación o reparo. En 1923, olvidadas las causas de la guerra y pacificada la región, este Tribunal fue absorbido por el Tribunal Militar Marítimo de Venecia.

Esta jurisdicción militar no sólo sirvió para juzgar a los traidores afines con el enemigo. El 25 de junio de 1919, el Tribunal Marítimo de Pola condenó a Amilcare Batini a tres años de prisión por desertión del Ejército. Para entonces, ya no era un aprendiz de anarquista; la desertión del Ejército fue la prueba real de su bautismo. Como otros muchos anarquistas, rechazó el militarismo absurdo, la utilización de los pobres por la oligarquía económica, para conquistar el mundo, matándose entre ellos.

En esta ocasión, la suerte se alió con Batini. El malestar que trajo la participación en sucesivas guerras por el Reino de Italia, uno de los orígenes del Biennio Rosso, hizo que el 2 de septiembre de aquel año se aprobase un decreto real concediéndole la amnistía, por lo que apenas pasó unos meses en la prisión militar.

La reclusión no amilanó a Amilcare. A su salida se unió a la revolución del Biennio Rosso. Como a otros muchos agitadores, este hecho le dejó marcado por la policía y le pasó factura en el futuro. Su vida, a partir de entonces, se convirtió en un trasiego entre comisarías, tribunales de justicia, cárceles y exilios.

En 1923 se autoexilió en la zona de Niza. Sey-it-sur-Mer, Marsella y Beaulieu-sur-Mer fueron testigos de sus andanzas. Mientras, el Tribunal Penal de La Spezia lo condenó el 29 de julio de 1924, en contumacia, a dos años y medio por robo.

Cuando regresó a La Spezia en 1927, su ficha estaba en los primeros lugares de los archivos policiales.

El 12 de abril de 1928 tuvo lugar el atentado contra el rey Vittorio Emanuele III, en la plaza Giulio Cesare de Milán, con motivo de su visita a la feria. El resultado no fue el esperado, pues el rey resultó ileso, a pesar de causar numerosas víctimas inocentes. En todas las grandes ciudades del norte de Italia, como Milán, Turín, Génova, Trieste o La Spezia, la policía practicó detenciones entre las personas afines a grupos de izquierdas. De nuevo, Amilcare fue detenido por sospechoso de colaboración, hasta que se verificó lo contrario.

En el verano de 1928, Amilcare desapareció de La Spezia, y se perdió su rastro en Italia.

Mientras paseo por el puerto de La Spezia, vuelvo a reflexionar sobre filosofía vital: ¿Hasta qué punto las circunstancias determinan nuestro ser y nuestra vida? Vivimos donde los vientos y nuestro instinto nos van situando en cada momento. Puede que al final de la vida, como concesión máxima a nuestra voluntad, en alguna ocasión, un sujeto elija dónde y cuándo desea morir.

El señor Batini nació en Italia, donde vivió su infancia y juventud en tiempos convulsos. Maduró y dejó sus esperanzas e ilusiones en España, en los tiempos más terribles de la historia reciente. Pero él no vino a Castilla para soportar la tortura de contemplar durante tres años una guerra salvaje entre españoles, una lucha fratricida que, como resultado, dejó una España dividida y arruinada. La explicación es sencilla: fue el destino. Le tocó un rol en la vida sin buscarlo, como nos coge la enfermedad más cruel e indeseada. Su voluntad cumplida fue morir en Italia.

CAPÍTULO VII

BILBAO

El recuerdo que guardaba de la llegada del señor Batini a Medina de Pomar testimoniaba que vino de Bilbao, un hecho que no acreditaba que hubiese residido en dicha capital, pues bien pudo haber sido una ciudad de paso en otro recorrido más largo. Tenía, por consiguiente, una pista cierta que era preciso investigar para conocer su pasado.

Era Bilbao, durante aquellos años anteriores y posteriores a la guerra civil, el punto neurálgico donde se concentraban los intereses de las cuencas de mineral ferruginoso de Vizcaya, de los diversos altos hornos existentes y de la industria metalúrgica, que a la sombra del hierro y el acero se desarrolló en ambos márgenes de la ría del Nervión. En algún momento crítico de su vida, que no puedo precisar, pensó Amilcare Batini que Bilbao era la mejor opción de libertad y la mejor posibilidad de encontrar trabajo para un metalúrgico como él. Por otra parte, le vendría bien desde el punto de vista de su seguridad personal; en España podría pasar desapercibido, y sería difícil que le encontrasen los fascistas italianos.

De nuevo, fue preciso obtener datos fiables para no dejar un cabo suelto. Una vieja amistad se encargó de buscar en los padrones de Bilbao. En una hoja de rectificación posterior al padrón de 1930, constan inscritos, el 5 de marzo de 1935, Elisabeth y Sigifredo Dittberner, pero no Amilcare Batini. Elisabeth alquiló un apartamento a su nombre en Bilbao, próximo a la ría, en la calle Ledesma, número 45.

El hecho de no estar Amilcare empadronado en el mismo domicilio, me hizo pensar que fue intencionado, y que no estaba interesado en que su domicilio constase en registro alguno: la experiencia le había hecho ser cauto. No obstante, continuaba faltando en su biografía un hecho relevante como para ser perseguido por los fascistas italianos.

En Bilbao pudo comprobar el señor Batini que, en lo económico, España era un país atrasado, en pleno período de cambio. Un estado anclado en sus luchas del siglo anterior, que intentaba engancharse como vagón de cola al tren de Europa. Por fortuna, en lo político, la España republicana era una tierra sembrada de ilusión y esperanza. Desaparecida la monarquía y su corte inútil, perdida la influencia de la nobleza y la iglesia en el poder político, las nuevas clases dominantes, compuestas por intelectuales y obreros, debían hacer la revolución que lograra una patria más justa, libre y equitativa para todos.

Cuando le preguntaban por su presencia en España, el señor Batini, poco aficionado a dar explicaciones sobre su vida, respondía en una mezcla de castellano e italiano:

—Yo estoy aquí per lamore.

Puedo asegurar que siempre dijo la verdad, pero la verdad era muy grande y llevaba muchas verdades dentro. Afirmo que el gran amor de su vida fue la libertad.

En los años previos a la guerra civil, ya existía un incipiente veraneo de la burguesía bilbaína acomodada en Medina de Pomar. Vecinos y foráneos se juntaban en las terrazas de los cafés, al anochecer, en las largas tardes del verano. El señor Batini discutía fervorosamente con algunos bilbaínos, dando su opinión sobre el desarrollo vizcaíno. Una de sus teorías, o dejémoslo en simples ideas, pero muy claras, era que el cuento sobre la desigualdad social es siempre el mismo, en La Spezia o en Bilbao.

*—L'operosa Bizcaglia si alzò da rubio, metallo hanno inviato in Inghilterra e Nord Europa.*¹⁴

Era un hombre bien informado. Los barcos que salieron cargados con piritita volvieron con libras, marcos, florines, francos y otros metales con los que crearon los bancos, las navieras y las fábricas. Pero ¿cuál fue el origen de todo?: el sudor y la sangre de miles de obreros venidos de todas las partes de España, que trabajaron como esclavos. Personas que dejaron su vida bajo la indiferencia de la Santa Madre Iglesia y el desprecio de los locales. Para el clero, los pobres sólo son competencia en el reparto de las migajas que sueltan los ricos. Los aborígenes, provincianos estrechos de miras, no supieron ver que el yugo que nos ata es siempre el mismo, que la bota que nos pisa es siempre una bota.

¹⁴ La laboriosa Vizcaya surgió del rubio, el metal que enviaron a Inglaterra al norte de Europa.

Acababa su explicación con una frase lapidaria:

*—Il sistema di sfruttamento dell'uomo da parte dell'uomo é la stessa nelle miniere di carbone di Charleroi che in pirite di Gallarta.*¹⁵

De nuevo le asistía la razón, porque sólo los socialistas y una mujer apasionada fueron capaces de defender los derechos de los trabajadores.

Pero volvamos a los hechos acontecidos durante la permanencia del señor Batini en Bilbao. Elisabeth se encontraba embarazada, por lo que decidieron casarse. Para formalizar su relación en un país extranjero, les exigieron presentar las respectivas documentaciones de origen que acreditaran su estado civil y disponibilidad para contraer matrimonio. Amilcare hubo de pasar por el consulado italiano, a efectos de que certificaran su situación de soltería. Solicitaron la información al registro municipal de La Spezia. Fue un hecho sencillo del ámbito del derecho civil, pero el ejercicio de un simple derecho individual supuso, en un estado policial, revelar su paradero a la Direzione Generale Pubblica Sicurezza. De nuevo, la policía italiana estaba tras su pista. Pensó que antes o después le encontrarían en Bilbao, siguiendo el rastro de Elisabeth. Los fascistas italianos eran capaces de enviar a cualquier sicario a matarle, por lo que decidió que debían abandonar Bilbao. Días después de nacer Rosa María, marcharon a vivir a Medina de Pomar, a un pueblo perdido de Castilla. ¿Quién le encontraría allí?

¹⁵ El sistema de explotación del hombre por el hombre es el mismo en las minas de carbón de Charleroi que en las de pirita de Gallarta.

CAPÍTULO VIII

LA PISTA BELGA: VITTORIO Y EL *PAESE NERO*

Los datos contrastados en Italia y España para esclarecer la biografía del señor Batini dejaban un vacío temporal entre su marcha de La Spezia y la llegada a Bilbao. Los acontecimientos ocurridos hasta el momento no parecían tener la suficiente relevancia como para que Amilcare fuese un perseguido de primer orden. El hecho cierto de que su compañera Elisabeth procediese de Ostende, proporcionaba una pista a investigar, razón por la que me dispuse a buscar la presencia de nuestro protagonista en Bélgica.

Finalizada la Gran Guerra, se inició un éxodo de ciudadanos de Italia a los países vecinos de Europa, o más lejanos de América. La precariedad económica, cuando no pobreza extrema, existente en todas las regiones, tanto en el campo como en la ciudad, hizo que para muchos italianos la emigración fuese el único medio de conseguir un trabajo que les permitiese subsistir. No hubo una sola región italiana donde sus ciudadanos se librasen de la tentación de emigrar para cubrir sus necesidades primarias.

La llegada al poder de los fascistas italianos, en 1922, constituyó un motivo añadido al anterior. Los fascistas se fueron dotando de una legislación hecha a su medida, que les permitió perseguir a todos los ciudadanos que hiciesen manifestación contra el régimen fascista, o simple proselitismo de ideologías contrarias. Detenciones policiales y encarcelamientos, cuando no asesinatos encubiertos, estuvieron a la orden del día entre los opositores. Los trabajadores que habían participado en actos del Biennio Rosso quedaron marcados como reses al fuego, impidiéndoseles acceder a cualquier puesto de trabajo. Parte de la izquierda italiana hubo de acogerse a una emigración forzosa, aunque el término más correcto es exilio por persecución política, que se concretaba en paro laboral.

Varios barcos partían al mes desde los principales puertos de Italia, portando jóvenes varones o familias enteras hacia América. En Sudamérica, Buenos Aires y Montevideo fueron los principales centros de acogida; en Norteamérica fue Nueva York. Pero no sólo América ofrecía posibilidades de trabajo, también Europa.

La reconstrucción de Bélgica tras la Gran Guerra, el desarrollo de la industria y la explotación de las minas de carbón, precisaron de una gran cantidad de mano de obra. El problema de escasez de personas en edad laboral fue originado por la guerra; durante ésta, murieron muchos hombres, especialmente jóvenes. Bajo tierra quedó gran parte de una generación, que debía constituir el relevo en el mundo laboral.

Italia fue uno de los países que más trabajadores aportó a Bélgica para cubrir el déficit generado, llegando a pasar ampliamente de las veinte mil personas durante el período más álgido, entreguerras. Fue la comunidad más numerosa de entre las extranjeras allí asentadas. Durante algún tiempo, los trabajadores italianos se dirigieron a Charleroi, sin tener un contrato de trabajo, pero con la esperanza de encontrarlo en el *Paese Nero*¹⁶. En el bar italiano, los amigos hacían las veces de oficina de empleo y gestoría para mover documentaciones, tramitar permisos y asesorar sobre las condiciones de trabajo. Pasados los primeros años, en que los flujos de inmigrantes fueron incontrolados, en 1922, la Federación Carbonífera se dirigió a Italia a reclutar trabajadores para las minas, en un intento por canalizar la oferta de mano de obra requerida.

La colaboración establecida entre italianos y belgas durante la Gran Guerra, hizo que los primeros gozasen de cierto grado de simpatía por gran parte de los aborígenes, pues zonas del sur de Bélgica fueron liberadas de la invasión alemana por los soldados italianos. Durante algún tiempo, estos últimos estuvieron presos de los alemanes en Bélgica. La comprensión del sufrimiento ajeno forjó el entendimiento entre pueblos.

La comunidad italiana en Bélgica siempre estuvo dividida por la política. Fascistas y antifascistas eran dos grupos antagónicos, por mucho que el destino hubiese llamado a reunirlos fuera de su patria. La división y el enfrentamiento surgían de posiciones irreconciliables.

* * *

16 País Negro. Denominación referida a las minas de carbón.

Vittorio Cantarelli era ya un conocido anarquista internacional para cuando llegó a Bruselas. De exilios también tenía experiencia. No en vano, en 1910, después de su etapa como regidor de *Il Libertario* en La Spezia, tuvo que refugiarse en Niza, Lyon y París posteriormente. El motivo fue haber sido condenado a diez meses de prisión, y recibir una multa de mil liras, por un delito de difamación en la prensa. Todo ello a instancias de un sacerdote, más simpatizante del poder económico y terrenal de la Iglesia, que de las causas anarquistas.

Vuelto a La Spezia en 1917, se dedicó de lleno al movimiento libertario y sindical. Fue por aquel tiempo cuando el joven Amilcare le conoció y quedó fascinado por su personalidad y conocimientos. Fue un buen maestro de los jóvenes anarquistas, y, como tal, un buen líder. Al igual que otros, durante aquellos años, su curriculum vitae constaba, puesto al día, en los ficheros de la policía, que le siguió los pasos hasta el día en que decidió exiliarse de nuevo a Francia.

Zapatero de profesión, tuvo que costarle mucho tener una clientela fija debido a sus continuos cambios de lugar de residencia, aunque amigos y compañeros libertarios y anarcosindicalistas nunca le faltaron. En París, su actividad política fue intensa, pero la policía francesa, siempre vigilante y acechante con los más débiles, al igual que otras europeas, tampoco supo discernir al enemigo de verdad, lo expulsó de Francia.

Llegado a Bruselas, el anarquista español Sotero Peralta lo acogió en su taller de zapatería en 1924. Su actividad

proanárquica allí fue incesante, convirtiéndose en uno de los más activos del Comité Internacional de Defensa Anarquista. Participó en los mítines a favor de Sacco y Vanzetti. Por su lenguaje duro, exhibido en un mitin en Luxemburgo contra la justicia de EE. UU., le fue prohibida la entrada en aquel país. En muchas ocasiones, fue su casa el centro de reuniones de los anarquistas italianos.

En 1929, se trasladó a vivir a Anderlecht. Perteneciente al Grupo Libertario Italiano, acudía a todas las reuniones que se realizaban los fines de semana en el Café Roi de Bruselas. En 1931 era el Secretario de Socorro Rojo Internacional en aquella capital.

Vittorio Cantarelli era el corazón que daba vida a todo el conjunto de anarquistas residentes en Bélgica, entre los que se encontraba Amilcare. También fue uno de los dinamizadores de toda la izquierda antifascista italiana, que seguía sin resignación los movimientos imperialistas y absurdos del régimen dirigido por Benito Mussolini.

Los tentáculos del fascismo por Europa fueron extensos, y por supuesto llegaron a Bélgica. Las embajadas y los consulados, las representaciones diplomáticas del Estado Italiano en otros estados, no representaban a Italia, sino al partido. Los fascistas, en un intento más por extender sus tentáculos abarcándolo todo, crearon en 1925 un fascio en Bruselas y otro en Charleroi, este último de menor entidad. Comerciantes, pequeños burgueses y trabajadores interesados por obtener algún beneficio se apuntaron. No obstante, el objetivo fundamental eran los niños y los jóvenes. Había que

impedir que se corrompiesen integrándose en una sociedad que clamaba a diario por su libertad, pidiendo justicia social. En Charleroi, abrieron una escuela que ofrecía sustanciosas ventajas materiales para los asistentes, en relación con quienes no asistían. Siguiendo el modelo desarrollado en Italia con los balillas, durante el verano realizaron colonias veraniegas en Italia para los niños. Trataron de mantener la llama ardiente del fascismo. Con este fin, celebraban las festividades del 21 de abril, el Natale di Roma, la conmemoración el 28 de octubre, la Marcia su Roma o, el 4 de noviembre, la Vittoria di Vittorio Veneto. Eventos con una estética paramilitar atractiva para personalidades poco edificadas.

Por el contrario, las personas italianas de la izquierda reconstituyeron en sus lugares de adopción los partidos políticos declarados ilegales en Italia. Los trabajadores italianos participaban en las manifestaciones del Primero de Mayo, y en aquéllas de reivindicación social de los mineros. Como reconoció un periodista belga: «Los trabajadores italianos daban prestancia a las manifestaciones». Realizaron sus publicaciones, en las que daban a conocer las duras condiciones de vida imperantes. En la mente de aquellos italianos de izquierda imperaba la idea del proletariado internacional, que debía trabajar unido para progresar.

Fue en Bélgica donde Amilcare Aristide Batini fue completando su visión social y su pensamiento político, arropado por Vittorio Cantarelli, a quien ya conocía de La Spezia. A partir de entonces, su trayectoria vital, hasta que llegó a España, estuvo indefectiblemente unida a los movimientos de izquierda italianos en el exilio. Fue inmerso en

estos grupos donde reafirmó los valores de la izquierda política, donde los incorporó a su credo y los puso en práctica.

La otra base sobre la que asentó Amilcare su intelecto fue el grupo liderado por Mario Mantovani, un impresor que algunos años más tarde sacaría en papel las obras de Enrico Malatesta. Se reunían en un café de la calle Bogard, que hubo en el número 40, o bien en la Brasserie des Dominicains, en el número 12. La policía secreta italiana desplazada a Bruselas, o bien cualquier simpatizante del fascio, iba tomando minuciosamente los datos de las reuniones de estos peligrosos enemigos del Estado italiano.

El 29 de octubre de 1929, un joven socialista italiano llamado Fernando de Rosa realizó un atentado fallido contra el príncipe heredero de Italia, Umberto de Saboya. Este último, prometido de la princesa María José de Bélgica, se encontraba en Bruselas haciendo acto de entrega de una corona de flores al soldado desconocido.

La actuación de la policía belga no fue muy distinta a la que realizaba la policía italiana en casos similares. Lo primero que hicieron fue detener a todas las personas relevantes de la izquierda.

Meses más tarde, el 8 de enero de 1930, los príncipes contrajeron matrimonio en Roma. Otra vez más, la policía belga decidió curarse en salud. La mejor forma de evitar un atentado era detener a toda la izquierda política en vísperas del evento. Amilcare Batini fue uno de los detenidos. Al igual

que ocurrió en La Spezia, su ficha policial comenzaba a estar en una posición avanzada del archivo.

CAPÍTULO IX

ANGELO SBARDELLOTTO

Ahora ya conocía la presencia del señor Batini en Bélgica y su afinidad con el grupo anarquista liderado por Vittorio Cantarelli. También su situación de fichado como anarquista por la policía belga. Me faltaba encontrar uno o varios hechos, más o menos relevantes, que motivasen la marcha de nuestro protagonista de aquel país, toda vez que me parecía improbable que el origen de la decisión hubiera sido un motivo económico; o era político o familiar. Tras varias indagaciones, hallé la clave y tenía un nombre propio: Angelo.

Angelo Pellegrino Sbardellotto fue el producto natural de una Italia atrasada, donde el fascismo hacía promesas que nunca cumplía. Nació en Mel, provincia de Belluno, en 1907. Fue el quinto hijo de una familia muy pobre con otros diez hermanos. En 1924, partió de Italia con su padre en busca de un futuro mejor para todos. Estuvo en Francia y Luxemburgo, acabando en las minas de Lieja, en Bélgica. Fue allí donde estableció contacto con gente antifascista de la izquierda italiana. Tuvo una aproximación primera a los socialistas, integrándose definitivamente en los colectivos anarquistas. En 1929 formaba

parte del Comité Anárquico de Lieja, y participó en las protestas a favor de Sacco y Vanzetti.

Cuando cumplió la edad para incorporarse a servicio militar obligatorio, su madre le envió una carta, con la ayuda de la maestra, pues era analfabeta, en la que le comunicaba que debía volver a Italia. Angelo tenía las ideas muy claras. La contestó explicando que estaba en contra del Ejército y del fascismo, y que, como anarquista que era, no contribuiría prestando un servicio armado a la patria. La madre, mujer católica ferviente, acudió al cura pidiendo consejo. Alguno de los que intervino acabó entregando la carta a la policía. A partir de ese momento, le incluyeron en la clasificación de peligroso subversivo.

* * *

Nuestra pequeña intrahistoria tuvo su inicio la tarde del 19 de marzo de 1931, en un hotel de la Gran Plaza de Bruselas, donde se congregaron los delegados de las diversas áreas mineras belgas: Amilcare Batini, Angelo Bonillo, Angelo Sbardellotto, Arturo Baiocchi, Ernesto Gregori, Pierino Zocco, Virgilio Gozzoli y Vittorio Gazzu. Todos ellos fueron convocados por Vittorio Cantarelli, como en otras ocasiones. El objetivo de la reunión era recoger fondos a favor de dos compañeros expulsados de Bélgica: Giuseppe Pezzoli y Giovanni Angiolino.

Finalizada la reunión, cuando Angelo Sbardellotto vio la foto recuerdo del desafortunado Michele Schirru¹⁷, fusilado al ser

17 Michele Schirru fue un anarquista sardo, nacionalizado en USA en 1926. A finales de 1930, se desplazó a Europa con la idea de asesinar al Duce, pensando que su muerte traería una revolución. Fue detenido el 3 de febrero de 1931 sin llegar a realizar atentado

descubierto su intento de mandar a mejor vida al Duce Benito Mussolini, se emocionó. Le confesó a Cantarelli estar decidido a ser él quien intentase acabar con la vida del tirano, y quedaron para otra reunión.

Durante algunos meses, Vittorio Cantarelli fue estudiando la posibilidad de éxito de Angelo Sbardellotto. Precisaba financiación para la operación, y un buen conocedor de Roma que le explicase a Angelo los detalles de la ciudad, hábitos y recorridos del Duce, etc.

El dinero lo encontró en el veterano anarquista Emidio Recchioni, residente en Londres. Antiguo colaborador de Enrico Malatesta, a finales del siglo anterior había hecho un pequeño patrimonio en Londres que ponía a disposición de la causa.

Alberto Tarchiani era un periodista romano que había sido redactor del *Corriere della Sera*, y expatriado a París en 1925 ante la imposición del fascismo. Su actividad antifascista en esta última ciudad era notoria. Por su conocimiento de Roma, y sus contactos en los círculos antifascistas italianos, Vittorio consideró que era la persona imprescindible para asesorar a Angelo.

Siete meses después de la reunión de Bruselas, Vittorio Cantarelli planeó un encuentro con Angelo Sbardellotto. Sospechando estar bajo la mirada de la policía, o del Servicio

alguno. En mayo de 1931 fue juzgado y ejecutado. En su sentencia consta: «Quien atenta contra la vida del Duce, atenta contra la grandeza de Italia, atenta contra la humanidad, porque el Duce corresponde a la humanidad».

Segreto italiano, le citó por carta para acudir a la Gare du Nord de París, un lugar discreto con cientos de personas de tránsito.

Al día siguiente, Vittorio disponía ya de dos mil francos y una maleta con un pasaporte, una pistola y dos bombas de mano.

El 25 de octubre, Angelo partía de la Gare de l'Est con dirección a Niza, Génova y, finalmente, Roma, previa charla con Alberto Tarchiani.

La fecha elegida fue el 28 de octubre, noveno aniversario de la marcha sobre Roma. Angelo fue a la capital, pero desistió al no darse las circunstancias precisas para el fin. Pensó que Italia no era un país idóneo para esconderse hasta que surgiese otra oportunidad, y fue transitando por Alemania, Francia, Luxemburgo, Holanda y Bélgica.

Al año siguiente se dirigió a Roma; el 1 de abril eran las fiestas de la fundación de Roma, pero otra vez hubo de desistir de intentarlo.

El 4 de junio de 1932, Angelo se encontraba en la Piazza Venezia de Roma. Pensó que Benito Mussolini saldría aquel día a la calle para participar en la inauguración del monumento a Anita Garibaldi. Por precaución no había pasado la noche en Roma. Llevaba en la cintura dos bombas de mano que pensaba lanzar contra el Duce cuando pasase a su altura. La plaza disponía de un cordón policial de seguridad. Fue detenido circunstancialmente por los agentes en la acera que va de Corso Umberto a Vicolo Mancino. Disponía de un pasaporte falso a nombre de Angelo Galvini, comerciante suizo de Bellinzona, pero no tenía permiso de residencia. Arrestado y

conducido al Palazzo Buonaparte, fue cacheado por los agentes del OVRA¹⁸. Le encontraron las dos bombas artesanales compuestas por un detonador de 80 gramos, unido a un tubo de cuatrocientos gramos de dinamita y una pistola francesa marca MAB.¹⁹

Interrogado por la policía, cantó mediante torturas todo el guión y lo que no estaba en el mismo. Tuvo que contar todas las reuniones mantenidas en París y Bruselas, la implicación de Tarchiani, de Emidio Recchioni, de Vittorio Cantarelli y de todos los compañeros de Bruselas.

El 16 de junio, a las diez de la mañana, se constituyó el *Tribunale Speciale per la Sicurezza dello Stato*²⁰. Fue condenado a la pena de muerte por atentar contra la vida del Duce. El tribunal de figurines, como suele ocurrir en estos casos, le condenó por una intención, pues no llegó a atentar contra la vida del Duce.

Durante toda la tarde, su abogado le recomendó suplicar al Duce por su vida, pero él se negó. El abogado le insistió:

—Arrepiéntete, pide perdón al Duce. Si no lo haces por ti, hazlo por tus padres, por tu familia.

18 Organización para la vigilancia y la represión del antifascismo

19 *Manufacture d'armes de Bayonne*.

20 El Tribunal Especial para la Seguridad del Estado fue instituido el 25 de noviembre de 1926 y disuelto el 25 de julio de 1943. Dejó en su haber cuarenta y dos condenas de muerte.

*—Ma ché pentito e pentito, io rimpiango solo di non verlo ammazzato.*²¹

No estaba dispuesto, bajo ningún concepto, a aceptar la magnanimidad pública del Duce. Contó que, en algún momento, llegó a tenerlo al alcance de su mano para lanzarle una bomba, pero hubo tantos cientos de personas a su alrededor, que la ejecución del Duce hubiese supuesto muchas víctimas inocentes y se contuvo.

—La madrugada del 17 de junio, llegó temprano al Forte Bravetta. El capitán Armando Giuia les esperaba con un pelotón de la Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale (MVSN). Llegado el momento de su ejecución, no quiso la asistencia del sacerdote que le ofrecieron. Le pusieron de espaldas al pelotón de ejecución, y antes de sonar los disparos de fusil, se oyó un grito:

—Viva l'anarchia!

Los fascistas nunca admitieron que pudiesen existir héroes al margen de su ideología; no podía haber más veneración que a la figura del Duce, razón por la que jamás dijeron el lugar donde lo enterraron.

Al día siguiente de su fusilamiento, el cura de Mel, su pueblo natal, dijo en la misa:

21 ¡Qué arrepentido ni arrepentido!, yo solo lamento no haberlo matado.

—El alma de Angelo terminó sin duda en el infierno, porque se atrevió a atentar contra la vida de un hombre de La Providencia.

Cuando Amilcare Aristide Batini oyó contar este hecho, exclamó:

—*Ostie fine, dove l'anima di questo sacerdote stupido e servile?*²²

* * *

Durante el verano de 1932, Amilcare Batini esperaba la carta fatal del Ministerio de Justicia de Bélgica; recibirla era sólo cuestión de tiempo. Para entonces había comprobado, en carne ajena, lo acontecido a sus amigos. Angelo Barillo había sido expulsado el año anterior; Ernesto Gregori, detenido el verano anterior y expulsado en mayo. Él sabía, desde el momento en que fue identificado y detenido, el 14 de junio de 1932, que antes o después llegaría la orden de expulsión.

Vuelvo a buscar documentación en los archivos correspondientes a la Central de Inteligencia de Holanda entre 1919 y 1940. En octubre de 1932, recibieron un documento confidencial de la Direction Générale de la Sûreté Publique, con una lista de extranjeros expulsados de Bélgica. En la primera hoja, y con el número de dossier 15.211, consta: «Batini, Amilcare, nacido en La Spezia el 25 de octubre de 1896, detenido el 14 de junio de 1932». Las expulsiones, firmadas en el Ministerio de Justicia belga, no ofrecían recurso posible, eran

22 ¿Dónde hostias acabará el alma de ese cura estúpido y servil?

directamente ejecutables. Dejaban bien claro que en el supuesto de encontrar al sujeto en suelo belga, lo ingresaban en la cárcel.

A partir de su forzada marcha de Bélgica, empezó el peregrinaje del señor Batini y su familia por Europa, hasta terminar en Medina de Pomar. Bilbao, que pudo haber sido una meta, sólo fue un paso más.

Su primer destino fue París, una gran capital donde pensó que podía pasar desapercibido. Allí marchó con la mujer con la que desde hacía algún tiempo compartía su vida, Elisabeth Dittberner, y el hijo de ésta, Siegfried. Pero París, la ciudad revolucionaria y de hombres indómitos, había desaparecido hacía mucho tiempo. Ahora estaba inmersa en la ruleta de ciudades europeas de perseguidores de revolucionarios. No había un lugar donde esconderse, donde poder trabajar y vivir en paz. Todos eran sospechosos y estaban bajo la atenta mirada de la policía francesa, que les pisaba los talones. Lo único que funcionaba era la autoprotección como grupo, la solidaridad entre ellos, el acogimiento en sus casas particulares a los más necesitados, como si viviesen en guerra.

De París, Amilcare marchó a Ámsterdam. De ahí, con las mismas maletas ennegrecidas que un día le vi traer a Medina de Pomar, partió a Bilbao.

CAPÍTULO X

LA LLEGADA DEL FRENTE POPULAR

Han pasado muchos años y acontecido muchos hechos desde que el señor Batini marchó de Medina de Pomar. El pueblo ya no es el mismo; tampoco España ni Europa. El Viejo Continente no es aquel lugar en el que hombres y mujeres morían matándose entre ellos, siguiendo consignas absurdas de líderes iluminados. Italia y España ya no son las tierras habitadas por ciudadanos hambrientos y desesperados, creyentes de ideologías sustentadas por el totalitarismo que se esfumaron como el humo; aunque algunas veces nos resistimos a reconocerlo. Ahora, todo es más pacífico, más civilizado; los tambores de guerra quedaron olvidados, esperamos que sea para siempre. Continúa habiendo batallas, pero son económicas. Los ejércitos han pasado a ser empresas multinacionales que intentan subyugarnos, convertirnos en sus sirvientes entregándonos las migajas de sus despilfarros. Las tropas, ingenuas como siempre y dispuestas a cualquier cosa, están lideradas por másteres en negocios y brokers de las bolsas; trileros sin conciencia formados en las universidades, sin escrúpulos para montar cualquier engaño. Los generales son banqueros insaciables de dinero.

Vuelvo al pasado, intento recordar e interpretar los hechos acontecidos, bien individuales o con participación colectiva. El señor Batini fue notario involuntario de algunos de los principales hechos históricos acontecidos en España durante el siglo XX, de una historia que escuece, pero que no podemos negar.

Es posible que jamás conozca las razones por las que el señor Batini eligió Medina de Pomar para su exilio. Un lugar recóndito lejos de las grandes urbes, aunque tal vez en este hecho esté la explicación. Lo que sí sé, y puedo contar, son los años duros, a veces terribles, que pasó exiliado entre nosotros.

La llegada de la Segunda República fue acogida con esperanza por la mayoría del pueblo español, que dependía económicamente del trabajo en el campo, siempre en situación de precariedad y en algunos casos de hambre. Pero el cambio profundo que precisaba el Estado, en su estructura social y económica, no se hizo mediante una revolución. Esto supuso que el proletariado campesino no vio cubiertas sus mínimas expectativas, que demandaba con urgencia.

A propósito, decía el señor Batini:

—*Chiedere la pazienza é una hambriento compito inutile.*²³

La distribución de la tierra en España era muy dispar según territorios, y, en general, venía definida desde hacía casi mil años. En el norte, las tierras de cultivo estaban distribuidas entre minifundios, propiedad de particulares, algunas familias

23 Pedir paciencia a un hambriento es tarea vana.

nobles que aún conservaban tierras de sus antiguos señoríos y, en menor cuantía, la Iglesia. La propiedad de la tierra en la mitad sur de España respondía a la situación generada durante la Edad Media, tiempos en que los reyes concedían inmensos territorios, conquistados a los musulmanes, a unos pocos señores feudales u órdenes religioso-militares que habían colaborado en su conquista. Tras siglos de herencias entre ricos, los campesinos continuaban viviendo en unas condiciones más propias de una relación de esclavitud que de libertad y convenio entre partes. La prometida reforma agraria que proveería de tierras a los jornaleros y facilitaría una situación de equidad y justicia social, nunca llegó. La propiedad de la tierra continuó siendo un derecho intocable, fuese quien fuese el propietario.

En la España bañada por el Mediterráneo y parte de Aragón predominaba la ideología anarquista. Muchos de los jornaleros del campo eran miembros de la Confederación Nacional del Trabajo, integrada por anarcosindicalistas. Habían intentado promover la insurrección popular mediante algunas huelgas y enfrentamientos, pero lo único que consiguieron fueron muertos.

En las zonas industriales de Asturias, País Vasco y Cataluña, la permanente reivindicación de los socialistas y sindicatos de izquierda, poco a poco, había ido mejorando algo las condiciones de trabajo. En los últimos años, la ideología comunista, recién creada, había avanzado lentamente y su presencia era minoritaria. España no estaba radicalizada por esa vía.

La sociedad que contempló el señor Batini, a su llegada a España, estaba muy marcada por dos colectivos: el Ejército y la Iglesia. Ambos intentaban mantener su estatus de influencia en el poder civil y sus privilegios seculares.

El Ejército español era una institución con gran importancia en el Estado, al igual que los ejércitos de otros muchos países de Europa. Su consideración y peso en las decisiones del Gobierno le otorgaba un gran poder, pese a que las pérdidas de Cuba y Filipinas, más las derrotas acontecidas en Marruecos, lo desacreditaron en gran medida. Siempre fue una organización dividida entre la élite de la oficialidad y los soldados de reemplazo; siempre temida y a veces odiada por las clases populares que surtían la tropa. Durante años permitieron la «redención a metálico», es decir, la sustitución de la obligatoriedad de incorporación al Ejército por una cantidad de dinero, forma de proceder que hizo que la tropa estuviese constituida por las clases menos favorecidas económicamente. Pero las arcas del Estado apenas tenían fuentes de ingresos, por lo que esta vergonzosa desigualdad estuvo una vez más en vigor bajo el sistema denominado «soldados de cuota», durante el período de la Segunda República. El nuevo sistema permitió reducir el tiempo de permanencia en el Ejército, elección de cuerpo y arma y rebaja de servicios penosos por dinero, lo que hizo que la prestación del servicio militar continuase siendo un hecho discriminatorio entre pobres y ricos.

La Iglesia española nunca se conformó con el poder espiritual sobre el alma de sus fieles, y continuó con su aspiración milenaria de influir sobre el poder político, para así poder

mantener un gran poder económico y social. Los partidos políticos de derechas disponían del catolicismo en su ideario como mecanismo para la búsqueda de votos en las elecciones. En compensación, el clero secular intentaba inclinar las conciencias de sus seguidores hacia los mismos. En muchos casos, los púlpitos y confesionarios de las iglesias se dedicaban al proselitismo político, más donde la ignorancia era mayor. Pese a haber sido objeto de las amortizaciones de bienes en poder de «manos muertas» producidas durante el siglo XIX, el clero secular y el clero regular de los conventos seguían siendo muy numerosos, e innumerables los activos en su poder. No es de extrañar que, a los ojos de un pueblo viviendo en la pobreza, el conjunto fuese contemplado como una panda de vividores y parásitos. Tampoco que fuese objeto de la ira popular, produciéndose actos de violencia contra iglesias y conventos.

La lucha por la vida que mantenía la mayor parte de los españoles se concretaba, en primer término, en conseguir dos o tres comidas al día; esta última opción, si conseguían hacerla realidad, era un lujo de ricos. La dependencia de los precios del trigo y sus derivados, la harina y el pan, llegó a ser una cuestión de orden público en años de malas cosechas. En las zonas que predominaban los monocultivos, condiciones meteorológicas como la falta de lluvia, o el exceso, ponían a comarcas enteras en situación de hambruna.

Bienes elementales como la salud y la instrucción pública eran caballos de batalla para la Segunda República. El analfabetismo continuaba en una tasa de las más altas de Europa, especialmente cuando de las mujeres se trataba. Por

suerte, no era Burgos una de las provincias donde más se producía esta circunstancia. Después de muchos años de disputas, Medina de Pomar había conseguido disponer de unas escuelas. El atraso secular en que se encontraba España se acentuaba más en las zonas rurales. La mortalidad infantil y juvenil era muy alta, debido a las malas condiciones higiénicas y de salubridad de los pueblos y la falta de potabilización de las aguas de consumo, así como la malnutrición de las personas, que en muchas zonas sólo comían unos pocos productos producidos en la misma.

La Segunda República Española, vista desde la derecha, sólo traía anarquía, destrucción de los valores cristianos tradicionales y revueltas sociales. Vista desde la izquierda, era una república burguesa que no hacía nada inmediato por el pueblo.

La vida del señor Batini en Medina estaba definida por la precariedad, al igual que para el resto de los ciudadanos. La escasez de bienes y servicios suponía que, para cualquier medinés, sobrevivir constituyese un reto continuo. Siendo la comarca de Las Merindades un territorio de economía mixta, agricultura-ganadería-forestal, no se producían grandes desastres económicos que dejaran a las familias un año sin ingresos; pero, en todo caso, su situación era para ir tirando sin grandes excedentes ni permitirse lujos.

En este entorno, el señor Batini tenía que trabajar muchas horas a la semana y realizar muchas actividades distintas para sobrevivir, haciendo bueno el dicho popular: «Hombre de muchos oficios, pobre seguro». Elsa, nombre abreviado por el

que era conocida su mujer, también colaboraba en el mantenimiento familiar con los ingresos obtenidos dando clases de piano y francés a los hijos de algunas de las familias más acomodadas del pueblo.

El señor Batini pasaba muchas horas en la calle, no siempre trabajando. Por razón de sus diversas actividades laborales y económicas, necesitaba establecer relaciones con todas las personas sin distinciones; desarrollaba así una publicidad primitiva, pero eficaz. A pesar de sus dotes innatas para comunicarse, nunca llegó a integrarse en aquella sociedad medinesa, dividida en dos por el cuchillo cruel de la intolerancia. Una gran parte de esta sociedad, tradicionalista y clerical, no encajó bien en su día el advenimiento de la Segunda República a España en 1931. Era decididamente monárquica y antirrepublicana. Frente a unas ideas conservadoras, había otras liberales, defendidas por los intelectuales y las personas más cultas. Médicos, farmacéuticos, maestros, comerciantes, gentes formadas en las grandes ciudades de España, o con vivencias en el extranjero, defendían su ideario en aras de lograr una sociedad de progreso. La inexistencia de un proletariado industrial, minero o campesino supuso que las ideas revolucionarias de lucha de clases no llegasen a desarrollarse, ni en Medina de Pomar ni en la comarca. Toda la izquierda marxista medinesa consistía en unos pocos jóvenes de las Juventudes Socialistas y algunos obreros militantes del PSOE que se juntaban en la Casa del Pueblo situada en la plazuela del Corral. En todo momento, jamás existieron imposiciones con fuerza por ninguna de las partes: los enfrentamientos siempre fueron dialécticos. La derecha votaba a los Tradicionalistas Agrarios o a la CEDA; la

izquierda votaba mayoritariamente a Izquierda Republicana, partido fuera de la ideología marxista, y en menor número al PSOE.

Medina de Pomar no era una excepción a lo que acontecía en España, sino un reflejo más. La República Española era el fruto de una élite intelectual aburrida de aguantar una monarquía decadente, incapaz de lanzar el desarrollo económico, de modernizar la sociedad y la estructura orgánica del país. Pero la buena voluntad política y la democracia no eran suficientes para generar riqueza; razón de que por la izquierda se acusara a la república de burguesa, y por la derecha de expropiatoria, anticlerical y destructora de una moral secular, asimilándola a la imagen del mismísimo diablo, e incitadora a todo tipo de pecados.

En el contexto político y social de Medina de Pomar, el triunfo del Frente Popular, en febrero de 1936, fue recibido con temor e indignación por una mayoría católica y conservadora.

La misma que durante los primeros días de la proclamación de la República llegó a quemar sus símbolos en las calles. Para éstos, ahora estaban claros sus efectos. Para los votantes de la izquierda, fue una ventana abierta a la esperanza de vivir en una patria con más libertad y más justicia, especialmente la justicia social, que necesitaba. Respecto a los movimientos de facto que afectaron a la ciudad, el único consistió en que el nuevo Gobernador Civil de Burgos, Francisco Puig, nombró a una comisión gestora para hacerse cargo del Ayuntamiento de

Medina de Pomar, hasta que se convocasen las elecciones municipales en toda España.

Tenía la ciudad de Medina de Pomar por aquellos años, cuando llegó el señor Batini, unos hermosos cafés, que bien podían considerarse un lujo para su corta población. Su situación como cabecera de comarca, más la suma de una decena de pedanías a menos de una hora de distancia andando, permitía disponer de suficiente clientela para mantenerlos. Los días de feria, más los días de fiestas patronales, los cafés quedaban totalmente desbordados ante auténticas avalanchas de forasteros que la ciudad atraía.

Disponía también la localidad de algunas comodidades que otras aún no tenían, como el agua corriente en los edificios, electricidad para alumbrado público y privado, y el atractivo añadido para los aficionados a la tauromaquia de una plaza de toros. A decir de algunos, era ésta la más grande del mundo, pues sólo se llenó una vez, cuando don Lorenzo Roldán, hijo y benefactor del pueblo, repartió panes desde un tendido a todos los necesitados. Como dato curioso, reflejo de aquella España, tal vez sorprenda al lector saber que casi todas las referencias a Medina de Pomar en la prensa del primer tercio del siglo XX fueron por los festejos taurinos.

La vida social y mercantil de la población giraba en torno a la plaza Mayor y la calle del mismo nombre, desapareciendo gradualmente el comercio y las actividades públicas a medida que se descendía por la calle en sentido norte.

Volviendo a aquellos viejos cafés, de los que hoy queda principalmente el recuerdo y algunas fotografías viejas en negro sobre blanco, les contaré que eran cuatro o cinco, pero destacaré uno. A unos cien metros de la plaza Mayor, adentrándonos por la calle Mayor, se encontraba el Café-Billar de Elicio López-Quintana. Era un gran café instalado sobre una planta rectangular, dividida en dos alturas, presentando el lado de menor longitud y mayor altura a la calle. Tenían aquí su centro de encuentro los militantes y simpatizantes de Izquierda Republicana. El propio dueño, quien cedía su nombre al local, era la alma mater del partido en Medina desde su fundación. El establecimiento, heredado de la familia, respondía al modelo de los grandes cafés existentes en importantes ciudades de España y Europa. Sus cómodas instalaciones, bonita ornamentación y buen servicio permitían categorizarlo como de excelente; incluso pudo calificarse como un lujo para una ciudad tan pequeña. Por allí pasaban los comerciantes, médicos y maestros. Leían la prensa y debatían sobre temas de política y sociedad. Ciudadanos con una mente abierta, generalmente los que más habían viajado o vivido en capitales, que soñaban con un futuro de progreso y desarrollo para un pueblo con un atraso secular.

La vida del señor Batini, en todas las ciudades que vivió, estuvo marcada por hechos acontecidos en cafés de ciudades muy lejanas entre ellas, que más adelante irán saliendo. Contaba que siempre recordaba la Pasticceria de Sacchi y Terrile allá en La Spezia, cuando era un niño. Pegado junto al cristal, veía a los niños ricos de La Spezia comprar dulces mientras sus padres tomaban café. Pero él jamás pudo entrar, tuvo que conformarse con mirar el escaparate: su familia no

tenía el dinero suficiente para ese dispendio. Tal vez por ese recuerdo de la niñez, en alguna ocasión, cuando el señor Batini disponía de unos céntimos sobrantes en sus bolsillos, pasaba por el Café Quintana, solo o con Elsa. Era una persona aficionada a la discusión y al debate social, aunque en Medina de Pomar le costaba encontrar su sitio para ello. Para él, acostumbrado desde niño a vivir en ciudades muy industrializadas con clases sociales muy marcadas y en un ambiente social reivindicativo, la República Española, vivida en aquel pueblo, le causaba auténtica perplejidad. Tanteado por Elicio para conocer sus opiniones políticas y sociales, el italiano, en alguna ocasión, le manifestó su imposibilidad para entender a la gente del pueblo. La izquierda estaba constituida por los profesionales, los trabajadores, los intelectuales y los comerciantes con mejor situación económica: personas que en todos los lugares del mundo constituyen la burguesía de derecha. Por el contrario, la derecha estaba integrada por asalariados y labradores sin tierras, gentes que dependen de la voluntad de un patrón, que en algunos casos les trata mejor y en otros peor. Para el señor Batini, estos últimos tenían vocación de esclavos.

—Es evidente, tengo que darte la razón —respondió Elicio—. Supongo que hay personas que son como el barro, que cuanto más le pisa el dueño, más pegado se queda a su zapato y no se desprende. Pero no creo que sea malo que las personas más capaces sean las más proclives a la defensa de los derechos sociales; lo mismo que los gobiernos estén constituidos por las élites intelectuales. Parece lógico que los conocimientos y las razones estén por encima de los sentimientos o los simples instintos.

—Sí, entiendo, pero el resultado ya lo vemos. Se ha constituido una república burguesa.

Dudaba el señor Batini de que esos señores, que comen bien y visten de traje con sombrero, fuesen los encargados de velar por los mineros, por los obreros de las fábricas, por los campesinos que malcomían los años de malas cosechas, por los jornaleros que andaban dando tumbos por toda España. Se preguntaba si conocían las penurias, las aspiraciones, el miedo de un pueblo siempre marginado del progreso.

—Creo que las conocen, pero si no es así, pueden y deben hacerlo.

—Usted lo ha dicho: pueden y deben. Que lo hagan es otro asunto.

Gustaba el señor Batini de la compañía del doctor Manuel López Meloz, con quien llegó a tener cierto grado de confidencialidad. Cuando éste finalizaba por las tardes su consulta de embarazadas y visitas a las parturientas, solía descansar un rato en el café; siempre que le dejasen y no apareciesen pacientes por allí. Casi me atrevo a generalizar estas interrupciones de su ocio, y afirmar que fue el Café Quintana una especie de despacho público de urgencias. Toda la gente del pueblo y alrededores sabía que los médicos y farmacéuticos tenían allí su lugar de encuentro, de modo que, en múltiples ocasiones, acudían a buscarles o a realizar improvisadas consultas.

Una tarde, cualquiera de las muchas que acontecían con ratos ociosos, don Manuel se dirigió al señor Batini,

preguntándole sobre la ideología fascista. Éste, en tono irónico, la definía con un juego de palabras. Para él, la ideología fascista era una mezcla de ideas realizables con otras irrealizables, más algunas que jamás pensó realizar Mussolini, pero que quedaban bien en el papel. A esto luego era preciso sumar las ideas que realizó, pero que nunca anunció que las realizaría, porque no le interesaba que constasen en su programa.

—La teoría siempre es conforme y explica todo, aunque la misma produzca resultados que nada tienen que ver —respondió el doctor don Manuel—. En medicina hablamos de la praxis médica como el resultado observado en el paciente. ¿Qué tal la praxis? El fascismo no lleva unos meses o unos pocos años en Italia, lleva tiempo suficiente asentado en el poder como para ofrecer resultados. ¿Adonde está llevando a Italia?

—Al fanatismo ciego. Los fascistas alimentaron al pueblo con fanatismo e ideología grandilocuente y barata, porque los ricos cada vez fueron más ricos que antes, y los pobres siguieron siendo igual de pobres. Prometieron mucho, pero la justicia social no llega nunca. En lo político, prohibieron el debate y la participación, permitiendo sólo su partido y su ideología. Prohibieron los sindicatos y las reivindicaciones laborales, permitiendo sólo la existencia de su sindicato. Persiguieron a todos los ciudadanos italianos que se manifestaron en contra del fascismo. O se era fascista o se estaba contra el fascismo, y ser antifascista era un delito perseguido por la ley.

Tras un breve silencio, el señor Batini se dirigió a su interlocutor con vivo interés:

—¿Y a España, cómo la ve?

—La historia de España, en los últimos cien años, ha estado definida por guerras civiles absurdas, bendecidas por la Santa Madre Iglesia, que, unidas a la insensatez de los Borbones, han hecho una patria dividida por el rencor. La llegada de la república ha puesto fin a una monarquía decadente, dando el poder al pueblo. Es el momento en que veo un futuro esperanzador para que el ciudadano tenga libertad, derechos políticos y sociales, participación y debate para conseguir una sociedad más equitativa y más justa.

El señor Batini, en alguna ocasión, contando siempre con la ausencia de Elsa, a quien no debían de gustar mucho sus discursos sobre política, llegó a desmelenarse ofreciendo su visión. Las lecciones de sus maestros, Pasquale y Vittorio, salían entonces a relucir. Partía su tesis de la observación, de que, en los países latinos, desde el tiempo de los romanos, el Estado es la institución creada por los poderosos para su autoprotección; sólo a ellos les sirve, está hecho a su medida. Llevamos dos mil años con estados que han pasado por diversas formas, más o menos tiranas, más o menos abiertas a la participación, pero ofreciendo siempre el mismo desprecio al pueblo. Instituciones dirigidas por la élite de los poderosos, o sus allegados más serviles, dotados de unas leyes enfocadas exclusivamente a proteger su patrimonio e intereses frente a los pobres y desheredados. Hemos llegado al siglo XX, y a la mayoría de los estados no les importa la instrucción pública, la salud de todos, el techo digno que nos cobije, el pan diario para todos. El Estado lo constituye un ejército que nos amenaza y somete, unas leyes que protegen sus haciendas y privilegios, una policía

que vigila para que su orden, opresor del pueblo, continúe indefinidamente.

Llegado a este punto, el señor Batini quedó en silencio, esperando la afirmación o negación de su interlocutor. Éste, desconcertado por el planteamiento, dio la callada por respuesta. Entonces salió el libertario dando la solución al problema por él mismo planteado:

—¿Para qué queremos entonces organizarnos en un Estado? ¿Para que éste sea el opresor institucionalizado de las clases trabajadoras?

Para el señor Batini, la respuesta era la destrucción del Estado clasista, protector de los ricos. Era preciso crear estados nuevos, en los que partamos de que todos pisamos el mismo suelo, comemos lo que produce la tierra, bebemos de la misma lluvia y dormimos bajo el mismo cielo. El anarquismo pide la creación de un nuevo estado interclasista en el que todos podamos vivir. La CNT no tiene en España un millón de locos, tiene mujeres y hombres que piden una vida digna para todos y están dispuestos a luchar por ello.

Pero a la CNT, en Medina de Pomar, la conocían únicamente por la prensa. A los medineses sólo oír nombrar la palabra anarquista les producía inquietud, cuando no miedo.

CAPÍTULO XI

LA GUERRA MÁS CRUEL

Viajando por Europa, todavía pueden contemplarse los efectos devastadores de las guerras. No sólo los edificios y ciudades destruidas, que sin duda fueron importantes, sino las huellas que dejan en el alma de los hombres y la memoria colectiva de los pueblos las luchas absurdas; las batallas perdidas o ganadas, tanto montan. Son muchos los ingleses que cuando ven un alemán, lo sitúan en un avión bombardeando Londres; los polacos, franceses, belgas, holandeses, griegos y de otras nacionalidades, que odian el recuerdo de los nazis montados en tanques, invadiendo sus tierras y ciudades, sometiendo a sus ciudadanos. Los rusos tuvieron que odiar forzosamente a los alemanes que les invadieron, pero a su vez ellos fueron odiados por los ciudadanos de otros países, a los que sometieron bajo su yugo. Los italianos también fueron agresores de varios países de Europa. El Viejo Continente es un puzle de metales e imanes,

que a veces se atraen y otras se repelen, hasta que, pasadas varias generaciones, se desactiven las tensiones realizadas en la historia más reciente. Detrás de todas ellas, siempre hubo una voluntad de imposición del hombre sobre el hombre, de racismo, de xenofobia...

La guerra más cruel que tuvo lugar en Europa durante la primera mitad del siglo XX fue la española. No fue una guerra civil, como la denominaron, fue una guerra incivil, más propia de una agresión entre seres irracionales que entre personas civilizadas. El enemigo no era un desconocido que hablaba otro idioma y procedía de otra cultura, se mataron entre familias y entre vecinos. Para colmo, cuando acabó la guerra, la opresión de los ganadores contra los perdedores hizo que continuaran odiándose entre hermanos. Personas obligadas a convivir hasta que las generaciones venideras olvidasen. Hechos acontecidos bajo el mensaje de paz de Cristo, en defensa de su amor por el hombre, discurso impartido por la Santa Iglesia Católica en España.

Todos los escritores simpatizantes o afines al régimen del general Franco, cuando hacen referencia a la guerra civil o «cruzada nacional» en sus textos, lo primero que explican es la necesidad de esa guerra. Ni una explicación, ni todas juntas sumadas acreditan lo absurda que fue la guerra civil española. Aquí sí sobran razones. Las explicaciones sobre la situación terrorista que se vivió en España durante el mandato del Frente Popular, con algunos cientos de fallecidos, no justifican casi un millón de muertos que hubo como consecuencia de la guerra. Tampoco el odio que dejó sembrado la guerra por todo el territorio sin excepciones. Para colmo, la experiencia vital

individual y colectiva acumulada durante siglos, los hechos históricos acreditados en el solar patrio y el mundo entero, nos han enseñado que los regímenes totalitarios acaban cayendo como las estatuas de los dictadores. Sólo hay una explicación real y convincente: el deseo de imposición de los criterios de unos ciudadanos iluminados sobre el resto. Tras leer varias exposiciones de motivos que durante años hicieron los intelectuales del franquismo, se llega a la conclusión de que las mismas fueron hechas para liberar su conciencia católica, ante la atrocidad sin límites que provocaron.

Amilcare Batini pasó los años de la guerra civil en España, y, por tanto, no fue ajeno a todo esto. Comprobó, día a día, que no fue una simple revuelta, unas protestas, una revolución con algún muerto esporádico y casual: fue una guerra terrible a la que nadie pudo asistir como si fuese un espectador, ante la que nadie pudo ser indiferente en sentimientos y opinión. El corazón y la inteligencia, de todos cuantos vivieron esta barbarie, estuvieron implicados.

Hurgar en mi memoria, y contar a continuación algo de la guerra civil, me resulta difícil. En todo caso, soy consciente de que resultará una mezcla extraña entre la mirada y el sentimiento de un niño, con la inteligencia de un adulto.

Para el niño de Medina de Pomar, y sin duda para muchos mayores, el acontecimiento más relevante del verano, y uno de los días más importantes del calendario anual, era la Feria de Santa Marina, a realizar cada 18 de julio. Por esa razón, desde unos días antes, yo estaba continuamente hablando de ella.

Era un hecho irremediable, como si fuese un autómata al que hubiesen dado cuerda.

—Señor Batini, ¿se acuerda de que mañana es la Feria de Santa Marina?

—¡Cómo no me voy a acordar!

Antes de que amaneciera estaba la calle cortada, invadida de aldeanos con sus piaras de cerdos y ovejas. Dejaron como recuerdo toda la calle llena de excrementos y un intenso aroma poco recomendable. No pasaron los empleados municipales a limpiarla, no había suficientes. Al final, fue él quien se tuvo que poner a limpiarla.

—Pues a mí la feria me gusta mucho. Aparte del ganado, vienen unos tipos rarísimos que sólo se ven ese día. Toda la mañana estaré en el campo del ferial, viendo cerrar los tratos a los ganaderos. Están más de una hora discutiendo por el precio de una vaca, peseta arriba, peseta abajo, y al final deciden que ni para ti ni para mí: parten la diferencia, se dan la mano y marchan juntos al bar, a tomar unos cuartillos de vino, en el que gastan la peseta discutida.

—Te digo que son unos auténticos pueblerinos. Por aquí también pasan preguntando por el precio de las *docce per veleno contro coleotteri*²⁴, que llevo quince días haciendo. Estarán una hora mareándome, intentado que les rebaje una peseta, pero no estoy dispuesto a que regateen el precio de mi trabajo, ¡el trabajo de un *stagnino*!

²⁴ Regaderas para veneno contra escarabajos.

Durante algún tiempo recordé aquel día de Santa Marina como un bonito día feriado. Porque en mi pueblo, el 18 de julio de 1936, tuvo lugar la Feria Anual de Santa Marina, y eso sí que era importante. Aún guardo en mi retina el amanecer de un día iluminado por el sol más espléndido del verano. La ciudad estuvo repleta de forasteros: labradores y ganaderos de los pueblos próximos; tratantes de ganado y gitanos venidos desde muy lejos; banqueros y otros intermediarios financieros; trapicheros y buscavidas, gente ociosa y curiosos que no tenían algo mejor que hacer. El dinero, tan escaso en aquellos tiempos, circulaba de mano en mano. Todo se compraba, se vendía o se cambiaba. Los chavales corríamos por el recinto ferial, hacíamos algún recado a quien nos lo pedía o ayudábamos en alguna tarea, esperando que nos cayese algún céntimo de propina por nuestra buena disposición. Para el mediodía, las tabernas, restaurantes y casas de comidas estaban llenas de gente; los menos, quedaban encargados de hacer guardia sobre sus pertenencias y comían en el campo, vigilando sus ganados o mercancías. Al atardecer, el centro de la fiesta se fue desplazando a la calle Mayor y paralelas, plaza del Corral y plaza Mayor. Algún tullido cantaba coplillas por el centro, otros vendían estampas o ilustraciones que contaban historias extrañas acontecidas en territorios lejanos, casi desconocidos. Toda la ciudad estaba tomada por vendedores ambulantes, que ofrecían productos poco comunes traídos de lejos. El señor Batini iba de la plaza Mayor al corral, abriéndose camino como podía con su carrito de venta de helados. Sin duda, era uno de los días del año en que mejor recaudación hacía, pero el exceso y saturación de personas producida en las calles y plazas le resultaban desagradables.

Un rato antes de anochecer, la Banda Municipal de Música tocó unos pasodobles en la plaza Mayor, lo que aprovecharon muchas parejas de medineses y forasteros para bailar. Fue una auténtica fiesta.

Luego, resultó que mi 18 de julio se cruzó con el 18 de julio de otros, pero el de estos últimos no fue día festivo, sino de los que quedan en el calendario como feroz y sangriento.

Al día siguiente, el domingo 19 por la mañana, la feria fue concluyendo. Los más rezagados intentaban cerrar sus negocios antes de partir. Los tratantes de ganado venidos de fuera subían los últimos mulos a las camionetas. Los ganaderos preparaban los hatos de animales para partir hacia sus pueblos de procedencia. Los labradores uncían los bueyes en los carros y cargaban las mercancías compradas o no vendidas.

Por la tarde empezaron a oírse las primeras noticias confusas sobre la que acabó siendo la mayor tragedia de la historia de España. En las radios comentaron el levantamiento de los militares de África como un hecho irrelevante. Quienes consiguieron oír Radio Castilla de Burgos, entendieron el alzamiento como un hecho más próximo y grave; los sublevados habían tomado los cuarteles y el Gobierno Civil en Burgos.

* * *

La información durante la guerra sobre el desarrollo de la misma fue escasa y mala. En cada zona, los medios controlados por uno u otro bando contendiente se dedicaron a exaltar su causa más que a informar. Glorificaban sus triunfos y escondían

sus derrotas. Ante este panorama, cada ciudadano fue creyendo lo que más convenía a su preferencia, o lo que su estado de ánimo le sugería. Los partidarios de la república pensaron que aquello era una asonada más, como poco tiempo antes aconteció con la de Sanjurjo. La derecha radical o extrema vio la luz para una imposición nacional-católica-totalitaria, como realmente aconteció.

Lo que nadie contó, ni durante la guerra ni en la posguerra, fue la ingente cantidad de asesinatos cometidos por ambos bandos. Conforme han ido pasando los años, y la información veraz ha sido pública, la percepción general sobre la guerra ha ido evolucionando, hasta calificarla como guerra genocida, barbarie máxima que puede cometerse entre iguales, entre seres humanos. Tal vez la guerra civil que empezó cien años antes, bajo la excusa de unos derechos hereditarios de la corona, aún no había terminado. Esta guerra civil fue la conclusión para quienes nunca aceptaron perder las anteriores. Pero esta vez fue más cruel, más sangrienta, más inhumana para vergüenza de todos, incluso de los que no participaron. Los estandartes, los crucifijos, las hoces, los martillos, todo sirvió para matar al odiado vecino que pensaba distinto.

Mientras tanto, estados de medio mundo se forraron el riñón vendiendo armas a las partes contendientes. Desastroso espectáculo que no intentaron parar a tiempo. Finalizada nuestra contienda, ellos también vivieron la tragedia de una guerra. El tiempo no perdona y pone a cada uno en su sitio; hay facturas que se pagan antes o después.

La «guerra incivil» en mi pueblo transcurrió sin oírse un tiro; ni en los primeros días, ni en los intermedios, ni en los últimos. Desfiles y ruido sí hubo, muchos: a principio, a mitad y al final de la contienda. Taconeo de botas con paso marcial, exhibición de fusiles oscilando en los hombros y apuntando al cielo, cánticos de himnos llamando a la muerte. Todos cuantos tenían una boina roja guardada en la mesilla salieron a la calle para decir: «¡Dios, Patria y Rey!». La herencia carlista, cien años reprimida, se echó a la calle para chillar: «¡Que aquí mandamos nosotros de una puta vez!». Curioso ejército, sólo válido para desfiles y acompañar procesiones, compuesto por cuatro chavales exaltados y unos viejos que los jaleaban como a perros rabiosos, pues los soldados de verdad estaban en la guerra de verdad, jugándose la vida, no asesinando a gente indefensa.

A medida que fue avanzando la contienda, vista la imposibilidad de ser neutral, y con la necesidad de posicionarse para que no le diesen a uno un paseo o le espabilasen sus bienes, quienes eran más afines a la derecha decidieron darse de alta en la Falange; en el otro lado se fueron radicalizando y se afiliaron al Partido Comunista. Cuando se llevan las situaciones al límite, al último extremo de la vida, sólo se contemplan los extremos. La exaltación era lo que primaba, y, además, al fin y al cabo, las teorías de José Antonio no eran menos utópicas e irrealizables que las de Lenin. España en libertad no había sido ni falangista ni comunista. Fueron el miedo y la guerra cruel los que exaltaron al pueblo llano, que sólo quería vivir en paz, y pusieron a sus gentes unas enfrente de otras con las consignas de odiarse y liquidarse.

Les decía que en mi pueblo nunca se pegó un tiro, y es verdad, porque los tiros los dieron fuera. Iniciada la segunda semana del golpe militar, llegó el general Mola a Burgos pidiendo la creación de una situación que aterrorizase al pueblo. Sumió a la masa en un estado de pánico y abrió la veda para cazar republicanos. En un acto genocida, más propio de los animales que de las personas, desaparecieron de Medina de Pomar el alcalde y tres concejales de Izquierda Republicana. Los compañeros de la prisión de Burgos dijeron que se los habían llevado en una saca para fusilarlos a primeros de agosto, en un monte donde aún hoy en día no han aparecido sus restos. Los autores, en una manifestación de cinismo sin límites, durante muchos años los situaron en paradero desconocido.

Las noticias que llegaban apenas sí hablaban de muertos en combate. Se hablaba a voz en grito en la calle, de las salvajadas cometidas por los rojos contra el clero en los pueblos próximos de Cantabria. Se cuchicheaba en las casas, con miedo a que oyese el vecino, sobre las desapariciones de hombres y mujeres de todas las edades y condiciones, por el simple hecho de haber pensado y hablado con libertad.

Para mí, que era un chaval, estos hechos fueron como una comilona rápida, tardé años en digerirla. Ahora pienso que al señor Batini le recordaron experiencias vividas. Él sabía de sobra dónde están los desaparecidos: en la cuneta de una carretera o un camino, con una bala en la cabeza y medio metro de tierra encima. La experiencia le había enseñado que Elicio López-Quintana, Gregorio Gallaga, Domingo Martínez y Gregorio Zorrilla no volverían nunca a Medina de Pomar. Tuvo

que pasar por una de las mayores frustraciones de su vida cuando comprobó que la patria adoptiva, la tierra soñada, desaparecía bajo sus pies para dar paso a un infierno, tan cruel que Dante no hubiese podido imaginarlo.

Durante el otoño y el invierno de 1936 y 1937, el frente en Burgos apenas se movió. Parecía que ninguno de los dos ejércitos contendientes tenía capacidad para lanzar una gran ofensiva, y todo quedó en pequeños bombardeos y escaramuzas con muy pocas bajas. Ambos ejércitos disponían de unas infanterías escasamente dotadas y unos artilleros que apenas disponían de piezas de artillería, no siendo posible lanzar una batalla.

A pesar de que el señor Batini tenía un temperamento extrovertido, nunca dispuso de amigos íntimos en Medina. En algún momento tuvo algunos, pero desaparecieron. Mejor dicho, los hicieron desaparecer. Posteriormente, dudo si puso interés en hacerlos, pues su personalidad chocaba contra aquella sociedad pueblerina, tradicional y decimonónica. Cumplidos los cuarenta años, prefería la compañía de un niño a la de un adulto. Pienso que veía en mí a un confidente inocente, guardián de sus secretos inconfesables, legatario de una experiencia vital que, hoy voy descubriendo, fue compleja y tortuosa, y por ello difícil de explicar, y más de entender, por unos adultos anclados en sus tradiciones seculares. Por mi parte, a medida que fueron transcurriendo los años, he sido consciente de que poco a poco sus mensajes fueron horadando mi mente. Que aquellas frases que me decía, fuera de los convencionalismos al uso, han servido de contrapeso para alzar nuevas ideas sin cortapisas. Consejos y formas de proceder que

no tenían cabida en un niño, pero que con el paso del tiempo han cobrado sentido.

CAPÍTULO XII

II CORPO TRUPPE VOLONTARIE

En los círculos anarquistas de Italia, encontré dos acusaciones que algunos libertarios hicieron al señor Batini, relacionadas con el período de su presencia en España. La primera fue que había sido un colaborador del Corpo Truppe Volontarie.²⁵

Buscar en la memoria de un niño no es difícil, pero los recuerdos que conserva y su interpretación son de niño. No son una serie de datos importantes y contrastados para defender o derrocar tesis, razón por la que decidí informarme sobre el CTV y su paso por Medina de Pomar.

²⁵ Cuerpo de tropas voluntarias (CTV).

Durante la primavera de 1937, empezaron a verse los primeros militares italianos por Medina de Pomar. En ocasiones, se aproximaban a la ciudad para realizar aprovisionamientos difíciles de conseguir en las pequeñas tiendas o en los colmados de las aldeas. En otras, el motivo era olvidarse por unas horas de la vida militar y de aquella puñetera guerra sin sentido en la que les habían metido.

Contaban los labradores que venían a los mercados de los jueves, que los italianos se habían asentado por todos los pueblos del valle de Losa. Estaban situados frente a los confines del valle de Mena, Alava y Vizcaya, zonas defendidas por el Ejército Popular de la República. En las afueras de las pedanías instalaron los campamentos para las tropas: tiendas de lona sobre lechos de paja o hierba para amortiguar el suelo y aislar de la humedad. Los oficiales se alojaron en las mejores casas de cada pueblo, siempre en función de su graduación. En aquellos casos en los que los propietarios no estuvieron de acuerdo con los mandos, o no hubo sitio para italianos y españoles, mandaron a estos últimos a dormir a los pajares, graneros o simples chabolas fuera de sus legítimas propiedades.

La falta de información sobre el contingente de soldados italianos en la comarca fue total; nadie sabía a propósito de su número, armamento u objetivos. Por las informaciones que facilitaban los campesinos de Losa, eran bastantes miles, muy bien armados y desplegados por toda la comarca. Quienes eran proclives a los sublevados exaltaban la colaboración del régimen fascista de Benito Mussolini; quienes no lo eran, no podían entender qué se les había perdido en nuestro solar

patrio, toda vez acreditado que para matarnos nos valíamos perfectamente nosotros solos.

El señor Batini también contemplaba, asombrado, la llegada de sus compatriotas a una guerra que no era la suya. Interpretaba, con rabia y dolor, hasta qué extremo había llegado el fascismo, capaz de enviar a morir a sus hijos para colaborar en un golpe militar contra un gobierno legítimo. Otra maniobra más de aquellos locos, inmoral en fines y medios.

La mayoría de la tropa estaba constituida por muchachos jóvenes que querían divertirse en sus días libres de obligaciones y dejar, por un breve tiempo, el campo y los pequeños pueblos que les acogían, ya que, en algún caso, no disponían ni tan siquiera de una taberna. Pese a los recelos iniciales del señor Batini, éste acabó relacionándose con ellos, explicándoles los usos y costumbres del lugar y haciendo de intérprete en algunos casos.

Un par de meses más tarde de la aparición del Ejército de tierra italiano, denominado Corpo Truppe Volontarie, personas provenientes de la zona de Villarcayo, una villa vecina a ocho kilómetros en dirección norte, comentaron que a las afueras del pueblo había mucha actividad. Hombres de las aldeas próximas habían sido reclutados de forma obligatoria para preparar un aeródromo militar frente a la aldea próxima de Villacanes, que posteriormente utilizaría la Aviación Legionaria Italiana.

Durante toda la primavera, las noticias sobre el desarrollo de la guerra en el frente próximo eran escasas, tanto las oficiales

como las confidenciales. Por el boca a boca se fue conociendo que hubo pequeños bombardeos sobre ambas líneas y pueblos situados en las retaguardias de las partes contendientes. Pequeñas escaramuzas y tiroteos que, en algún caso, se llevaron a algún desafortunado por delante.

Durante aquellos meses, la guerra de verdad se libró en la vecina Vizcaya. Los partes oficiales del Gobierno sublevado comunicaban su avance, mientras el Gobierno de la República distraía a la opinión pública hablando de éxitos en otros frentes. Las noticias, llegadas por el boca a boca, hablaban igualmente de terribles bombardeos llevados a cabo por aviones italianos y alemanes. El señor Batini, que al principio no daba crédito a la injerencia italiana en la guerra civil española, reconocía a sus más allegados el disparate que estaba llevando a cabo el fascismo en España.

Años después de finalizar la guerra incivil, supimos, por historiadores reconocidos, que el apoyo de Benito Mussolini al golpe militar en España había sido solicitado desde antes del 18 de julio de 1936 por la extrema derecha española; monárquicos y carlistas, principalmente.

Para el otoño de 1936, los jefes del fascismo italiano habían tomado la decisión de involucrarse de lleno en la Guerra di Spagna, y uno de los apoyos era la expedición de un cuerpo integrado por «camisas negras fascistas» y altos mandos del Regio Esercito. Fue el llamado Corpo Truppe Volontarie, que, en el imaginario fascista, sometería a la Spagna rossa en cuatro días. En las principales ciudades de Italia, el Ufficio Spagna, dependiente del Ministerio de Asuntos

Exteriores, fue alistando voluntarios para venir a la guerra de España. Estaban los dirigentes fascistas convencidos de que el fervor patriótico de los camisas negras les conduciría a alistarse masivamente. Pero la recluta para extender las bondades del fascismo por el Mediterráneo fue un desastre. Ante la falta de voluntarios camisas negras, se enroló a quien se pudo con cualquier señuelo. Hubo en este voluntariado un poco de todo: militares profesionales ávidos de medallas y ascensos, fascistas convencidos de la cruzada antibolchevique que pregonaba el Duce, aventureros, veteranos de la guerra de Abisinia sin mejor oficio, mercenarios sin otro interés salvo el económico e incluso presidiarios con pequeñas condenas conmutadas. El caso más grave fue, según manifestaron algunos soldados que cayeron presos, el de hombres engañados bajo la promesa de acudir como colonos a África, que desconocían al alistarse que su destino real era venir a la Guerra di Spagna.

Antes de finalizar 1936, salió de Italia el primer contingente de camisas negras. Para no poner en duda la neutralidad de Italia en la guerra de España, durante los dos primeros meses de 1937 fueron viniendo a España soldados camuflados con ropa civil en barcos incautados a la marina mercante. Unos treinta y cinco mil hombres desembarcaron en Cádiz, con unas dotaciones técnicamente superiores a las de cualquiera de los dos bandos contendientes en la guerra.

Organizados los primeros batallones de italianos en Andalucía, tuvieron su bautizo de fuego en la toma de Málaga, que tuvo lugar entre el 3 y el 8 de febrero de 1937.

Hacia finales de febrero, las cuatro divisiones, con los servicios precisos de apoyo, estaban listas para entrar en un nuevo combate. Los generales golpistas españoles siempre tuvieron en mente, hasta esas fechas, que era prioritaria la toma de la capital de España, y ése fue el objetivo asignado al CTV. El Alto Mando italiano realizó un plan unilateral, que suponía la toma de Guadalajara, y el previsible acecho posterior a la capital de España. Sobrevaloraron su ejército, infravaloraron al republicano y desecharon valorar circunstancias fundamentales para lanzar el ataque. El Duce Mussolini, en plena etapa eufórica, quería todo el honor y la gloria para su Ejército en España.

El 8 de marzo se inició la ofensiva que acabó anulada por el ejército republicano, gracias a los errores italianos. Emboscadas las tropas del CTV por el Batallón Garibaldi de las Brigadas Internacionales, se produjo la terrible paradoja de que se enfrentaran italianos contra italianos por una tierra que no era la suya. Las divisiones italianas, tras dejar cientos de muertos, presos y desertores por la Alcarria, se replegaron tiritando de frío, cansancio y hambre, consecuencia de una mala intendencia. La cifra de bajas que tuvo el CTV fue de en torno a cuatro mil, entre muertos, heridos, desertores y desaparecidos.

La información fue tan escasa, y la desinformación tan grande, que el señor Batini apenas supo algo de la estupidez acontecida en Guadalajara, hasta que tuvo contacto con miembros del CTV en Medina.

Con el orgullo herido por la derrota de Guadalajara, durante la primavera de 1937 fueron llegando las tropas del CTV a Las Merindades.

La División Littorio se ubicó por los pueblos del valle de Losa, al abrigo de los montes de La Peña y Sierra Salvada. La reconvertida División Fiamme Nere se desplegó por la Merindad de Valdeporres y Sotoscueva. Junto a los ríos y arroyos que surcan sus bonitos valles, fueron asentándose las tropas.

Finalizada la primavera de 1937, el Frente Norte se había reducido, y el nuevo objetivo asignado al CTV era colaborar en la toma de Cantabria. La División Littorio se desplazó del valle de Losa a la zona de Medina de Pomar y Villarcayo, para permanecer más próxima a su objetivo el día señalado para la batalla. La División XXIII de Marzo, recién creada a primeros de julio, se asentaba en torno a Cubillos de Rojo y Soncillo.

En relación con los integrantes del CTV, en general, nunca se oyó hablar mal de ellos como colectivo. Sus actitudes no tuvieron comparación con las del ejército del siglo anterior, que fue calificado como pandillas de bandoleros. Entre los jóvenes oficiales había muchos universitarios sin trabajo, pues las promesas del fascismo nunca se cumplieron. Respecto a la tropa, en un porcentaje importante fueron padres de familia que precisaban el sueldo cobrado en la Guerra di Spagna para mantener a los suyos. Los solteros galanteaban a las señoritas bajo la atenta mirada de las madres, que intentaban cortar cualquier relación. Los casados se portaban bien con los niños, puede que por el recuerdo de los hijos que ellos habían dejado

en Italia. Peor impresión causaron los oficiales de alta graduación; sus actitudes prepotentes frente a los ciudadanos fueron despóticas, cargadas de la autoridad que da la fuerza, pero no la razón ni la ética.

CAPÍTULO XIII

ITALIANOS Y SPEZZINOS EN MEDINA

A finales de junio del 37, la batalla para el asalto a Cantabria estaba servida, pero fue aplazada en diversas ocasiones por movimientos de distracción lanzados por el Ejército Popular de la República.

Si durante los dos últimos meses de la primavera la presencia de soldados italianos fue un goteo continuo, en los dos primeros del verano lo abarcó todo. Por la comarca se movían militares italianos de todos los cuerpos y armas, su número superaba al de civiles lugareños. La exhibición de uniformes fue omnipresente; el ir y venir de vehículos italianos, constante. Hacían marchas por los caminos, maniobras y orden de combate entre las fincas; improvisaban campos de tiro y escuchaban misa los domingos. La Sierra de la Tesla pasó a ser un campo de tiro, y la carretera entre Medina y Villarcayo una pista de ida y vuelta de tropas de a pie, mulos de carga y armas pesadas. Jamás la comarca había tenido tanto trasiego.

Para unos niños contagiados del ardor guerrero reinante, la presencia de unas tropas bien equipadas y armadas constituyó

una auténtica fiesta. ¡Por fin llegaba la guerra de verdad! Sí, así fue, aunque resulte una paradoja más: cruel, inmoral y estúpida, como casi todas las que tienen su origen en las guerras. Mi pueblo, desde el primer día de la guerra, estuvo a suficientes kilómetros del frente como para librarse de los efectos inmediatos del conflicto. La guerra, hasta entonces, no había pasado de algún vuelo de aviones republicanos de reconocimiento; pequeños bombardeos sin víctimas y desfiles de cuatro energúmenos mal armados, una panda de inútiles que sólo servían para mantener el terrorismo imperante en los primeros meses del golpe. Aunque, pasados éstos, el nuevo Estado pudo calificarse más como un Estado terrorista que como un Estado de derecho.

El despliegue de los diversos batallones y compañías del CTV por la comarca se hizo siguiendo el curso de los ríos tributarios del Ebro, que fluyen todos de norte a sur. Una tropa tan numerosa precisaba buenos caudales de agua para la higiene personal y limpieza, sombra para las tropas los días de calor e invisibilidad ante los aviones. Medina, situada entre dos ríos, fue un lugar estratégico para ubicar tropas y mando. La disposición como cabecera de comarca en lo referente al comercio, artesanía y servicios constituía un atractivo añadido, y en ocasiones indispensable. Las campos periféricas del pueblo, y las de Miñón y Villacomparada, pedanías anexas, estuvieron llenas de tropas con su correspondiente armamento. En las riberas del Trueba y el Nela ondearon las banderas militares y los uniformes, y los chopos sirvieron para aguantar los tendedores de la ropa interior de los soldados italianos. Los oficiales fueron ubicados por las autoridades municipales en las mejores casas de la ciudad.

La permanencia del ejército italiano trajo otras novedades para la infancia y algunos mayores, aparte de la estética marcial, que sólo el mismo diablo puede hacer atractiva. La guerra ya estaba próxima a cumplir su primer año, y desde hacía meses había productos desaparecidos a nuestros ojos, o, en el mejor de los casos, escasos y muy caros. La presencia de las tropas italianas representó espaguetis, plátanos y chocolate para los niños; sémola, vino y queso para los mayores. Como si hubiesen llegado los Reyes Magos de verdad, donde estaban los italianos estábamos todos los niños ofreciéndonos a realizar pequeñas tareas domésticas a cambio de una chocolatina. Durante más de un mes, en Medina de Pomar se habló italiano. Los soldados italianos, jóvenes y soñadores, intentaban conquistar a alguna muchacha; mientras, los más prácticos intentaban cambiar las pesetas de papel por los duros de plata existentes en los comercios, legado del pasado colonial español, para llevarlos de recuerdo un día a su tierra..., o por si algún día aquel papel no servía para nada.

* * *

Si para un niño la omnipresencia de las tropas italianas estuvo endulzada por el chocolate y la ignorancia, para el señor Batini fue una terrible sensación de dolor de tripas.

Tal vez sea el idioma, puede que los genes, o vaya usted a saber qué, lo que arrastra a un paisano hacia otro paisano irremediablemente cuando se encuentran lejos de la patria; más cuando uno lleva muchos años en culturas y países extraños, como en el caso presente. Bien pensado, lo único que unía a nuestro protagonista con aquella gente era el idioma,

nada más, pues era un antibelicista convencido. Pero todos los días, como si de un deber ineludible se tratara, buscaba charlar con los militares italianos. Daba lo mismo que fuese de pie en una calle, sentados en una plaza, que los encontrase en un café o haciendo compras en una ferretería: la atracción rebasaba cualquier otro compromiso. La necesidad de comunicarse con ellos, en su lengua materna, era como una droga.

Los oficiales y suboficiales copaban las terrazas e interiores de los cafés de Medina por las tardes. El señor Batini se presentaba allí para charlar con ellos, preguntando siempre si alguno era de La Spezia. La patria tira, pero siempre más la patria chica. La relación con los soldados italianos tenía un sabor agridulce. En poco tiempo de conversación, sus sentimientos iban pasando del amor al odio cuando veía claro que el objetivo era matar españoles; del odio a la pena, al verificar que la mayoría estaban allí luchando para poder dar de comer a sus familias en Italia; de la pena a la indignación, porque él no valía para resignarse a la injusticia como aquellos militares.

Un día conoció a Giulio Pasini, un spezzino de treinta años. Contaba éste, con orgullo, su brillante currículum de héroe. Había participado en la guerra de Etiopía. Allí tuvo una mención por distinguirse en la batalla de Tembien y le concedieron la Cruz de Guerra al Valor Militar por su participación durante la toma de Amba Aradam. Mientras Giulio relataba con pasión el honor de haber combatido en Abisinia a las órdenes del duque de Pistoia, Amilcare pensaba en la bochornosa invasión de Etiopía por camisas negras, sin declaración previa de guerra y con el único objetivo de someter

a los nativos y dejarlos en la más profunda miseria. Un hecho que definía claramente la ideología fascista.

El señor Batini meditaba sobre la situación de aquel muchacho enrolado en una guerra que no era la suya. Para colmo, defendiendo a unos militares golpistas que iban contra la clase trabajadora. Estaba claro que en Italia toda la grandeza del fascismo no se había traducido en la creación de puestos de trabajo. La mayoría de aquellos jóvenes estaban allí porque se encontraban en paro. ¿Pero no era más digno ir a otro país a buscar trabajo que ir a pegar tiros? Mientras el muchacho contaba su gesta, Batini no paraba de darle vueltas a la misma idea de que lo único que aportaba el Duce a Italia era honor sin sentido flotando en ríos de sangre.

Mientras, Giulio seguía contando sus hazañas bélicas. Desembarcado en España, empezó la guerra enrolado en la Bandera Búfalo, que colaboró en la toma de Málaga por el ejército sublevado. Caído el comandante de su compañía, se hizo cargo de la misma dirigiendo el asalto; heroicidad por la que estaba propuesto para una Medalla de Plata al Valor Militar.

Discutía Batini con los oficiales más jóvenes sobre el fascismo y la guerra. No podía, ni quería, entender cómo unos jóvenes con buena formación habían caído en las garras del fascismo. En una ocasión conversaba con un teniente de veinticinco años nacido en Vinchio (Asti) llamado Davide Lajolo, del Segundo Regimiento de Infantería de la División Littorio. Intentaba convencerlo sobre la negatividad del sistema fascista: —El fascismo se fundamenta en la imposición de una clase

dirigente, tratando al pueblo como borregos. Vosotros, los jóvenes más cultos y preparados, debéis conseguir la participación del pueblo en el gobierno de la nación. Nada se puede construir desde la intolerancia y la imposición de unos pocos, aunque más apropiado es decir de uno, porque es uno solo quien toma las decisiones, y el resto del país se comporta como un rebaño. Davide era de verbo fácil y sabía responder:

—Las democracias parlamentarias no han traído nada a los estados, sino politiqueo barato y discusión estéril. Hablan mucho, todos tienen soluciones para resolver los problemas de la patria, pero éstos siguen ahí mientras discuten, porque el problema son ellos. El fascismo ha sido la única ideología capaz de unir y generar una ilusión colectiva que conduzca al pueblo italiano por un camino de progreso.

—¿Cuántos años lleva el camino de progreso? ¿Catorce? ¿Quince? ¿Hasta dónde os ha conducido a día de hoy?

Era una verdad evidente: los pobres seguían siendo igual de pobres, con la única diferencia de que ahora eran pobres fascistas. Los ricos eran más ricos que antes, con el consentimiento de los miembros del Partido Fascista, que intentaban repartirse los mendrugos de pan que les soltaban como a perros de presa. La riqueza no la habían repartido ni la repartirían nunca con los fascistas, y menos con el resto.

El señor Batini continuó:

—¿No estáis viendo que el camino por el que os lleva el Duce va de guerra en guerra? Antes o después sólo traerá

destrucción y muerte. ¿Cuántos de vosotros os quedaréis en tierra de España para alimentar gusanos?

—Hoy y aquí, los gusanos son los bolcheviques que intentan imponer el leninismo en toda Europa, y hay que descastarlos, porque se trata de alimañas.

—Os están engañando. En España, hasta que empezó la guerra, apenas existían comunistas. Los rojos los fabrica el general Franco con vuestra ayuda.

Para el primer domingo de agosto de 1937, toda la plana del Alto Estado Mayor del Corpo Truppe Volontarie se había desplazado a Medina de Pomar con el personal a su servicio. Sentados en torno a una mesa de la terraza del Café de Patricio del Cerro, estaban los generales Ettore Bastico, comandante en jefe; Attilio Teruzzi, general de Tropa; Annibale Bergonzoli, de la División Littorio y Mario Berti, vicecomandante del CTV. Confraternizaban con autoridades del pueblo, a quienes la compañía de los generales italianos hacía sentirse importantes. Afirmaban, con convicción, que ellos iban a ganar la guerra.

—¡Valientes majaderos! —exclamaba el señor Batini, que se encontraba vendiendo helados con su puesto ambulante en la plaza Mayor.

Cuando el general Annibale Bergonzoli le pidió a Amilcare aproximarse para comprar un helado, se sorprendió al oírle hablar en italiano, y le preguntó:

*—Che cosa stai facendo qui? In quel bandiera questi incorniciato?*²⁶

*—Questa é la mia home, io stanigno, io vivo qui*²⁷—le respondió Batini.

Un concejal, de los nuevos concejales puestos por el glorioso movimiento del 18 de julio, asintió:

—Lleva viviendo aquí dos años, tiene fama de ser muy trabajador.

El general Mario Berti observó detenidamente al señor Batini mientras duró la conversación. Intrigado, le preguntó:

*—Dove ti trovi?*²⁸

*—Sono nato a La Spezia.*²⁹

Cuando el señor Batini se alejó de ellos, dirigiéndose a los presentes manifestó con gesto de duda:

*—Queste uomo puzzo. Uno dei frutti del Biennio Rosso.*³⁰

A partir de aquel día, el señor Batini perdió su nombre para pasar a ser llamado Pucci. La gente de mi pueblo, en su ignorancia, suponía que todas las palabras italianas acaban por

26 ¿Qué estás haciendo aquí? ¿En qué bandera estás encuadrado?

27 Esta es mi casa. Soy soldador. Yo vivo aquí.

28 ¿De donde eres?

29 Nací en La Spezia.

30 Este hombre me huele mal. Es un fruto del Bienio Rojo.

la letra i, es decir, en plural. Para colmo, no sabían pronunciar la palabra pucci, castellanizándola como «puchi». Jamás supieron qué quería decir aquel apodo, pero por este mote, sin sentido para ellos, le conocieron a partir de entonces.

Dos razones me llevan a afirmar que el señor Batini, Pucci, nunca colaboró con el CTV mientras este ejército estuvo en Las Merindades. La primera razón es porque, dado su desconocimiento del medio físico, no pudo ser un informante clave, espía, o guía, en modo alguno. La segunda razón es porque el CTV no precisó sus servicios para nada. El CTV fue un cuerpo de Ejército perfectamente dotado de todos los servicios que precisaba. Sólo hubo un favor que pudo prestar y prestó: hacer de traductor entre sus compatriotas y los lugareños. Pero este hecho no puede calificarse como un servicio de guerra, sino humano.

La segunda acusación realizada por algunos anarquistas italianos sobre el señor Batini fue la de haber sido colaborador de los falangistas y franquistas.

Suele ocurrir, sobre todo en los tiempos en que la gente cree saber a ciencia cierta quién es el bueno y quién es el malo, que el personal nomina héroes y villanos. Los estados totalitarios, de cualquier signo que sean, decretan la mitología oficial de santones a venerar y diablos a repudiar. En relación con los héroes, es fundamental que éstos estén muertos, ya que así es imposible valorar el sentido y principios que los inspiraron.

Su conformidad o disconformidad con los hechos acontecidos se los inventan por ellos, y ya está. A algunos

anarquistas italianos, de posguerra, por supuesto, les hubiese gustado que el señor Batini hubiese muerto en Guadalajara, o en cualquier otra batalla donde actuó el batallón italiano de Giustizia e Libertà. Hubiese quedado en las páginas de los héroes antifascistas. Pero no pudo ser así: Pucci fue capaz de pasar indiferente ante las autoridades y sobrevivir en un medio hostil. En todo caso, él no llegó a disponer de información veraz sobre el desarrollo de la guerra civil, y no fue ni héroe ni villano.

CAPÍTULO XIV

LA BATALLA DE SANTANDER

Cualquier observador de la naturaleza, aun siendo poco experto, sabe que cuando aparecen los buitres rondando por las alturas durante horas, abajo, sobre la tierra, hay un animal moribundo a punto de dar su último estertor. El mismo día en que llegaron los periodistas extranjeros a Medina de Pomar, Pucci intuyó perfectamente que se aproximaba el momento de la gran batalla. Fue consciente de que la sangre correría a raudales, de que los campos de la más vieja Castilla se llenarían de cadáveres. Era lo mismo el color de las banderas por las que luchaban, porque la sangre siempre es roja; sangre española, sangre italiana, sangre republicana, sangre fascista... Era igual.

Cuando yo me percaté de la presencia de periodistas italianos, corrí al momento a darle novedades a mi amigo.

—Señor Pucci, han llegado al pueblo unos reporteros italianos. Andan por ahí dando vueltas, buscando militares italianos para entrevistarles.

—Che cose. Ho visto.

—Me han dado diez céntimos por acompañarles al hotel.

—Son los periodistas de *La Stampa*, *Il Corriere della Sera* y, ¿cómo no?, del periódico fascista *Il Popolo d'Italia*.

Durante algunos meses, todos describieron en los medios de comunicación italianos la grandeza de los camisas negras. En los periódicos y en las revistas, escribieron rindiendo honor a los héroes que mataban españoles rojos y bolcheviques; pero se olvidaron del valor de cada una de las vidas perdidas, ajenas o propias. Los mandos enviaron un escrito a la viuda o a la madre, tal vez le remitieron una medalla, pero, pasados unos meses, nadie volvió a hablar de los jóvenes italianos que dejaron su vida y sus sueños en esos montes, sin saber por qué lo hicieron.

* * *

Los corresponsales de guerra, todos fascistas, actuaban juntos como si de un pelotón de soldados se tratase. Sandro Sandri, Riccardo Forte, Lamberti Sorrentino, Indro Montanelli y algunos más llegaron juntos a Medina, cuando el Alto Mando del Corpo Truppe Volontarie les avisó de que la ofensiva era inminente. Un grupo disciplinado que debía escribir «La Gesta del CTV en España»; que además tenía que contar al mundo entero el valor de los soldados italianos, la cobardía de los bolcheviques, las victorias del Regio Esercito, las rendiciones y deserciones del Ejército Rojo, la grandeza suprema del Duce y sus camisas negras.

Los periodistas merodeaban, durante algunas horas al día, en torno a los jefes y altos mandos del CTV para escribir sus

crónicas. A la mayoría parecía no importarles nada el lugar en que se encontraban. En una pequeña ciudad dotada de una docena de cafés y otra de tabernas, a su vez casas de comidas, era frecuente encontrarlos a cualquier hora del día en uno de los dos tipos de establecimientos, charlando entre ellos. Era inevitable que, en algún momento, acabaran charlando con Pucci, y así aconteció. La pregunta obligada, que todo periodista le hacía en el primer contacto, era sobre el motivo de residencia de un italiano en un pequeño pueblo perdido de Castilla. La respuesta siempre era la misma:

—Yo estoy aquí per lamore.

Tardé tiempo en entender que era una frase hecha y dicha para escapar, para cumplir la expectativa de cualquier interlocutor y obligarlo a abandonar su curiosidad. Muchos años más tarde, cuando por fin encontré a Pucci, comprendí que era verdad.

Sandro Sandri explicaba que soñaba con la batalla, con las bombas de la artillería, el avance de los carros, los combates cuerpo a cuerpo de la infantería. Adoraba las columnas de humo que dejan los bombardeos, necesitaba el olor de la pólvora de los fusiles y ametralladoras, como si de una droga se tratase.

—¡Pero eso se traducirá en muertos! —le dijo Pucci.

—Los muertos son los ladrillos con los que se construyen el honor y la gloria de la patria —contestó Sandri.

—¿Quién les contará a las esposas, a las madres de los muertos, que sus hijos fueron un ladrillo de un edificio inútil? Dudo que cuando los engendraron quisieran fabricar ladrillos para Italia o para Europa, sino hombres libres, llamados a vivir en paz y a ser felices.

Sin duda, Sandro Sandri era el jefe de los buitres. Le gustaba tanto la sangre como las muchachas que pasaban por delante de los cafés de la calle Mayor. Difícil explicar qué épica encontraba en la muerte de unos jóvenes italianos lejos de sus casas, luchando por una causa que no era suya. Unos muchachos que ni siquiera sabían exactamente por qué combatían.

El señor Pucci continuaba argumentado la estupidez de la intervención italiana en un conflicto estrictamente español.

—Se combate porque se odia al enemigo o porque se teme al opresor. ¿Por qué tiene que odiar un campesino italiano a un campesino español? ¿O un obrero italiano a un obrero español? Al fin y al cabo, son iguales unos y otros. ¿Por qué combaten los italianos? Porque les han pagado o porque les han llenado la cabeza de ideología sin sentido.

—Es la lucha de la cruz contra la hoz y el martillo —intervino Lamberti Sorrentino.

—Las cruces no sufren, ni las hoces, ni los martillos, ni las ideas: sufren las personas que soportan las guerras, y las terribles consecuencias que éstas tienen.

Aparentaba ser Lamberti el único interesado y conocedor de la situación política en España. Ahondaba en la mística que había permitido juntar en un partido único a falangistas y carlistas, dos ideologías con muchos principios en total contradicción.

—Sólo un caudillo como el Generalísimo Franco ha podido conseguirlo.

Pucci le replicó:

—No les une Franco, sino el miedo.

—¿El miedo a quién? ¿A los bolcheviques? —preguntó Lamberti.

—El miedo a todo y a todos.

En las elecciones celebradas un año y medio antes, el país no era de extremos. El Partido Comunista tuvo diecisiete diputados de cuatrocientos setenta y tres posibles. Los tradicionalistas tuvieron diez; los seguidores de Albiñana, tres, y la Falange Española de las JONS, ninguno. No podía ser que en un año todas las personas que vivían en un bando se hubiesen hecho comunistas, y en el otro falangistas. Cuando se revuelve una masa, todo lo que estaba en el centro tiende a los extremos. Lo que manda es el miedo. Miedo a que te den un tiro en la cuneta de una carretera, a que te quiten tus bienes, a que hagan algo a los tuyos.

Para que Lamberti Sorrentino no quedase sin explicación clara, Pucci aclaró:

—Miedo a los comunistas, a los falangistas, a los milicianos, a Franco y al mismísimo Dios omnipotente, que ha decidido que esta guerra no es la suya, y no tiene misericordia de nadie.

—Tú eres un comunista —intervino de nuevo Sandro—. Una vergüenza para la Italia fascista.

El 13 de agosto, al amanecer, todos los italianos que había en Medina de Pomar, menos uno, partieron hacia el frente. Treinta y cinco kilómetros de carretera separaban la ciudad del monte Maza, mirador privilegiado en el que se congregaron todos los carniceros: Francisco Franco, Generalísimo de los sublevados; Fidel Dávila, general jefe del Ejército del norte; Ettore Bastico, general comandante en jefe del CTV; Mario Berti, general vicecomandante del CTV; Luigi Frusci, general de la División Fiamme Nere; Enrico Francisci, general de la División XXIII de Marzo; Annibale Bergonzoli, general de la División Littorio y Atilio Terruzzi, general de Tropa del CTV.

El día 14 casi no amaneció en el frente de combate; el cielo estaba poblado de aviones antes de hacerlo. Los Romeo Ro.37, escoltados por los CR.32 que se encontraban en el campo de aviación de Villarcayo, comenzaron a soltar su carga de bombas y a ametrallar las posiciones de los milicianos republicanos. Descargada su carga mortífera, los sustituyeron los Saboia SM.81. Por el lado de Reinosa, los bombarderos Junkers 52, apoyados por los cazas Heinkel He 51 de la Legión Cóndor, realizaban una labor similar. El ruido fue estremecedor. Las estelas de queroseno de los aviones, que se mezclaban con las columnas de humo que se izaban del suelo bombardeado, produjeron un ambiente dantesco. Para las diez de la mañana,

la artillería de la Fiamme Nere tomaba el relevo de los bombarderos. Sus cañones machacaban las posiciones enemigas a ritmo de cincuenta disparos por minuto, como el martillo en la fragua. Muchos milicianos republicanos abandonaron sus posiciones; otros decidieron dejar la vida en ellas, total, les iba a dar lo mismo. La infantería de la Fiamme Nere y de la XXIII de Marzo avanzó metro a metro hacia las trincheras del monte Picones y del cerro Raspaneras en combate feroz. Era la hora del lanzallamas, la bomba de mano, la bayoneta calada, de sentir el aliento del enemigo, de ver el rostro salvaje de la muerte absurda e injustificable. Sólo una densa niebla, que lo cubrió todo a media tarde, para aquella batalla sin alma.

En septiembre las tropas y oficiales del CTV volvieron a pasar por Medina en dirección a La Rioja. Algunos soldados volvieron eufóricos tras la toma de Santander; otros, cabizbajos por el recuerdo del compañero muerto o herido; los menos, por desgracia, no volvieron. Giulio Pasini, el spezzino, el héroe cuyo ideario consistía en aspirar a una medalla, fue uno de ellos. Dejó su vida en el cerro Raspanera. Su padre, Pietro, recibió, tiempo más tarde, la tan ansiada Medalla de Plata al Valor Militar..., pero en su recuerdo.

CAPÍTULO XV

LA GRAN DEPRESIÓN

En el otoño de 1937 Pucci cayó en una profunda depresión. Era un hombre que siempre pisaba suelo, a lo que unía una visión externa y panorámica del acontecer en España, proporcionada por su condición de extranjero y viajero conocedor de Europa. Para esas fechas, la esperanza depositada en ver a la república ganar la guerra, se desvaneció. Pasada la toma de Bilbao por el ejército sublevado, y vista la resolución contundente del Frente Norte en sólo dos meses, veía que la suerte de la contienda estaba clara: no era preciso ser un experto en temas militares. Las Milicias Populares y las Brigadas Internacionales no eran más que un ejército aficionado y desunido, con muchos símbolos y gestos revolucionarios, pero sin conocimientos y experiencia militar. Enfrente de ellos, unos ejércitos profesionales, disciplinados y bien armados. Los gobiernos alemán e italiano habían apostado fuerte a favor de los sublevados, poniendo a su servicio unos recursos que inclinaron la balanza a favor de sus pupilos. El sentido común y la intuición conducían a Pucci a pensar que el final de la guerra sólo tenía una incógnita: ¿cuándo se acabaría?

Acusaba a países europeos, de tradición democrática, de esconder la cabeza bajo el ala y no querer ver lo que estaba aconteciendo en España. Firmaron un pacto de no intervención para librar sus conciencias, mientras, día a día, podían observar cómo una ideología totalitaria eraalzada al poder en el nuevo imperio, con el apoyo de estados a su vez totalitarios y ejércitos mercenarios. Pero en la City de Londres o en la Bolsa de París pesaban más la defensa de sus empresas multinacionales y sus dividendos en España que la defensa de la democracia.

Las ilusiones depositadas en vivir en una tierra hecha de libertad y en paz se esfumaron para Pucci y para todo dios. La España más rancia, compuesta por una derecha rencorosa, un clero mandón, ideólogos sin ideas y tontos útiles, ascendía en la sociedad como la espuma en un cocido. El pueblo llano había quedado sumergido en el fondo de la ciénaga montada por el estamento militar, la aristocracia secular y la Iglesia. Marcando el mismo paso, habían sometido a España a sus deseos durante siglos, y no estaban dispuestos a perder sus privilegios. No permitirían a nadie abrir la boca.

El verano y otoño del 36 habían sido los períodos de los fusilamientos genocidas en los territorios controlados por los sublevados. Casi al mismo tiempo, encarcelaron a todos los sospechosos de afinidad con la república, raparon el pelo y pasearon a sus mujeres e hijas para escarnio público de las rojas, incluso a algunas las obligaron a beber aceite de ricino. Después, en el 37, llegó un segundo tiempo de persecución de inocentes. Fueron las persecuciones laborales y económicas. Los traidores, que no respetaron la Constitución de la

República Española de 1931, por ellos jurada, decidieron perseguir a quienes habían ejercido su derecho a la libertad.

Gran parte de los maestros, pilar básico para sacar al pueblo español de su ignorancia secular, fueron defenestrados, cuando no multados por su simpatía hacia la república.

La creación de las Comisiones Provinciales de Incautación de Bienes fue una aberración jurídica para machacar a quienes habían hecho manifestación de republicanismo, o a quienes no fueron favorables al golpe militar. Terrible contradicción: los golpistas financiaron parte de la guerra con el dinero de muchas personas que jamás la desearon.

La acusación de cualquier cacique municipal, o un simple vecino envidioso, pudo dar lugar a la apertura de un expediente que conllevaba una sanción económica o la expropiación de bienes del acusado, en caso de no poder pagarla. Daba igual en qué partido hubiese militado, o de cuál fuera simpatizante. Para los salvadores de la patria, todos los partidos que constituyeron el Frente Popular estaban llenos de rojos y ateos. El proceso se fundaba en el enjuiciamiento de un comportamiento individual, que, en todo caso, había estado dentro de la legalidad vigente durante la república. Se juzgaban los hechos con retroactividad e indefensión del ciudadano. Era lo mismo que el acusado estuviese vivo, hubiese huido o desaparecido, eufemismo de fusilado, y tirado en una fosa por los golpistas. Tras quince meses de guerra, todo el mundo sabía que en la capital de la provincia, Burgos, habían fusilado al alcalde legítimo de Medina de Pomar, Elicio López-Quintana, y

a los tres ediles de Izquierda Republicana: Gregorio Gallaga, Francisco Zorrilla y Domingo Martínez.

En la segunda represión, los Tribunales de Incautación de Bienes fueron imponiendo multas, con cuantías a su antojo, que dejaron a las familias de los republicanos, en algunos casos, cerca de la miseria y el hambre. Iniciado el procedimiento por cualquier demandante, el tribunal solicitaba el informe del alcalde, el párroco o cura y el jefe del puesto de la Guardia Civil, a propósito de las actividades del acusado contra el Glorioso Alzamiento en los cuatro días precedentes o posteriores al 18 de julio. Un proceso fundamentado en tres opiniones subjetivas. Quien no tuvo alguna persona muy allegada a la Iglesia, al Movimiento o al nuevo Ayuntamiento, estaba condenado de antemano, y fue sancionado.

Veinticinco mil pesetas de condena pusieron a un difunto, una persona honrada por ellos asesinada, Elicio López-Quintana. La muerte no fue castigo suficiente, había que arruinar a su familia. El Café Quintana, en otro tiempo centro de cultura y actividades a favor de la república, fue embargado por el juez de Villarcayo para cubrir la multa.

Pucci, el italiano simpático que apenas dos años antes visitaba el Café Quintana los domingos con su mujer, ahora se plantaba solo y borracho golpeando la puerta cerrada, gritando frases en italiano que nadie conseguía entender. El hombre siempre alegre, comunicativo y dicharachero con todo el pueblo, en unos pocos meses se transformó en un borrachín melancólico y peleón. La resignación de un pueblo ante la

injusticia, produjo en él una situación de abandono y desamparo insoportable.

En aquel tiempo, todas las noches, Pucci paraba frente al Café Quintana aporreando la puerta con sus manos, mientras gritaba colérico. A mí, todavía un chaval, aquella escena se me quedó grabada en la memoria con un recuerdo indeleble. Creo que por aquel tiempo me llegó a dar miedo. Evitaba cruzarme con él por la calle. Gritaba con gestos coléricos, la cara desencajada, los ojos idos, como los locos que no entienden ni son entendidos en su angustia vital. Para una gran parte de personas del pueblo, este cambio suscitó desprecio. Para otros, tal vez los más honrados, produjo una pena honda.

La Guerra Infame, y la represión posterior, dividieron el pueblo en dos: represores y reprimidos, porque no hubo vencedores ni vencidos. Aquella guerra no la ganó nadie; todo el mundo la perdió. La confianza mutua entre vecinos pasó a ser desconfianza. ¿Con quién se podían hacer confidencias en aquel tiempo de barbarie? La solidaridad entre ciudadanos se tornó en individualismo. Surgió el recelo entre los amigos. En algunos casos, quedó como círculo de convivencia la familia; en otros, ni eso.

Cada palo aguantó su vela como pudo ante el feroz envite. Cada mujer, cada hombre del pueblo, se apoyó sobre lo que encontró. Pucci quedó solo; no encontró ideas, ni personas, ni ilusiones a las que asirse.

Hay hechos que quedan grabados en la memoria de un niño como una señal hecha a fuego. Siempre he recordado una

escena terrible que aconteció el Jueves Santo del 38. Finalizados los actos religiosos a primera hora de la tarde, era costumbre exponer al Santísimo en todas las iglesias y capillas del pueblo. En la iglesia del convento de Santa Clara, mausoleo familiar de los Fernández de Velasco, se encontraba el párroco don Marcos. Exponían en el mismo recinto esa tarde a un Cristo en posición yacente de alto valor artístico, atribuido a Gregorio Hernández. Apareció por allí Pucci como si fuese Don Quijote, con los ojos desencajados y la cara de loco que durante aquellos meses le poseyeron. Entró a la iglesia, miró a los presentes y quedó plantado delante del Cristo. Don Marcos se dirigió a él con tono imperativo:

—¡Arrodíllate! Está expuesto el Santísimo.

—¿Por qué me voy a arrodillar? Yo no le he hecho nada, yo no le he ofendido —respondió Pucci.

—¡Arrodíllate!, y pide perdón por tus pecados —insistió el cura.

—Eso es lo que haces tú: primero clavas el puñal y después te confiesas para limpiar tu conciencia. Hace unos pocos años, dabas la primera comunión a los hijos de Elicio. Hace unos pocos días, firmabas un papel para que a su viuda la quitaran el pan de esos huérfanos que acudieron a tu catequesis. Si ofendiste a tu vecino, pide perdón a tu vecino, no te des golpes en el pecho, que no valen para nada.

Se encaminó Pucci a la calle. Cuando estuvo a la altura de la puerta, se volvió y, mirando al cura que aún le contemplaba estupefacto, le dijo:

—¡Qué fácil es pedir perdón a un Cristo de cartón!

Fuera del atrio conventual, preguntó por segunda vez en su vida:

—Ostiefine dove l'anima di questo sacerdote stupido e servile?

* * *

Elsa, la mujer de Pucci, un buen día desapareció del pueblo llevándose a sus tres hijos. A todos los que componían mi pequeño universo de entonces nos pareció normal. Todos los niños del mundo saben cómo es el trabajo de los espías. Cualquier día les llega un telegrama cifrado, diciendo que termina su misión de espionaje, y marchan rápido a otro lugar, intentando no dejar rastro.

Años después, aprendí en el libro de la vida que aguantar a un hombre amargado es muy duro. Entendí que Elisabeth Dittberner, la pareja de hecho de Amilcare Batini, pues nunca contrajo matrimonio con él, le abandonó harta de convivir con él, de acostarse con su conciencia, de soportar su quimera. Sin duda, la daba mala vida a ella y era mal ejemplo para los hijos. También conseguí descifrar qué era lo que decía Pucci en su desesperación ética, cuando aporreaba la puerta del Café Quintana, pero esto lo guardo entre mis secretos y lo contaré más tarde.

CAPÍTULO XVI

TIEMPO DE PROCESIONES Y MISERIA

La marcha de Elsa y sus hijos fue para Pucci un punto de inflexión en su crisis personal. Tocó fondo; llegó al punto en que te ahogas o sales a flote. Cuando se encontró solo, reaccionó. Ir de lobo solitario por el mundo no tenía ningún sentido. La guerra incivil había finalizado, y volver a La Spezia, con los fascistas en el poder, hubiese sido como un suicidio asistido. El panorama se presentaba cada día más complejo por toda Europa, pues de nuevo sonaban tambores de guerra. Al igual que muchos españoles y medineses, tuvo que hacer borrón y cuenta nueva, lanzarse a descubrir otra vida, porque de otra forma no conseguiría sino llegar a un punto de degradación con difícil retorno.

Un hombre de mediana edad y con buena presencia aún estaba a tiempo de rehacer su vida con una mujer. Resurgió el italiano simpático. De nuevo volvió a relacionarse, cuidar su aspecto personal y asistir a las fiestas de Medina y de los pueblos próximos. De este modo, un día conoció a Pilar, una joven cántabra de veintidós años que quedó prendada de él al poco tiempo de conocerlo, y también embarazada. A finales del

otoño de 1939, Pucci y Pilar contrajeron matrimonio en la iglesia de Ogarrio, una aldea del idílico valle de Ruesga, en Cantabria, situado a cincuenta kilómetros de Medina de Pomar, de donde era natural la novia. La nueva pareja se instaló en el hogar viejo, desde donde él continuó ejerciendo su profesión y sus negocios.

* * *

La guerra incivil, aparte de un pueblo dividido por el odio y el rencor, lo que trajo en abundancia fue pobreza, y para algunas familias auténtica miseria. El Nuevo Estado Español se encontraba plagado de adeudos y gente hambrienta. El régimen pagaba las deudas adquiridas con motivo de la guerra a los estados italiano y alemán, a la vez que devolvía los créditos a los banqueros hienas, que financiaron la contienda. Cada avión que bombardeó un pueblo o ciudad del solar patrio, cada bala que mató a un republicano, cada soldado italiano muerto, tuvieron un precio que fue preciso pagar. En el debe quedó un país destruido, un millón de muertos, más de medio millón de exiliados, un ejército próximo al millón de personas y unos pueblos llenos de viudas y huérfanos con hambre y piojos.

Pucci ya había vivido una situación parecida anteriormente en Italia. Pero en España, que era el caso presente, el hecho de ser una guerra civil convertía todo en más cruel y más cutre. La economía española, que habían intentado modernizar y sacar a flote, quedó sumergida con un lastre de plomo: el mismo que mantenía hundido a un pueblo. El nuevo Gobierno, presidido por el general Franco, prohibió los partidos políticos y creó el

partido único, denominado Movimiento, con rango ministerial. Prohibió los sindicatos de clase y creó el Sindicato Vertical, a imitación de las Corporaciones del Estado italiano. Suprimió el derecho de reunión, salvo en las iglesias, a las que era obligatorio acudir. Eliminaron la enseñanza libre, delegándola en las instituciones de la Iglesia.

No precisaron expertos en marketing para promover la imagen del régimen. Copiaron todo directamente de italianos y alemanes. Toda vez que prohibieron el derecho de libre expresión, crearon en su lugar los medios de comunicación del Movimiento. Periódicos y radios para exaltar la figura del Caudillo Francisco Franco, a imitación de la del Duce y el Führer. Prohibieron el derecho de manifestación, excepto cuando ésta era a su favor, que las financiaban. A imitación de los fascistas y los nazis, crearon la Obra de Educación y Descanso para entretener al pueblo en los valores patrios, y la Organización Juvenil Española para disciplinar a los jóvenes en sus horas de ocio. Tuvieron la desvergüenza de intentar alienar hasta a los niños, fundando los Pelayos, a imitación de los balillas italianos. La única diferencia que hubo, a primera vista, con los otros regímenes totalitarios amigos fue que en lugar de camisas negras hubo camisas azules; en vez del fasces romano, o la esvástica teutona, tomaron como símbolos el yugo y las flechas falangistas. Miseria intelectual a la que sometieron al pueblo unos líderes a quienes todo esto no les importaba nada. Los militares y los curas tenían una sola idea, pero muy clara: Aquí mandamos nosotros.

Cuando algún vecino, en voz baja, le comentaba algo a Pucci, éste respondía:

—Este cuento ya lo conozco, lo que no sé es cómo acaba.

La historia que nos muestran habitualmente gravita en torno a caudillos insignes y grandes batallas ganadas. Cuando se escarba en ella, es fácil comprobar que está construida con traiciones que montan una a una, como ladrillos que van alzando un gran edificio inacabado. El general Franco no respetó jamás ni ideas ni personas, so pena de que estuviesen aplaudiendo sus actuaciones. El ideario anticapitalista de José Antonio quedó en bonitos discursos recogidos en libros, al igual que su desprecio por la monarquía. ¿Alguien pensó que Franco haría algo contra la banca o las grandes acumulaciones de capital? Los auténticos falangistas fueron sometidos o perseguidos. Los carlistas, que esperaban una reposición monárquica en la figura de Javier de Borbón-Parma, lo único que llegaron a ver fue al pretendiente expulsado de España. Incluso los integrantes de la Confederación Española de Derechas Autónomas quedaron marcados por su republicanismo anterior y fueron marginados. El régimen se instaló sobre aprovechados y tontos útiles, y se soportó por el miedo y la fuerza.

Medina de Pomar no fue una excepción, y se convirtió en un pueblo gris, triste y aburrido. Las procesiones sustituyeron a los carnavales; las novenas en las iglesias, a los debates políticos en los cafés; la exaltación del caudillo, a las manifestaciones solidarias. A una procesión le seguía otra procesión, a una novena, otra novena, o tal vez un triduo de quienes pedían perdón al Señor. Pecadores ellos, supongo que sabían por qué tenían que pedir perdón, pues los demás, de acuerdo con Pucci, no teníamos que pedir perdón por nada.

* * *

En junio del 40, Pilar y Pucci tuvieron un hijo. La intransigencia del juez de paz impidió que le pusieran por nombre el de su abuelo italiano, Nuncio, y hubo que registrarlo como Anuncio Domingo. El párroco de Medina, al fin, obtuvo su satisfacción de cobarde servil, no de Dios, que era su deber, sino de los ruines como él.

—Por fin vuelve la oveja descarriada al redil —exclamó cuando Pucci fue a la iglesia para bautizar a su hijo.

CAPÍTULO XVII

APRILE DI FUOCO

La Piazza Giuseppe Verdi es un punto de paso obligado en la mayoría de mis paseos por La Spezia. Está situada en el centro de la ciudad, junto al Ayuntamiento. En ella se encuentran el Palacio de la Oficina Postal, el Liceo y la Caja de Ahorros. Es un lugar emblemático, testigo silencioso de importantes hechos históricos acontecidos en el siglo XX. Si un día sus paredes lanzasen el eco de los discursos y las proclamas políticas que en momentos sublimes recogieron, reescribirían la historia con verdades contundentes, como las piedras que las forman.

El 10 de junio de 1940, un mes antes del nacimiento de Domingo Batini en Medina de Pomar, muchos spezzinos se congregaron en la Piazza Giuseppe Verdi. Sobre un tablado, colocado frente al Palacio del Gobierno, se encontraban las autoridades locales y provinciales. El secretario y vicesecretario del Partito Nazionale Fascista, el presidente de la provincia, el prefecto, las autoridades militares. El resto de la plaza la llenaban los fascistas, los curiosos y los ociosos que no tenían otra cosa mejor que hacer, u otro sitio adonde ir con espectáculo gratuito. Unos minutos antes de las seis de la

tarde, por los altavoces colocados en la plaza para este evento, se escuchó la voz de un locutor de radio:

—Camaradas, hoy es un gran día. El día en que los lazos del Eje germano-italiano se consolidan, y el día en que dos camaradas marchan juntos bajo el mismo paso. Pero no eclipsemos a quien realmente merece acaparar hoy todo el protagonismo: Benito Mussolini, el Duce de los italianos.

»¡Soldados, marineros y aviadores! ¡Camisas negras de la revolución y de las legiones fascistas! ¡Hombres y mujeres de Italia, del Imperio y del Reino de Albania! ¡Prestad atención! La hora señalada por el destino ha sonado en los cielos de nuestra madre patria...

Tres razones personales esgrimió el caudillo italiano para conducir a los jóvenes italianos a la muerte: su afán imperialista, su envidia de las potencias extranjeras y su compromiso personal con un alemán trastornado, al igual que él.

Pucci, en Medina de Pomar, también escuchó en diferido el estúpido grito de guerra pronunciado por el Duce. Fue consciente del dolor y la miseria que la guerra traería al pueblo italiano, como había ocurrido con la Gran Guerra, con la de Abisinia, o con la de España; como acontecerá siempre con todas las guerras. Estaba seguro de que la guerra pasaría facturas crueles, y más en una ciudad como La Spezia, que vivía por y para ella. En su incompreensión preguntaba:

—¿Qué le importan al italiano de a pie las colonias, la creación de un imperio o la amistad con un alemán?

* * *

Benito Mussolini había mentido a todos, incluso se mintió a sí mismo. El Regio Esercito no era comparable a los ejércitos de las grandes potencias de Europa, en especial al británico, con el que pretendió medirse en el norte de África. Malamente sirvió para invadir a sus vecinos yugoslavos y griegos, con el apoyo del Führer.

Italianos y alemanes fueron derrotados en el norte de África en los dos primeros años de guerra. Entonces, los Aliados fijaron como siguiente objetivo la península itálica. El rey Víctor Manuel III ordenó la detención de Benito Mussolini, y firmó el 24 de julio de 1943 el armisticio con las fuerzas aliadas. Enterado Hitler, liberó al Duce y envió al ejército alemán a ocupar Italia. Un puzle complejo en el que una parte de Italia unida a los alemanes, conocida como la República de Saló, luchaba contra la otra fracción de Italia monárquica, unida a los Aliados.

La presencia del Arsenal de la Armada y otras fábricas de material militar en La Spezia, unido al hecho de que el ejército alemán dispusiera de grandes almacenes de municiones, hicieron de la ciudad un objetivo preferente durante la Segunda Guerra Mundial. En abril de 1943, empezaron los primeros bombardeos ingleses. Continuaron durante el resto de ese año y del año siguiente. Como balance final, ciento ochenta y dos muertos y cuatrocientos veinticuatro heridos. Cifras de bajas humanas más propias de militares participantes en una batalla que de civiles indefensos que habitan una ciudad.

En abril de 2013, se conmemoró en La Spezia el setenta aniversario de los bombardeos de la ciudad por la aviación aliada. Paseando por la Via del Prione contemplé la muestra de la barbarie pasada. Abrieron los túneles que sirvieron de refugios frente a los bombardeos, se desplegaron por las calles algunos de los cañones antiaéreos de la época y paneles con fotos explicativas.

El impacto visual de las demostraciones de destrucción y muerte que fueron los bombardeos trajo a mi mente, una vez más, el recuerdo de Pucci. Comencé a especular sobre si tuvo conocimiento de estos hechos o no los llegó a saber en su momento. Para entonces, en España empezaban a ver que los Aliados ganarían la guerra, y los bombardeos de La Spezia fueron recogidos por la prensa. En todo caso, estoy seguro de que si no llegó a saberlo por los periódicos, lo intuyó, pues conocía de sobra la importancia militar del puerto e industria de La Spezia.

CAPÍTULO XVIII

ENTRE DOCTORES

La Segunda Guerra Mundial fue extendiéndose por Europa como una enfermedad maligna y contagiosa. Alemania engendró el virus, y fue contagiando, con diversas estrategias, a sus vecinos. La soberbia, la avaricia, la envidia y la ira fueron el conjunto de pecados capitales que llevaron a unos pueblos al desastre. Décadas de políticas imperialistas, de explotación de los más desorganizados e ignorantes, envidias entre las potencias europeas y afán de revancha condujeron a seis años de muertes y sufrimientos de los que pocos estados europeos se libraron.

El sentir del general Franco respecto a la guerra mundial fue una incógnita: jamás supo nadie lo que pensaba. La posición del régimen, por él dirigido, fue incierta y confusa. Externamente estrechó los lazos con Alemania e Italia, y envió a una división de voluntarios para ayudar a los nazis en el frente ruso. Diversos portavoces del Gobierno de España hicieron gestos y manifestaciones de simpatía hacia el Eje durante los primeros años de esta guerra. Pero el hecho real fue que jamás se involucró al Estado español en ella.

La entrada en la Segunda Guerra Mundial de los Estados Unidos de América y las pérdidas sufridas por Alemania en el frente ruso, dejaron claro que los Aliados ganarían la guerra, por lo que el Gobierno de España intentó dejar constancia de su neutralidad, a pesar de que, en todo el mundo, estaba clara su aproximación y admiración hacia los países del Eje. No obstante, España fue quedando apartada en el contexto europeo, y el propio régimen propició la involución, proceso normal si consideramos que los españoles éramos «portadores de valores eternos» y los extranjeros no.

La información que en España facilitaron los medios de comunicación sobre la Segunda Guerra Mundial, en gran parte gubernamentales siguiendo el modelo italiano, fue sesgada y parcial. Conforme fue evolucionando la situación militar, buscaron más la imparcialidad, pero, en todo caso, los términos en que se produjeron las bárbaras invasiones por parte de las fuerzas del Eje, el sometimiento de territorios y personas y el genocidio de minorías étnicas por los alemanes siempre fueron ocultados. Los ciudadanos afectos al régimen del general Franco manifestaron su satisfacción ante las conquistas alemanas, y silenciaron su decepción cuando las batallas, anteriormente victoriosas, tornaron en derrotas. Para los republicanos, la victoria de los Aliados llegó tarde. Los procesos de aislamiento internacional e involución interna sólo trajeron más miseria, más tristeza y una sensación de abandono entre las personas no proclives al régimen.

Al igual que muchos españoles y medineses, Pucci tuvo que hacer borrón y cuenta nueva y lanzarse a descubrir otra vida,

porque, de otra forma, no conseguiría sino llegar a un punto de degradación personal y social.

El Café Quintana volvió a abrir sus puertas y volvieron sus clientes antiguos, salvo los que habían sido asesinados o habían tenido que exiliarse para poder seguir vivos.

Los intelectuales, la gente más culta y preparada de la ciudad, retornaron a su vida social en el Café para quitarse de encima el frío de los inviernos, para consolarse mutuamente, para encontrar un poco de calor humano con que sobrellevar la pena que dejó en el alma la guerra, la tristeza de ver la patria dirigida por una banda de energúmenos que despreciaban el diálogo y la democracia, imponiendo su sinrazón.

Los médicos de Medina de Pomar, don Ramón, don Minervino y don Manuel, siguieron juntándose en el Café Quintana para darse la razón con sus silencios.

—Ya está aquí la jauría —decía don Ramón Leivar por lo bajo, cuando la Radio Nacional iniciaba el parte de noticias de las dos de la tarde.

Pero hasta las paredes tenían oídos, y era menos arriesgado hablar de medicina que de política, ya que eran conscientes de que habían librado la vida por muy poco. Pucci asistía a sus tertulias intentando encontrar algo de razón y cordura en la ciudad.

Le gustaba charlar con don Manuel López Meloz.

—Llevo más de treinta años de ejercicio, en los que he atendido a todas las embarazadas sin distinción de clases sociales. He ayudado a nacer a todos los niños. Si he podido cobrar por mi trabajo, he cobrado, pero en otras ocasiones, sabiendo que no podría cobrar, he atendido igual. He luchado para conseguir una sociedad más justa, más igualitaria, más solidaria. Jamás pensé que llegaría a ver esto, la evolución negativa del género humano. Una sociedad de castas encabezada por los militares y el clero.

Don Manuel falleció el 29 de octubre de 1942. Cuando Pucci le preguntó a don Ramón de qué había muerto el doctor Meloz, le respondió:

—De pena.

—Usted es médico y sabe que de pena no se muere, uno muere de alguna enfermedad —le contestó Pucci.

—No, te equivocas. La pena, la tristeza, la amargura, son enfermedades del alma, y cuando se inflaman también matan.

Los maestros apenas volvieron al Café Quintana. A todos les bajaron el sueldo y dejaron sus economías domésticas al borde de la pobreza. Quienes disponían de una familia que alimentar, se vieron en la necesidad de ejercer el pluriempleo. Fue frecuente ver al maestro, después de cerrar la escuela, plantando hortalizas o recogiendo frutas en la huerta.

Enseñar en libertad había sido un delito, y fue un castigo colectivo ejemplarizante para que lo apreciase todo el pueblo. A título individual fue uno de los colectivos más represaliados,

pues a los que no mataron, como transmisores de ideas izquierdistas, les pasaron por una comisión depuradora que, en función de informes personales, pudo conducirles a traslados forzosos o a la separación del servicio.

CAPÍTULO XIX

VOLVER A LA SPEZIA

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, se abrió un nuevo tiempo para Europa, al que Italia se sumó igual que el resto de naciones anteriormente contendientes.

European Recovery Program fue el plan de choque económico-financiero promovido y sostenido por los Estados Unidos para impulsar la economía de los estados participantes en la Segunda Guerra Mundial. Conocido con el nombre de su promotor, el Secretario de Estado de los EE. UU., el señor Marshall, supuso que, finalizados los cuatro años de duración (1948-1951), todos los países europeos acogidos volvieran a los niveles económicos previos a la guerra, salvo Alemania. Los gobernantes de EE. UU., con buen criterio, pensaron que la estabilidad social y política en Europa sólo llegaría eliminando el hambre, la pobreza y la desesperación que aportó la Segunda Guerra Mundial al conjunto de sus habitantes. Reactivaron la producción de los campos devastados para dar de comer a la población, levantaron edificios y ciudades destruidas y reconstruyeron las industrias. El plan forzó a abrir fronteras entre países europeos, y eliminar conceptos de

aduanas entre estados vecinos. Gran parte de los créditos no fueron a fondo perdido. Al recoger las devoluciones de particulares, se volvieron a prestar, generando una espiral de financiación durante décadas. Con todo ello se inició la época de mayor crecimiento económico y social que ha conocido el Viejo Continente.

El Plan Marshall fue uno de los mejores ejemplos de inteligencia que han dado los políticos durante el siglo XX.

Los enemigos, antes feroces, intentaron vencer sus razonables recelos y desconfianzas mutuas para iniciar la búsqueda de un camino de futuro para todos.

España, apartada en gran medida por la voluntad de sus gobernantes, de la Europa democrática y civilizada, quedó sumida en la pobreza; a una década de miseria económica y social, empezó a sucederle otra. La década de los 40 fueron diez años de sufrimiento en silencio, porque si alguien tuvo la osadía de abrir la boca, se la partieron. El poder económico quedó en manos de los poderosos que habían colaborado con el bando sublevado; la educación, en manos de la Iglesia española, que para eso se había decantado a favor de la cruzada.

Pucci, a pesar de vivir alejado de cualquier gran ciudad, sabía que vivía en el país de los militares y los curas, siendo consciente de que esta situación, a corto y medio plazo, no iba a cambiar. Como todo ser racional, y tal vez irracional, era conocedor de que el tiempo de nuestra vida, de la existencia de cada uno y de la suya, se acorta. Llegado el otoño de la vida,

quería morir algún día en libertad. Permanecer en España era como estar en la cárcel, una muerte en vida.

Una tos, una puñetera tos que no cesaba, le hizo visitar a su médico, y éste fue el primer confidente conocedor de sus intenciones de futuro.

—¿Por qué quiere volver a Italia? —le preguntó don Ramón, el médico.

—Tengo razones para marchar y también algunas para quedarme, pero lo que más puede es el sentimiento, y contra eso no hay muchas explicaciones —respondió Amilcare, mirándole fijamente, mientras hacía el signo de negación con la cabeza. Tras una pausa continuó—: Desde que acabó la guerra, estoy dándole vueltas a esta idea en la cabeza. He pedido un informe de la policía italiana a través del Consulado de Bilbao y me han dicho que no hay cargo alguno contra mí. El cuento del fascismo por fin se acabó, de mala manera, como era previsible, pero se acabó. ¿El del franquismo hasta cuándo durará? Llevo media vida sin ver La Spezia. Quiero que mis hijos vivan en una tierra de libertad, y algún un día quiero morir yo allí.

»Dicen los que vuelven de América que cuando regresan a España no saben de dónde son. Suelen estar confusos y andan con el corazón dividido. Cuentan que no tienen claro si son de aquí o de allí. Cuando estaban allí, les decían que eran de España, y aquí les dicen que son sudamericanos, sobre todo por el acento cadencioso que toma su habla.

»Hablando claro, después de tres años pensándolo, cada vez que hago balance, resulta que tengo más razones para quedarme que para irme. Mi mujer y mi hijo son de aquí, y en este pueblo tenemos muchos amigos. Tengo un trabajo que no me va mal, o al menos no peor que a los demás, llegándonos para comer todos los días. Italia aún está en período de reconstrucción, dicen que con un prometedor futuro. Las fábricas de armamento de La Spezia están casi paradas, aunque puede que algún día pasen a producciones civiles. El turismo tiene un gran porvenir. El futuro en Italia es más incierto que aquí, pero la certeza de aquí es desoladora: admitir sin fecha fija la pobreza económica y moral. Noto que algo me llama. Está claro que soy italiano, y algún impulso que no controlo me pide volver. Tal vez sea que pronto hará trece años que vine a Medina de Pomar, trece años de mala suerte que no quiero cumplir.

—Tal vez sea eso, la llamada ancestral de la tierra —dijo don Ramón mientras se quitaba el fonendoscopio de los oídos—. ¿Desde cuándo llevas con un soplete en la mano?

—Desde que era un chaval y me enseñaron a soldar.

Don Ramón continuó, casi sin esperar una respuesta que conocía.

—Bueno, Batini, te contaré: los humos de las soldaduras y las minas de carbón pasan facturas negras. Deberías soldar con mascarilla. El daño que llevas en los bronquios de los pulmones es ya irreversible, pero si te cuidas aún podrás vivir algunos años más.

Por primera vez en su vida, Amilcare Batini no salía corriendo de una ciudad, abandonando un lugar con la prisa impuesta por el edicto de un juzgado, o un documento de búsqueda de la policía. Esta vez hizo las cosas con tiempo. Avisó de su próxima partida a su aprendiz, Gerardo Diego. Éste se quedaría como continuador del negocio de fontanería. Llevaba unos años con él aprendiendo el oficio de fontanero, era trabajador y saldría adelante solo.

Ya puesto a dejarle, le dejó su apodo mal puesto, «Pucci», aunque fuese contra su voluntad. Los hermanos Agustín y José Huidobro le compraron el carrito para la venta de helados y la maquinaria precisa para elaborarlos; incluso dedicó un tiempo a enseñarles cómo se hacían.

Yo para entonces ya había crecido por fuera y por dentro. Era un joven veinteañero que se rebelaba continuamente contra un sistema social fundado exclusivamente en el principio de autoridad, sin explicaciones ni razonamientos. Estaba limitado por órdenes y mandatos, desde que me levantaba hasta que me acostaba; sólo era propietario de mis sueños.

Sé que estuve a un paso de entender el secreto del italiano, pero por ese afán que tiene la juventud de descubrir por uno mismo, de andar un camino en solitario y tropezar cuantas veces sea preciso, me perdí.

Un día vi marchar a Amilcare con Pilar y Domingo. No eran rubios ni pelirrojos, tenían la tez morena, latina. Llevaba las mismas maletas viejas que él trajo hacía trece años menos un día. Otra vez iban cargadas de sueños, esta vez más, si cabe.

Llenas de los sueños nuevos que siempre acompañan al emigrante que retorna, que regresa a su patria, a su pueblo, para volver a tomar entre sus manos todos los sueños de su infancia.

CAPÍTULO XX

EL REGRESO

La víspera de abandonar La Spezia, fuimos en autobús a Porto Venere por una carretera estrecha y plagada de curvas. La choferesa conducía tranquilamente, mientras nosotros cerrábamos los ojos aterrorizados para no contemplar un inminente choque con el vehículo que venía de frente en cada curva. La conductora conocía, como el pasillo de su casa, el trazado sinuoso de la carretera y la capacidad de maniobra del automóvil, que dirigía sin alterarse.

Una vez bajados del autobús, sentados en un banco del puerto, comentábamos el azaroso viaje. Sobre todo las ventajas de llegar a La Spezia en ferrocarril con tranquilidad. Un lugareño, que escuchó nuestra conversación, intervino diciendo:

—*Il Golfo dei Poetiper arrivare al mare, allora egli ti avvolge come un amante.*³¹

31 Al Golfo de los Poetas hay que llegar por la mar, entonces te abraza como una amante.

Ahora estoy seguro que Amilcare Batini llegó a La Spezia por mar, buscando el abrazo de la familia, de los viejos amigos, de los compañeros de la escuela, de los conocidos del barrio, y preguntó por todos los viejos anarquistas que conoció algún día en La Spezia o en el exilio.

Encontrar a algún descendiente de Amilcare Batini fue un ejercicio más de paciencia. La única pista que disponía de la familia que tuvo con Elisabeth Dittberner se perdía en Giessen, Alemania, en 1957. A la dificultad propia del idioma, se unía la posibilidad de que Rosa María o Margarita hubiesen contraído matrimonio, ya que, en tal caso, no dispondrían del apellido de solteras. El modo más fácil de encontrar a algún descendiente, me pareció que sería buscarlo en el entorno de La Spezia.

El apellido Batini no es muy frecuente en Italia, y la mayor parte de las personas que lo portan se concentran en Liguria. Buscando en las guías de teléfonos, fui encontrando las direcciones. Escribí a todas las personas con dicho apellido, incluso a alguna con domicilio fuera de Liguria, con la idea de localizar a Domingo Batini o a algún descendiente suyo. Meses más tarde, una mujer me contestó por correo electrónico presentándose como hija de Amilcare Batini y hermana de Domingo Batini.

Rosina fue el capricho de Amilcare. Nació cuando éste ya estaba asentado en La Spezia. Tal vez vino al mundo para borrar el recuerdo de Rosa María y Margarita, las dos hijas que tuvo con Elisabeth, una bilbaína y otra medinesa. Para cuando Rosina nació, Amilcare ya estaba seguro de que jamás volvería a ver a sus hijas, incluso puede que bastante antes.

Regenta María Rosa una hosteria en Folio, La Rosa de María Rosa Batini, un pueblo tranquilo muy próximo a La Spezia. Apenas habla castellano. Supongo que su madre, Pilar, pensó que no lo necesitaría para nada. Seguro que es más útil hacer bien el pesto. Me consta que lo hace muy bien. Dice que no recuerda mucho de su padre, que murió joven, al menos para ella, porque entonces todavía era una niña y apenas si pudo disfrutar de su presencia y sus consejos. Más joven, aunque bastantes años después, murió su hermano Domingo. Me cuenta que en más de una ocasión oyó decir en casa a su padre que lo había pasado muy mal en su vida por motivos políticos. Es frecuente que quienes sufrieron la guerra civil de España no quieran hablar de ella. ¿Para qué recordar el dolor? ¿Para sufrir dos veces?

Su madre, Pilar, volvió algunos veranos a Ogarrio, en el valle de Ruesga, su pequeña patria chica. La llamaban La Italiana, pero esto aún no se lo he dicho.

La pregunto a Rosina sobre qué hizo Amilcare cuando volvió a La Spezia. Un hombre tan activo, seguro que emprendió más de una actividad. Me contesta diciendo que su padre se instaló como fontanero. Montó todas las instalaciones hidráulicas de un gran edificio, pero no le pagaron y quedó arruinado. En aquel proyecto dejó enterrados todos sus ahorros hechos en España. Pensó entonces en acudir a algún viejo conocido del período en que estuvo en París, integrante años más tarde del primer Gobierno de la República Italiana, a quién en una ocasión Amilcare le sacó de un apuro. Pero al final, después de darle vueltas al asunto en la cabeza, desistió de su primera idea

de llamarle y pedirle auxilio. Su dignidad se lo impidió. La dignidad de un luchador anarquista.

Nunca fue hombre al que las adversidades rindiesen fácil. Con una barca empezó a realizar transportes de personas por el Golfo dei Poeti.

CAPÍTULO XXI

ALGUNOS VIEJOS AMIGOS Y OTROS CONOCIDOS

La transformación política de que fue objeto Italia con la llegada de la República fue un hecho histórico sin parangón. El paso realizado por millones de italianos del fascismo a la democracia, de la imposición a la participación, de la obediencia ciega al diálogo, dejó clara la raza y el instinto de los supervivientes. El salto sin red de muchos políticos entre partidos estuvo iluminado directamente por el Espíritu Santo. Para Amilcare todo era comprensible, salvo este último aspecto. Contempló, indignado, cómo los políticos anteriormente fascistas pasaron a engrosar las filas de partidos que ahora se ofrecían como defensores de la democracia frente a la izquierda. Nadie pagó deudas, nadie cobró peajes; la magnificencia de la nueva República permitió que los hasta ayer opresores del pueblo, torturadores de sus adversarios políticos, se sentasen en los mismos foros políticos que los enemigos proclamados. Los perseguidores se sentaron en la misma cámara frente a los perseguidos anteriormente. De la noche a la mañana, pasaron de ser sostén de una dictadura a dar lecciones de democracia.

* * *

Supo Amilcare, por sus amigos, que Pasquale Binazzi siempre permaneció en La Spezia, salvo cuando estuvo preso o deportado por el Gobierno fascista. Colaboró con los partisanos, pero murió un año antes de poder ver la Italia liberada. Falleció en 1944.

Vittorio Cantarelli y Amilcare Batini, durante años, desconocieron sus respectivos destinos, pero ambos tuvieron la intuición de que volverían a encontrarse en La Spezia. Vittorio llegó antes que Amilcare porque se encontraba más cerca, pero dando un rocambolesco rodeo. Fue arrestado en 1941, cuando entraron los nazis en Polonia. La pregunta que se hicieron fue: ¿Qué hacía un italiano allí? Consultaron a la Organizzazione per la Vigilanza e la Repressione dell'Antifascismo, y fue entregado a las autoridades italianas por requerimiento de éstas. Fue juzgado por un tribunal especial, y condenado a treinta años de cárcel por el intento de asesinato de Benito Mussolini que hizo Angelo Sbardellotto. En San Gimignano estuvo cumpliendo condena hasta el fin de la guerra, cuando fue liberado. Volvió a La Spezia y se integró en la Federazione Comunista Libertaria dell'Alta Italia. Tras años de rodar por Europa, de dejar compañeros, amigos y sentimientos regados por distintos países, optó por volver a Bélgica, donde murió en 1957.

Pensó Amilcare, entonces, en aquella charla que había mantenido poco tiempo antes con don Ramón, el médico de Medina de Pomar:

«Uno se pasa media vida de aquí para allá, y al final no sabe de dónde es; es de todos los lugares por donde pasó y de ninguno en concreto.»

Paseando por la parte alta de la ciudad, un día se encontró cara a cara con Mario Berti. El general se encontraba en La Spezia jubilado desde 1943, cuando la Italia liberada firmó el armisticio. Amilcare recordó cómo en España fue ascendido a comandante general del CTV por petición expresa de Franco, a finales de 1937, cuando el general Ettore Bastico regresó a Italia. Amilcare, el hombre siempre simpático y dicharachero, no quiso perder la oportunidad de cruzar algunas palabras con él:

—General, ¿se acuerda de mí? —preguntó.

—No, ahora no caigo, comprenda que bajo mi mando he tenido a muchos miles de hombres.

—Nunca tuve la desgracia de tener que estar bajo sus órdenes. Por fortuna, siempre tuve la cordura de no incorporarme a un ejército. Soy el soldador que vivía en España, a quien usted calificó como puzzo en un pueblo de Burgos, algunos días antes de la batalla de Santander.

—Ahora recuerdo. Al momento me di cuenta de que un paisano mío allí sólo podía ser un antifascista escondido. Agradézcame que no quisiera complicarle la vida. Si lo hubiese denunciado a las autoridades españolas, lo hubiesen ejecutado inmediatamente. Los españoles eran de gatillo fácil.

—Muchas gracias. ¿Pero qué hubiese sacado con ello? ¿Un muerto italiano más?

—Tiene razón. Siempre la tuvieron los antifascistas, pero los militares nos dedicamos a cumplir las órdenes de quienes detentan el poder. A veces defendemos la paz, y otras hacemos la guerra a la que cualquier loco nos envía. Siempre mantuve que no debimos de entrar en una conflagración contra Gran Bretaña.

—¿Por qué no reconoce que nunca debieron de entrar en guerra alguna?

Días después de este encuentro, preguntó por el general Berti a alguna persona de La Spezia que seguía su pasado. Amilcare se enteró de que Mario Berti fue Jefe del Estado Mayor a la entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial. Su participación en el norte de África estuvo inmersa dentro del fracaso colectivo que fue la estúpida invasión de Egipto. El propio Mario Berti había manifestado que el ejército italiano no estaba preparado para ello. Cuando se va perdiendo, todo el mundo echa balones fuera, se culpa a los demás de incompetentes, antipatriotas, etc. La aventura africana trajo consigo un cruce de acusaciones entre generales que concluyó en 1943. Berti abandonó el Ejército y cesaron las rencillas y pleitos militares. Desde entonces se convirtió en una sombra que vagaba por las calles altas de La Spezia, sin llegar a entender por qué pasó media vida de guerra en guerra, en países y batallas que nunca fueron su patria ni su lucha.

Poco tiempo después, fue descubriendo el paradero de aquellos militares que once años antes conoció en Medina de Pomar. Supo que el general Annibale Bergonzoli, héroe de la Guerra di Spagna, fue el jefe del XXIII Cuerpo de Ejército con destino en Egipto, al igual que Berti. Tras la derrota del ejército italiano en Beda Fomm, escapó andando durante ciento veinte kilómetros con algunos soldados hasta Tobruk, pero el 7 de febrero la ciudad fue tomada por la 6ª División australiana, cayendo él prisionero. Lo llevaron primero a la India y después a EE. UU., pues se negó a integrarse en el Ejército de la Italia libre y a luchar contra sus antiguos compañeros fascistas, a pesar de que él nunca perteneció al Partido Fascista. Finalizada la Segunda Guerra Mundial, pudo regresar a Italia, y residía en Cannobio desde 1946. En algunas ocasiones aparecía en la prensa como presidente de la Asociación Nacional de Excombatientes Italianos en España. Sin duda, la medalla de plata que le impuso el general Franco continuaba pesando mucho.

Fueron muchos los italianos que pasaron en algún momento por Medina de Pomar, y cuyo destino Amilcare fue encontrando por distintos medios.

Lamberti Sorrentino, el fascista perfecto, amigo del conde Ciano, fue detenido por los nazis en Budapest a la caída del fascismo. Pasó un año preso, soñando en el campo de concentración de Mauthausen, hecho que le obligó a reflexionar. A partir de entonces reconoció el valor de la persona como individuo único, frente al alineamiento colectivo. Su pensamiento político era afín a la izquierda, pero sin pronunciarse por corriente alguna. Sus artículos en

periódicos y revistas, sus opiniones vertidas, su propia vida, empezaron a reflejar a un hombre independiente, con criterios propios, una persona de ésas que jamás gustan a los políticos de cualquier signo, porque no trabajan para su propaganda ni la de sus ideas. Pero los reconocimientos que no obtuvo de los políticos los obtuvo del público y de los compañeros. Finalizada la Segunda Guerra Mundial, sus libros y artículos en periódicos y revistas eran valorados por todos.

Estando Amilcare llamado por la muerte, en 1958, aún el destino le guardaba una sorpresa antes de llevárselo. Davide Lajolo, aquel muchacho que defendía en España al fascismo y sus valores con ardor, se presentaba como candidato a la Cámara de Diputados de la República Italiana por el Partido Comunista. Cuando Amilcare conoció la noticia, tuvo que frotarse varias veces los ojos, no podía ser el mismo. Sí lo era, Davide Lajolo, *il voltagabbana*³², que había cambiado bastantes años antes el fascismo por el comunismo, y combatido como partisano contra sus antiguos compañeros.

32 El tráfuga.

CAPÍTULO XXII

CARTA PÓSTUMA

Tras unos años de intensa búsqueda, creo que por fin conocí alguna de las verdades con las que se construyó un hombre. Fue preciso desechar el estereotipo de italiano jovial y simpático, eso sólo servía para una fotografía; imprescindible aparcarlo y encontrar a la persona que había detrás. Para ello tuve que buscar y hallar los principios sólidos que soportan a una persona, fuertes como las piedras sobre las que se asienta una catedral. El esfuerzo, el valor, el tesón, la solidaridad, son valores que Amilcare Aristide Batini aprendió durante su infancia en La Spezia, maduró en Bélgica y ejerció en España.

Ahora que por fin sabía algo de Amilcare Aristide Batini, me hubiese gustado hablar con él, charlar cara a cara, reírnos de los dictadores, de los profetas, de las mil historias edificadas con mentiras, de las convicciones firmes que sólo aportaron muertos, exilios, exclusión, pobreza y miseria espiritual; de un mundo de locos que intentaban aparentar cordura fundándose en el autoritarismo, triste legado que dejó la primera mitad del siglo XX. Pero esta conversación ya no es posible.

Por ello, antes de partir de La Spezia, decidí enviarle esta carta postuma.

Caro amico:

Ho mantenuto durante la mia infanzia ricordo di voi in unascatola. Conservato gelosamente, come se il tesoro di un vecchio capitano deipirati. Per anni mi sono rifiutato di aprirlo. Sembrava di andaré oltre i fatti, perseguiré le persone esaminare una ad una le ragioni di comportamenti individuali e collettivi degli anni passati era una sorta di tradimento di tutti, me compreso, Linventario é stato fatto e scritto la storia, per lopiü dimenticati. Finché un giorno ho capito che la specie umana e quindi la societa si evolve solo quando siamo critici di tutto e di tutti, a cominciare da noi stessi. La lealta verso gli altri e se stessi richiede rivedere le idee e fatti, di riconoscere gli errori e cambiare posizione,

Quando mi sono liberato dipregiudizi e cercato per te, hofinito per trovare te, Ho trovato Vuomo indignato per la mancanza di liberta, giustizia, solidarieta e uguaglianza. Sentiré la tua voce che grida contro il conformismo, la mitezza, il cinismo sociale, chiedendo dignita per tutti e per tutti.

Mi ci sono voluti anni per capire il vostrogrido angosciato di fronte al Café Quintana. Ma finalmente so quello che hai chiesto sulpunto di barbarie e crudelta, di provocare guerre che non dovrebbe mai avereper accadere.

So solo che la vita passa come un fuoco d'artificio davanti ai nostri occhi, dopo la notte successiva batterà perso la sua magia, lasciandoci soli nel buio, chiedendosi:

Cosa stai facendo lì? Cosa faccio qui? Quello che abbiamo tutti a guardare il cielo? Basta tenere lo spirito, il ricordo intimo di ogni persona che la morte si insinúa nel dimenticatoio, come il vento sta prendendo il fumo dal fuoco.

Al di là di dove si sta, regolando le grondaie di luna piena, con gelato alla vaniglia per raffreddare il solé o il trasporto la vostra barca da stella del college che brilla Lerice a Porto Venere.

Oggi voglio che tu sappia che il tuo spirito non è scomparso, non sono riusciti a cancellare dalla faccia della terra. E (la tua voce che rompe il cielo di notte, le tue parole scorrevoli attraverso i tetti della città cadono attraverso le vecchie strade di chiamata e prendo a gridare:

Giustizia e Libertà!

Querido amigo:

Guardé durante mi infancia tu recuerdo en una caja. La conservé con celo, como si fuese el tesoro de un viejo capitán pirata. Durante años me negué a abrirla. Me

pareció que repasar los hechos, enjuiciar a las personas, examinar uno a uno los motivos del comportamiento individual y colectivo de años pasados era una especie de traición a todos, incluido a mí mismo. El inventario ya estaba hecho, y la historia escrita, para los más, olvidada. Hasta que un día entendí que la especie humana, y por ende la sociedad, sólo evoluciona cuando somos críticos con todo y con todos, empezando por nosotros mismos. Que la lealtad a los demás y a uno mismo obliga a repasar las ideas y los hechos, a reconocer errores y a cambiar posturas.

Cuando me deshice de prejuicios y te busqué, acabé encontrándote. Hallé al hombre indignado ante la falta de libertad, de justicia, de solidaridad, de igualdad. Escuché tu voz, que clamaba contra el conformismo, la mansedumbre, el cinismo social, pidiendo dignidad para cada uno y para todos.

He tardado años en entender tu grito angustiado en la puerta del Café Quintana. Pero por fin sé lo que pedías en la antesala de la barbarie y la crueldad, de los provocadores de guerras que nunca debieron acontecer.

Sabes, igual que yo, que la vida pasa como unos fuegos artificiales ante nuestros ojos; tras el siguiente pestañeo, la noche ha perdido su magia, quedándonos solos en la oscuridad, preguntándonos: «¿Qué haces tú ahí? ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué hacemos todos mirando al cielo?». Sólo permanece el espíritu, el recuerdo íntimo de cada

persona que la muerte arrastra al olvido, como el viento va llevándose el humo del fuego.

Allá en donde estés, ajustando los canalones de la luna llena, haciendo helados de vainilla para refrescar al sol, o transportando en tu barca a colegiales desde la estrella que alumbra Lerice a la de Porto Venere.

Quiero que sepas hoy, que tu espíritu no ha desaparecido, no han conseguido borrarlo de la faz de la tierra. Es tu voz la que rompe el cielo por las noches, tus palabras las que resbalan por los tejados de la ciudad, caen resonando a las viejas calles medievales y yo las recojo para gritar contigo:

¡Justicia y Libertad!

ANEXO GRÁFICO

BOLLETTINO delle RICERCHE

ANARCHICI ITALIANI residenti negli Stati Uniti America

1. ALBERTI Francesco di Antonio e di Elisabetta Maria.  nato il 15. 11. 1874, residente a New-York.	8. ALBERTI Enrico di Giuseppe e di Maria Rosa.  nato il 19. 11. 1874, residente a New-York Detroit Michigan.
2. ALBERTI Francesco di Antonio e di Elisabetta Maria. nato il 15. 11. 1874, residente a New-York.	9. ALBERTI Enrico di Giuseppe e di Maria Rosa. nato il 19. 11. 1874, residente a New-York Detroit Michigan.
3. ALBERTI Francesco di Antonio e di Elisabetta Maria. nato il 15. 11. 1874, residente a New-York.	10. ALBERTI Enrico di Giuseppe e di Maria Rosa. nato il 19. 11. 1874, residente a New-York Detroit Michigan.
4. ALBERTI Francesco di Antonio e di Elisabetta Maria. nato il 15. 11. 1874, residente a New-York.	11. ALBERTI Enrico di Giuseppe e di Maria Rosa. nato il 19. 11. 1874, residente a New-York Detroit Michigan.
5. ALBERTI Francesco di Antonio e di Elisabetta Maria. nato il 15. 11. 1874, residente a New-York.	12. ALBERTI Enrico di Giuseppe e di Maria Rosa. nato il 19. 11. 1874, residente a New-York Detroit Michigan.
6. ALBERTI Francesco di Antonio e di Elisabetta Maria. nato il 15. 11. 1874, residente a New-York.	13. ALBERTI Enrico di Giuseppe e di Maria Rosa. nato il 19. 11. 1874, residente a New-York Detroit Michigan.
7. ALBERTI Francesco di Antonio e di Elisabetta Maria. nato il 15. 11. 1874, residente a New-York.	14. ALBERTI Enrico di Giuseppe e di Maria Rosa. nato il 19. 11. 1874, residente a New-York Detroit Michigan.

landini Rosa, nato a Arezzo
1866; occhi cerulei; mento
capelli castani; fronte

o e Sicario Anna, nato a
1891, sarto. Statura media;
prominente; viso poligonale
avo medio; fronte
linea grande; corporatura

do Rosalia, nato a Palermo
e tabacchi. Statura 1,70;
; viso tondo; naso
; fronte sporgente; bocca
alla gota destra).

onica, nato a Montalone
Statura bassa; occhi
lignale; naso concavo;
te intermedia; bocca

63. **BARRETTI** Giulio Cesare fu Alberto e fu Clelia Benedetta, nato a
Goletta (Tunisi) 13-6-1886, direttore di giornale. Statura
media; viso roseo; capelli brizzolati; corporatura robusta.
(Mancata fotografia).

64. **BATINI** Amilcare di Nunzio e Bedini Rosa, nato alla Spezia
23-10-1896, stagnino. Statura alta; occhi castani; mento
ovale; viso bruno; naso rettilineo; capelli castani
ondulati; fronte alta; bocca media; corporatura snella.

65. **BIBBI** Bruno di Domenico e Così Cesira Ermellina, nato ad Avenza
(Massa Carrara) 5-7-1901, meccanico. Statura 1,65; occhi
castani scuri; mento a punta; viso bruno oblungo; naso
rettilineo lungo; capelli castani ondulati folti; fronte
bassa; bocca larga; corporatura robusta; (favella difettosa
nell'8°).

66. **BIBBI** GINO di Carlo e Paglini Gioconda, nato Avenza di Carrara
(Massa) 5-2-1899, ingegnere. Statura 1,60; occhi castani;
mento ovale; viso ovale; naso arricciato; capelli castani
scuri ondulati; fronte regolare; bocca piuttosto larga;
corporatura regolare.

67. **BREGLIANI** LUCA di Luigi e Curti Margherita, nato a Ospedaletto
(Imperia) 6-10-1901. Statura media; occhi castani; viso medio;
naso medio; capelli castani; fronte alta; bocca media;
corporatura media.

68. **BRUZZI** Pietro di Luigi e Colombini Maddalena, nato a Maleo
(Milano) 20-3-1888, meccanico. (Mancano connotati).

69. **CANTARELLI** Pietro di Luigi e Giuseppina Scaramuzzi, nato a
Quarona Varallo (Vercelli) 19-9-1871, pittore. Statura 1,60;
occhi castani; mento tondo; viso ovale; naso giusto; capelli
castani; fronte regolare; bocca media; corporatura regolare.

BOLLETTINO delle RICERCHE, de treinta y un páginas, con cuatro listas
donde constan los datos personales de cerca de mil anarquistas italianos
residentes fuera del país. En la Hoja 6, del Listado N.º 2 DI ANARCHICI
ITALIANI RESIDENTE ALL'ESTERO, en el número de Orden 64i
aparece referenciado el protagonista de esta historia.



Il Libertario y Giustizia e Libertà, dos periódicos anarquistas italianos de la época.

Série A. — Juillet 1932.			Reeks A. — Juli 1932.		
ÉTRANGERS "EXPULSÉS" PAR ARRÊTÉ ROYAL.			BIJ KONINKLIJK BESLUIT-UITGEZETTE VREEMDELINGEN.		
Ces étrangers doivent, en cas de rentrée dans le pays, être mis à la disposition de l'autorité judiciaire en vue de poursuites ban d'expulsion.			à la disposition de l'autorité judiciaire en vue de poursuites ban d'expulsion.		
Zoo dese vreemdelingen in het land terugkeeren moeten zij met het oog op hunne vervolging wegens			ter beschikking van de rechterlijke overheid worden gesteld vervolging van het uitsluitingsbevel.		
NOM DU DOSSIER.	NOM ET PRÉNOM.	LIU DE NAISSANCE.	DATE DE NAISSANCE.	DATE DE L'ARRÊTÉ.	Observation.
N°	SAEN EN VOORNAEM.	GEROONTEPLAATS.	GEBOORTE-DATUM.	DATUM VAN HET BESLUIT.	Opmærkingen.
A 47015	Alkhas, Voldemar.	Narva-Jacobi (Est.).	25-11-1906	4-7-1932	
4668015	Amadio, Antonio.	Geneva (It.).	5-10-1910	12-7-1932	
1589214	Anic, Kuzma.	Blato (Yougosl.).	24-3-1906	15-7-1932	
1561514	Anzelm, Tullio.	Roma (Roma-It.).	12-4-1880	10-10-1929	alias Capitani.
4464750	Baczkiewicz, Stanislas.	Szczepkowo (Pol.).	3-5-1908	17-3-1932	
A 50187	Bagnino, Teresa.	Alexandria (It.).	22-2-1902	25-1-1932	
4521144	Batini, Amilcar.	Spezia (It.).	25-10-1895	14-6-1932	
A 55406	Bello, Joseph (Jozef).	Oslu (Norv.-Noorw.).	4-3-1904	27-4-1932	alias Joseph; Bo.
A 55292	Betoli, Amour ben Brahim.	Oudley-Gedma (Alg.).	2-6-1901	3-6-1932	
4495694	Bianco, Joseph-Fragnello (Jozef).	Carino (Esp.-Span.).	7-4-1903	30-4-1932	
A 55456	Bo, Joseph Beto (Jozef).	Oslu (Norv.-Noorw.).	4-3-1904	27-4-1932	alias Bello; Joseph.
4510950	Bocart, Humbert.	Noto (It.).	28-10-1885	24-6-1931	
A 6078	Bombard, Edouard-Rueol (Edouard).	Bordeaux (Fr.).	8-1-1900	1-7-1932	
1579115	Burszyn, Mosek.	Siedlce (Pol.).	30-12-1898	14-7-1932	

Listado en el que aparece la orden de expulsión de Amilcare Batini de Bélgica. Julio de 1932.

CONFIDENTIEL — VERTROUWELIJK

MINISTÈRE DE LA JUSTICE
MINISTERIE VAN JUSTITIE

DIRECTION GÉNÉRALE DE LA SÛRETÉ PUBLIQUE
ALGEMEEN BESTUUR DER OPENBARE VEILIGHEID

3^e Direction — 3^e Bestuur

LISTE
DES
ÉTRANGERS EXPULSÉS OU RENVOYÉS DE BELGIQUE

LIJST
DER
UIT BELGIE VERWIJDERDE VREEMDELINGEN

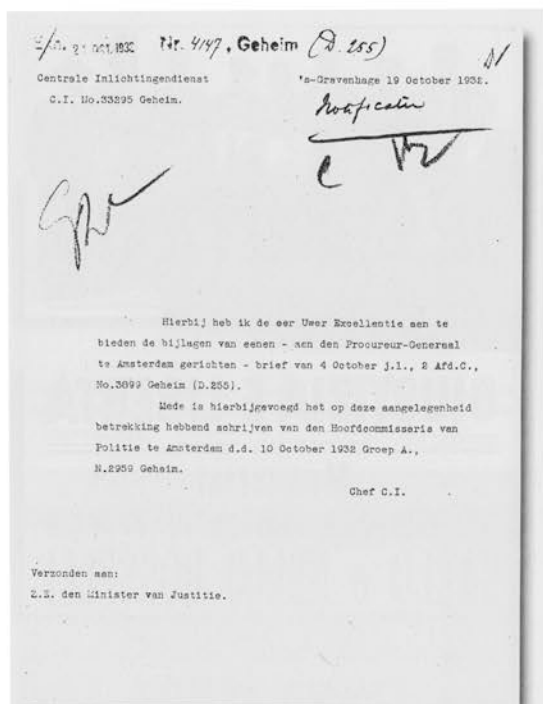
TOME VI — DEEL VI



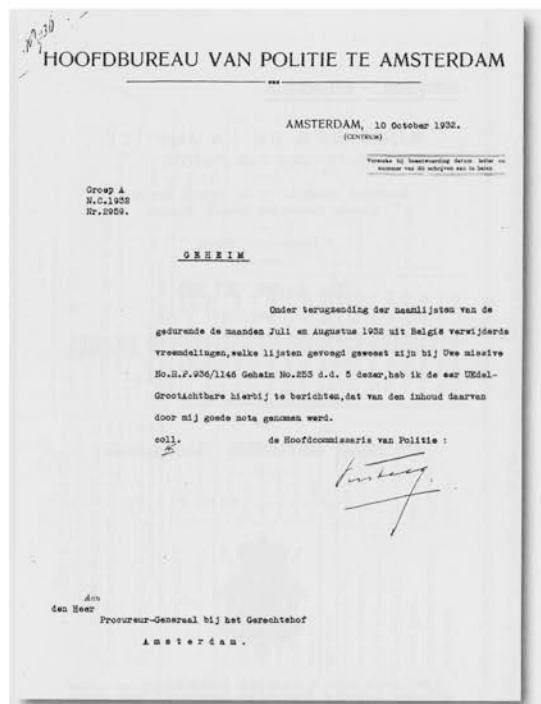
N. B. Toute communication relative à des étrangers compris dans les listes, doit indiquer le numéro du dossier de l'Administration de la Sûreté publique.

N. B. Bij elke mededeeling betreffende de op deze lijst vermelde vreemdelingen, dient het nummer opgegeven van het dossier van de Openbare Veiligheid.

*Documentación que contiene la orden de expulsión
de Amilcare Batini de Bélgica. Año 1932.*



Orden de expulsión de Amilcare Batini de Bélgica en flamenco. Año 1932.



Orden de expulsión de Amilcare Batini de Bélgica en francés. Año 1932.



Vista de Medina de Pomar a principios del siglo XX.

QUESTURA di
 La presente carta d'identità abilita il titolare
 a recarsi nei seguenti Stati:

.....

.....

.....

fino al
 IL QUESTORE

Visto si rinnova fino al
 IL QUESTORE

Visto si rinnova fino al
 IL QUESTORE

IST. POL. STATO - OFF. CINA CARTE - 14/10/58

REPUBBLICA ITALIANA



**COMUNE DI
 LA SPEZIA**

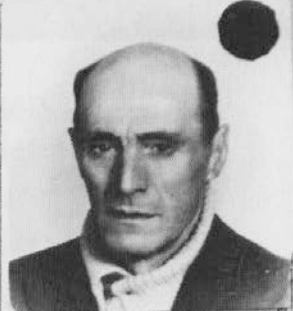
CARTA D'IDENTITA'
 N° 4.126.353

**DI
 BATINI
 Amilcare**

Cognome BATINI
Nome Amilcare
nato il 23.10.1896 (1776.p.1)
a La Spezia)
Nazionalità Italiana
Residenza LA SPEZIA
Via Cernaia n.11
Stato civile coniugato
Professione stagnino

CONNOTATI E CONTRASSEGNI SALIENTI

Statura 1,70
Capelli brizzolati
Occhi castani
Segni particolari = =



Amilcare Batini
 Firma del titolare

LA SPEZIA 10.10.1958

IL SINDACO

Impronta del dito
 indice sinistro



Carta d'identità de Batini cuando vivía ya en La Spezia en 1958.



Imagen actual del inmueble donde residió y ejerció Pucci sus diversos oficios.



Fotografía antigua del interior del Café Quintana.

AGRADECIMIENTOS:

Ayuntamiento de Medina de Pomar

Ayuntamiento de Bilbao

Biblioteca Franco Serantini

Comune delta Spezia

Historici, páginas del Instituto Huygens

Agustín Huidobro

Ana Oleaga

Fabrizio Montanari

Gabriel Fernández

Gorka Calzada

José Luis Pérez Salazar

Rosa María Batini

Santiago Rasines (+)

Charo López-Quintana



ACERCA DEL AUTOR

JOSÉ LUIS GARCÍA RUIZ (Chelu)

Nació en Medina de Pomar (Burgos) en 1954. En la actualidad reside en San Sebastián (Gipuzkoa). Estudió Empresariales y es funcionario del Cuerpo de Técnicos en Gestión del Estado, donde desarrolla su trabajo como informático. Tiene dos pasiones que le gusta compartir: los montes cantábricos y la historia.

En los últimos años ha llevado a cabo una intensa labor de investigación sobre el conflicto armado civil que asoló España entre 1936 y 1939, principalmente en el territorio de su comarca natal, Las Merindades burgalesas, y la Cantabria del

sur. Parte de su trabajo se puede consultar en algunos sitios web. Dentro de este tema se ha especializado en la presencia de las tropas italianas mandadas por Mussolini en apoyo del bando «nacional», prestando especial atención a la denominada batalla de Santander, en la que dichas tropas (CTV) rompieron el frente en la zona del Escudo y avanzaron por la comarca del Pas-Pisueña hasta entrar victoriosos en Santander el 25 de agosto de 1937. Fruto de su trabajo, vio la luz en 2015 el libro titulado *La participación italiana en el Frente Norte. La batalla de Santander (abril-agosto 1937)*, publicado por la editorial Librucos.